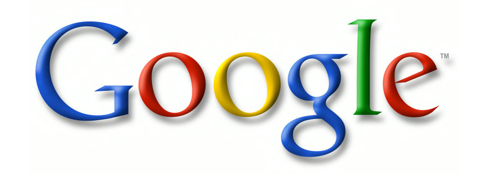
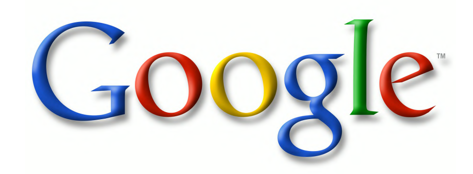





HARVARDIANAE IN NOV ANG
SIGILLVM ACADEMIAE
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS

VALENTÍN GÓMEZ

ESTUDIOS

RELIGIOSOS, SOCIALES Y LITERARIOS

MADRID
TIPOGRAFIA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1888

HARMONÍAS

CRISTIANAS

ESTUDIOS

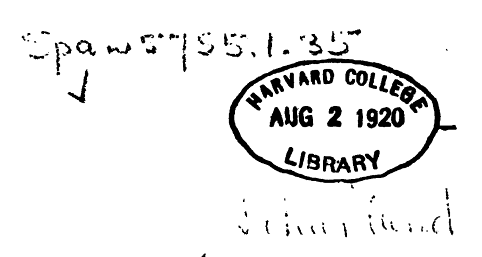
RELIGIOSOS, SOCIALES Y LITERARIOS

POR

DON VALENTÍN GÓMEZ



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1888


HARVARD COLLEGE
AUG 2 1920
LIBRARY



Á SU SANTIDAD

EL PAPA LEÓN XIII

BEATÍSIMO PADRE:

Postrado á vuestros piés con la filial sumisión de quien, por la divina misericordia, ha pasado la mayor parte de su vida defendiendo á la Santa Iglesia de Cristo nuestro Dios, me atrevo á ofrecer á Vuestra Santidad este humildísimo libro en que se coleccionan artículos escritos en diversas épocas, pero inspirados todos por una fe cristiana que la duda no oscureció jamás, ni la tibieza amortiguó, ni las contrariedades quebrantaron.

He peleado siempre por la buena causa; he amado siempre á la Santa Sede; mas nunca,

quizá, he sentido mayor necesidad de confesar mi fe y mi amor al Papa, que en esta época de crisis formidable en que los ojos no ven otra luz que la esplendorosa que irradia de la augusta frente de Vuestra Santidad.

Iris de paz en esta atmósfera de discordias; faro de salvación en este mar tempestuoso de entendimientos y conciencias desquiciados, vos sólo, Señor, á la manera de Cristo sobre la Cruz, atraéis hacia vos todas las cosas, y dáis desde vuestro Calvario palabras de vida al mundo de la muerte, torrentes de amor á los campos desolados del odio.

No ha mucho que el universo entero, con asombro de sí mismo, se vió de hinojos ante el solio de San Pedro, al celebrar vuestro Jubileo sacerdotal. Este acontecimiento, que apenas tiene semejante en la historia, ha sido nueva y solemne demostración de que el Pontificado, aun perseguido, es mil veces más grande y más glorioso que todas las monarquías y todos los imperios juntos, á los cuales no puede librar de su condición perecedera y caduca, ni lo numeroso de sus ejércitos, ni la brillantez de sus victorias, ni la extensión de sus territorios, mientras el Pontificado, entre los hierros de su cár-

cel, se transfigura, como Cristo, ostentando el espléndido ropaje de su inmortalidad.

Necio quien fíe en instituciones que los hombres hacen y deshacen; ciego quien no vea á Dios en su Iglesia y en vuestra Persona, y en Él no ponga su corazón y su esperanza.

Permitidme ¡oh Padre mío! que yo os los ofrezca, como creyente, como súbdito y como hijo, porque vos sois Pontífice, Rey y Padre, y con esta ofrenda aceptad mi protesta de que condeno lo que vos condenéis, creo lo que vos creáis, amo lo que vos améis, y soy y seré, en la doctrina y en la conducta, lo que vos queráis que yo sea.

Beatísimo Padre:

Besa el pie de Vuestra Santidad y pide la Apostólica Bendición vuestro humilde y amantísimo hijo en Nuestro Señor Jesucristo,

Valentín Gómez.

Madrid 5 Abril 1888.



PEDRO

Hace más de mil ochocientos años que moría ajusticiado en Roma un hombre singular.

Llamábase Pedro, y era hijo de un tal Jonás, pescador en Betsaida. Su origen no podía ser más humilde ni su oficio más insignificante. Y, sin embargo, aquel pescador, hijo de pescador, sufría una muerte horrorosa por el más extraño é inverosímil delito que en aquellos tiempos era capaz de cometer un hombre: por el delito de predicar la doctrina de otro ajusticiado, carpintero que había sido de Nazareth, llamado Jesús durante su vida, y comúnmente co-

nocido después con el nombre de *Cristo.*

Pero no se limitaba el pescador á enseñar la doctrina de Cristo. Decíase también vicario suyo, y jefe de una grande y poderosa asociación, que extendida ya por Oriente y Occidente con el título particularísimo de *Iglesia,* parecía dispuesta á llenar el mundo con el número de sus adeptos y á escalar hasta el mismo Trono de los Césares.

Éstos calificaban de locura la enseñanza y las pretensiones de Pedro y los suyos. Sólo que la locura iba tomando tan peligroso incremento, que no había más remedio que cortarla de raíz. Era necesario, pues, apelar al hierro y al fuego y herir, sobre todo, en la cabeza al formidable enemigo que de tan bajos orígenes se elevaba á fines tan encumbrados.

Echóse mano al audaz pescador, y en una cruz ignominiosa pagó con la vida el crimen de su fe.

Pedro, el hijo de Jonás, y jefe de la Iglesia de aquel Cristo que había muerto en Jerusalém confundido con dos ladrones treinta y cuatro años antes de estos hechos á que nos referimos, espiró crucificado, teniendo

constantemente en los labios el nombre de su Maestro, y no permitiendo, por humildad, que se le crucificase como á Él, con la cabeza mirando al cielo.

El César descansó tranquilamente en su lecho después de haber terminado á su gusto este negocio, que amenazaba turbar el buen orden y concierto del grande Imperio romano.

Muerto el pescador de Betsaida como había muerto el carpintero de Nazareth, no era probable que nadie se atreviese á repetir la tontería de hablar al mundo entero en nombre de un nuevo Dios, y de proclamarse jefe de un nuevo reino, para cuya fundación no se buscaba el concurso de los soldados, ni el apoyo de los Príncipes.

Mas hé aquí que lo que no era probable resultó hecho inmediatamente después de la crucifixión de Pedro.

Aquella asociación, llamada Iglesia, de quien Pedro se decía jefe, nombró para sustituirle en el Gobierno á un tal Lino, y luego á un tal Cleto, y luego á un tal Clemente, y luego á un tal Anacleto, y así uno tras otro fueron sucediéndose en el martirio primero,

y en el poder y la gloria del triunfo después, hasta doscientos sesenta y tres representantes del carpintero de Nazareth.

Pedro se llama hoy León XIII, y, prisionero como aquél, continúa viviendo en la Roma de los Césares, igualmente dispuesto al martirio de la Cruz que á las grandezas de los Médicis.

Los Césares desaparecieron para no volver. Pedro, á través de vicisitudes increíbles, sigue ocupando el primer solio del mundo, y unas veces en el Tabor y otras en el Calvario, es siempre el mismo Vicario del Maestro, el mismo jefe visible del reino místico de Dios Omnipotente, la misma piedra inconmovible, contra la cual no prevalecerán las potestades del abismo.

Todo es singular y extraño en la historia de la Iglesia, porque toda es obra misteriosa de su Divino Fundador.

No hay dinastía de origen más humilde que la dinastía de los Pontífices, ni hay poder más desprovisto de fuerzas materiales que el poder de la Iglesia.

Pues hé aquí que la única dinastía cuya sucesión no se ha interrumpido, y el único

poder que se mantiene incólume y fuerte en medio de las adversidades presentes, es la dinastía y el poder de aquel oscuro pescador de Galilea que cambió el nombre de Simón por el de Pedro.

Una borrasca desatada de las frías regiones del Septentrión barrió el Imperio de Occidente.

Otra borrasca desatada de las ardientes arenas del Desierto barrió el Imperio de Oriente.

Pedro, entre tanto, firme sobre la roca, guiaba al mundo por los senderos de la verdad, sin sufrir interrupción ninguna en el altísimo ejercicio de su soberanía universal.

Las dinastías más poderosas se aniquilaban. Las de los Merovingios y Carlovingios; las de los Godos y Ostrogodos; las de los normandos y los Plantagenetas; las de los árabes españoles; las de los turcos de Constantinopla; las de los Príncipes de la Escandinavia y de los Grandes Duques de Rusia; las de los Borgoñas; la de los Valois, la de Estuardos, la de los Austrias en el Medía de Europa; como en América la de

los Incas y la de los Moctezumas; como en Asia la de los sucesores de Gengis-Kan, y las infinitas que han dominado las fértiles orillas del Tigris y el Éufrates, del Azul y del Ganges... Todas estas fortísimas razas de Emperadores y Reyes, que contaban los soldados por millones y las provincias por centenares, desaparecían como nubes de verano, y otras razas y otros poderes y otras instituciones han ocupado su lugar; razas, poderes é instituciones que á su vez serán bien pronto sustituídos por otros, sin que ninguno de ellos pueda sentar la planta en ninguna parte con la seguridad de permanecer allí ni el breve espacio de una jornada.

Pedro, entre tanto, allí está, en el mismo sitio de que tomó sangrienta posesión hace mil ochocientos años. Su dinastía se perpetúa constantemente; su poder no se merma ni en las catacumbas ni en los palacios: su grandeza no se disminuye con el martirio ni se aumenta con los esplendores del Trono. Es siempre igual como la luz del sol. Pueden las nubes oscurecerla á la vista de los hombres; pero el astro es el mismo y su

luz tan intensa hoy como al principio del mundo.

¡Qué dinastía la de Pedro el pescador! Recorred las páginas de esa historia incomparable y ponedla frente á frente á la de todas las dinastías de la tierra. ¡Qué grandeza de una parte! ¡qué pequeñez de otra!

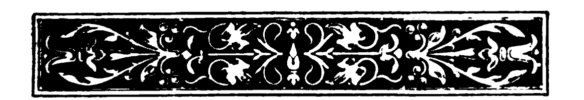
En cada pueblo encontraréis uno ó dos santos coronados. Un Hermenegildo y un Fernando en España; un Luis en Francia; un Eduardo en Inglaterra; un Esteban en Hungría; un L'adislao en Polonia; un Canuto en Dinamarca; una Clotilde en Germania; una Isabel en Portugal... ¿Y qué es esto? Los cincuenta y seis Pontífices primeros fueron santos. Después de ellos, esa gran dinastía cuenta con veintitrés más y tres beatos.

Entre los que no han merecido el honor del culto, hay hombres tales que bastarían por su saber, por su virtud ó por su grandeza de alma, para honrar á todas las familias reales del mundo. Hay, en efecto, hombres como Silvestre II, Inocencio III, Pío II, ·io II, León X, Sixto V, y otros ciento ıe han pasado por las alturas del Vaticano

derramando luz sobre todos los horizontes, y cohtinuarán derramándola sin cesar hasta el fin de los tiempos.

Ese es el pescador de Betsaida; esa su dinastía; esa la ejecutoria del Anciano contra el cual se desatan hoy las iras del averno y las concupiscencias del mundo.

¿No es cierto que al examinar ese pasado, siente el corazón alientos para luchar confiadamente por la conquista gloriosa del porvenir?



LA NOCHE DE TODOS SANTOS

CON la amarga melancolía de este espíritu insaciable que no halla en ninguna parte de la tierra el reposo que busca, miraba yo cómo se desprendían de los árboles las primeras hojas amarillas que anuncian la proximidad del invierno.

Cada una de aquellas hojas parecía evocar un recuerdo en mi memoria; recuerdo triste como la sombra de la noche... ¡más triste aún! como la losa que cubre los restos de los seres queridos de mi corazón.

Un pueblo entero había acudido á los osantos, no sé si empujado por la

costumbre ó movido de la curiosidad, ó excitado por el amor á sus parientes, deudos y amigos. Una generación de vivos que bullía sobre cien generaciones de muertos; los sepulcros esparcidos por la tierra; las lápidas de los nichos, las coronas fúnebres, los cirios que ardían delante de las tumbas, y sobre todo esto, el recuerdo de lo que yo he amado más en el mundo, eran las ideas que con vertiginosa rapidez iban sucediéndose dentro de mi alma, á medida que las hojas caían, revoloteando un momento en los aires para descansar luego en la tierra como todos los cuerpos que mueren.

Los últimos resplandores del sol poniente se reflejaban en la amarillez de las hojas, dándoles un matiz singular que aumentaba la profunda tristeza de mis desolados pensamientos.

De pronto se apagó la luz de los cielos; desaparecieron de mi vista las hojas caídas, y el ruido sordo de las ramas que agitaba el viento era la única señal de vida exterior que mis sentidos percibían.

Después... ¡nada! Yo á solas con mis pensamientos, con mis recuerdos, con mis

tristezas y con mis sombras... Había entrado de lleno la noche de Todos Santos, y no parecía sino que todos los horrores de aquella noche, todos los espantos de sus tinieblas, todos los gemidos de los agonizantes, y todo el frío de la muerte, penetraban en mi espíritu en horrenda y nunca imaginada invasión.

Sentíame dominado por el imperio absoluto de mi flaca naturaleza. Víctima de un desconsuelo aterrador, ni aun lágrimas tenían mis ojos que mitigaran la fiebre de mi angustia. Conocía yo que por mis venas no circulaba sangre, sino llanto. Cada compás de mi respiración era un gemido que me desgarraba las entrañas, y cada uno de mis pensamientos una saeta que atravesaba de parte á parte los órganos esenciales de la vida.

¡Dios mío! ¡Qué miserable es el hombre abandonado de tu gracia! ¡Qué ruín la existencia, mirada á través del infortunio que no confía en tu misericordia!

La imaginación me había transportado á otros tiempos y á otros lugares, y por un mento se me figuró que me rodeaban

todos los que ¡ay! me esperan en la soledad del sepulcro. Rezábamos todos juntos; pero yo oía una sola voz: aquella voz que fué la primera que oí en mi vida, la que me enseñó á balbucear las oraciones del cristiano, la que durante siete lustros ha estado resonando constantemente en mis oídos... la que, sin saber cómo, oigo todavía á cada instante, pronunciando un *¡hijo mío!* que estremece todas las fibras de mi sér.

En esta noche solemne se rezaban tres partes de Rosario. Parecíame que á mi lado seguía rezándolas aún aquella voz inolvidable, que escucharé sin cesar hasta la hora de mi muerte.

¡Ave María, llena de gracia! decía una y cien veces la voz; y yo contestaba una y cien más: *¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros!* Y al mismo tiempo iba pasando rápidamente las cuentas del Rosario... Luego se acabaron los misterios y comenzó la Letanía de la Virgen, y varias voces repetían á cada instante: *¡Ruega por nosotros! ¡Ruega por nosotros!* Yo lo repetía más que ninguna de aquellas voces, y hubiera querido tener cien lenguas para repe

tirlo incesantemente, y todos los sollozos de todos los desgraciados de la tierra, para que se oyeran mis súplicas desde lo más alto de los cielos.

Pero cuando yo gritaba con más fuerza *¡ruega por nosotros!* y pedía á los mares la amargura de sus aguas para derramarla á torrentes por mis ojos, escuché el clamor de una campana, y en seguida el de otra, y luego el de otra, y luego el de cien campanas, y después el de otras ciento, y por último el de todas las campanas del Universo, que lanzaban los mismos lamentos, y hablaban el mismo lenguaje, y dirigían á Dios las mismas oraciones.

¡Todas oraban á un tiempo por los difuntos!...

Parecióme ver entonces á todo el género humano postrado en tierra sobre las tumbas de las generaciones de seis mil años, y con la frente y los brazos levantados al cielo implorar la misericordia divina en favor de los muertos; y las campanas eran las voces del género humano que rezaba en la noche de Todos Santos, y el Pastor univer-
dirigía la plegaria cercado de todos los

Obispos, Sacerdortes, Monges y Vírgenes de la cristiandad.

Secáronse mis párpados; borráronse los recuerdos de mi mente, y quedé absorto en la contemplación de aquel espectáculo inefable. Yo había visto á unos pueblos lanzarse sobre otros pueblos, como manadas de tigres que se disputan una presa. Había oído resonar en la historia de los siglos los estridentes rumores de mil batallas sangrientas, el estrépito de cien Imperios que caían; y pensaba que los hijos de los hombres habían olvidado para siempre que una misma carne cubría sus huesos, y que la misma Sangre divina los había redimido á todos. Pero en esta noche solemne, mis ojos vieron lo que la historia no suele ver nunca: que la humanidad cristiana es una familia inmensa agrupada en torno de su Padre, y que de esa familia surge una sola voz, la cual atraviesa los aires, y dejándose atrás los incontables planetas que giran sin cesar en los espacios infinitos, llega al Trono de Aquél, por quien todo es, y arranca á su misericordia el perdón para los muertos y la gracia para los vivos.

El acento de la humanidad que subía por los espacios, entre el vapor de tantas lágrimas y el eco de tantos gemidos, arrebató mi espíritu, y como si el Águila de Patmos me hubiera prestado sus alas incomparables, ví de una sola mirada y en un solo conjunto á la Iglesia que oraba, á la Iglesia que gemía y á la Iglesia que cantaba los himnos de la eterna gloria. Las oraciones de la una apagaban los gemidos de la otra, y á medida que los gritos del dolor disminuían, multitud de espíritus, como bandada de palomas celestiales, iban á perderse entre los piélagos de luz deslumbradora que inundaban la Iglesia triunfante...

¡Oh! Pero entonces ya no ví nada más, porque ni ojo vió ni oído oyó nada que pueda semejarse á la bienaventuranza de los que mueren en el Señor.

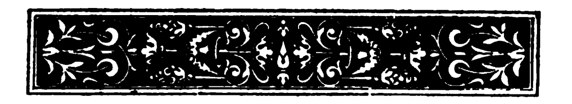
La humanidad, sin embargo, repetía á un mismo tiempo, por boca de los ministros de Dios, lo que dejó escrito con letras de fuego el Discípulo amado: «Doce mil de cada una de las doce tribus estaban marcados en la frente por el Ángel con el sello :l Dios vivo. Después, una multitud que

nadie podía contar, procedente de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos y de todas las lenguas, estaba de pie delante del Trono y en presencia del Cordero, con vestiduras blancas y con palmas en las manos. Y gritaban en alta voz: Gloria á nuestro Dios, que está sentado en el Trono, y al Cordero. Y todos los Ángeles estaban de pie alrededor del Trono, y los ancianos, y los cuatro animales: y se prosternaron sobre el rostro delante del Trono, y adoraron á Dios, diciendo: Amén, bendición, gloria, sabiduría, acciones de gracias, honor, poder y fortaleza á nuestro Dios en todos los siglos»...

Yo repetí con la Iglesia militante estas palabras del Apóstol, y de uno á otro confín de la tierra las repetían los hombres como para aumentar el coro de los bienaventurados. En medio de la noche, este cántico sublime de la Iglesia visible y de la invisible, parecía desvanecer las tinieblas que pesaban sobre el mundo, y algo, como rayos de la luz que fulgura en las eternas moradas del Bien Sumo, hirió mi vista asombrada, llenando á la vez mi corazón atribu-

lado de esperanzas risueñas y de dulcísimos consuelos.

Allí, entre aquellos doce mil de cada una de las doce tribus de Israel; allí, entre la multitud, que nadie puede contar, procedente de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos y de todas las lenguas; allí, alrededor del Trono, en presencia del Cordero, con vestiduras blancas y con palmas en las manos; allí están, ¡oh Dios de misericordia inagotable!, los seres que amó mi corazón; allí mis hijos y mis hermanos, limpios de todo pecado por la gracia del Bautismo; allí también mi madre, dormida hasta el día postrero bajo el santo escapulario de la Virgen Inmaculada del Carmelo... Allí, Dios de la Montaña, Dios del Tabor, Dios del Calvario; allí, por vuestros méritos y por vuestro amor, espero que mi alma y mi cuerpo resucitado adorarán tu infinita Majestad, al lado de los que hoy te adoran, diciendo: ¡Bendición, gloria, sabiduría, acciones de gracias, honra, poder y fortaleza á nuestro Dios en todos los siglos de los siglos. Amén, amén, amén!...



LA GRUTA

El sol se oculta el día 24 de Diciembre tras de los bajos techos de Belém, y sus últimos rayos doran la cumbre de las rocas escarpadas que le rodean. Las estrellas van mostrándose una á una. Los ángeles han bajado del cielo; pero aún no manifiestan el esplendor de su presencia entre los astros. Hombres groseros codean rudamente á Dios vivo en las calles de esta aldea oriental, y cierran sus puertas al rostro de su Madre. El tiempo mismo, como dotado de sentimiento, parece temblar y apresurarse, del propio modo que si el Ángel que le conduce

le sacudiese, á medida que se acerca la media noche.

»Belém es, en este mismo momento, el centro verdadero de la Creación de Dios. Sin embargo, pasan los minutos. El manto de la noche es cada vez más sombrío... La bóveda de los cielos, vestida de púrpura, se extiende por encima de las colinas frecuentadas por los pastores, y en que los rebaños pastan acá y allá, buscando la fresca yerba de las orillas de los arroyos... Las estrellas avanzan silenciosamente hacia la cumbre meridional del cielo de media noche... Dejad que pasen algunos momentos, y el Verbo Eterno aparecerá bajo la humana vestidura.»

Así habla Faber, el gran místico del siglo XIX, y su palabra maravillosa nos descubre el inefable misterio de aquella noche sin par en que la gruta de Belém—el último rincón del colosal Imperio romano—fué convertida en celestial alcázar por la presencia de Dios hecho hombre.

Belém era, efectivamente, en aquella noche inolvidable, el centro de la Creación. Todos los grandes planetas que pueblan el

espacio eran humildes luminarias encendidas en honor de aquel pobre niño, que venía á la tierra entre el menosprecio de los hombres.

Los Ángeles, las Potestades, las Dominaciones, todos los seres invisibles que rodean el Trono del Señor, rodeaban también el pesebre de la gruta en que reposaba el hijo de María.

Pero el mundo no hizo caso, por entonces, de aquellos desconocidos viajeros que, como los demás habitantes del Imperio, iban á Belém á cumplir una orden del César.

Tenían derecho á mandar como soberanos, y obedecían como súbditos.

Les estaba reservado un Palacio indestructible, con la Divinidad por huésped, y se albergaban en una abandonada gruta ocupada por bestias.

María, la reina de las criaturas; José, el santo por excelencia, cruzan silenciosa y oscuramente por las bulliciosas calles de Belém, y piden hospitalidad en todas las puertas. Todas las puertas se cierran á aquel humilde matrimonio; toda hospitalidad es

negada á Aquel que dió al hombre por habitación la maravillosa vivienda del Universo.

El mundo no niega á nadie cuando menos la doble hospitalidad que es necesaria para nacer y para morir: la cuna del nacimiento y el lecho de la muerte.

Sólo á Dios ha negado el mundo esa hospitalidad que á los más miserables se concede.

Para que naciese le arrojó á un establo: para que muriese le colgó de una cruz.

María y José, rechazados por aquel pueblo que ciegamente cerraba las puertas á su Criador, buscaron una Gruta fuera de los muros de la aldea: aquella Gruta era un establo: el establo se convirtió en sagrado Templo de lo Inmenso, de lo Infinito, de lo Increado.

Dios había dado al hombre un Paraíso para vivienda; el hombre le daba, ¡no! le dejaba á Dios un lugar inmundo destinado á las bestias.

Para que sea mayor lo monstruoso de la ingratitud, debemos considerar que cuando Dios era rechazado de este modo por el

hombre, Dios venía á dar su sangre por el hombre y á redimirle y á coronarle con la corona del bautismo, abriéndole las puertas de la eterna felicidad.

¡Justo era ciertamente cerrarle las de la tierra á quien venía á abrir las del cielo!

Pero esa universal ceguera que oscurecía los ojos del mundo no había alcanzado por ventura á los sencillos habitantes de las colinas inmediatas á Belém, que bajo el estrellado cielo de Oriente cuidaban sus rebaños, agrupados ya y soñolientos en el aprisco.

La sencillez del corazón es grata á los ojos de Dios, y Dios visitó el corazón sencillo de los pastores, y quiso ¡oh privilegio incomparable! hacerles partícipes del gran secreto del nacimiento del Verbo encarnado, que pocos años después había de conmover y transformar el mundo.

Humildes pastorcillos fueron los primeros adoradores de Jesús; humildes pescadores sus primeros ministros. Quien nació en un pesebre y murió en una cruz, ¿qué había de buscar sino la humildad para confiarle sus secretos y transmitirle sus virtudes?

Los poderosos, los acomodados y los sa-

bios de la tierra negáronle cuna en que nacer; los pobres y los ignorantes presentáronle las ofrendas de su buena voluntad y de su sincera adoración.

Llamóles el cielo para que acudiesen á recibir á la Palabra creadora envuelta en el ropaje humano, y no vacilaron un punto en responder al llamamiento.

¡Bendita sencillez, que no es sorda jamás á la voz de la justicia! No discute, no duda, no analiza; ve la luz y va tras ella, como el corderillo tras de la madre.

Al tener noticia de aquel suceso, movióse el corazón de los pastores con una alegría que los Ángeles bendijeron.

El himno de gloria que resonaba en las alturas resonó también en el corazón de los pastores, y fueron dichosos para siempre.

Augusto no oyó nada; no vió nada; no sintió nada... ¡y era el dueño del mundo!

Más tarde, los rudos pescadores comprendieron á Jesús. El ilustrado Gobernador de la Judea, representante del César, no pudo comprenderle nunca.

Aquéllos sometieron el mundo á la cruz.

Este desapareció con sus Césares, y

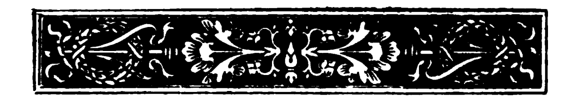
de ellos no queda más que la memoria.

¡Cuántos siglos han pasado sobre la Gruta de Belém! Pero la Gruta sigue dominando los Alcázares, y el Niño que la habita en la inolvidable noche de Diciembre, sigue recibiendo el homenaje de los pastores y el de los Reyes.

Todavía la Gruta es el centro de la creación de Dios; porque de ella brota la vida y la salud del mundo, y no hay luminaria en el cielo que no sirva para honrar al Niño, ni sér en los espacios que no se asocie á la adoración de los pastores.

¿Quién habla de redimir á los esclavos, á los pobres y á los pequeños?

¡Voz de la impostura, silencio! Y vosotros esclavos, pobres y pequeños de la tierra, id á la Gruta: allí están vuestra libertad y vuestra Redención.



LOS REYES EN EL ESTABLO DE BELÉM

PUEDE decirse que todos los grandes misterios que rodean la cuna del cristianismo son misterios de humildad.

Llegado al mundo el Divino Redentor de los hombres en una época de orgullo universal y de vergonzosa tiranía, con ninguna virtud podía purificarse mejor la atmósfera de corrupción que respiraba el linaje humano, que con aquélla que parece exquisito perfume de todas las demás virtudes.

La Inmaculada Virgen, en cuyo seno se había verificado la concepción del Verbo,

era, aunque descendiente de Príncipes, modesta esposa de un menestral. El severo José, conocedor de la alta jerarquía á que había sido elevado por disposición del Eterno Padre, cuyas veces iba á hacer en la tierra al lado de su Hijo, no se desdeñaba de ganar el sustento con el servil trabajo de sus manos; y cuando el César mandó que se hiciera el censo de todos los habitantes del Imperio, los dos esposos vinieron modestamente desde su casa de Nazaret hasta Belém, confundidos entre la insignificante multitud, que iba también á cumplir el mandato del Jefe de la República.

Belém era la patria de David, y los descendientes de este poderoso Rey no encontraron en el lugar de sus padres sino un inmundo establo donde cobijarse en la fría noche de Diciembre, que había de ser testigo del misterioso nacimiento del Hijo de Dios.

¡Qué asombroso misterio de humildad! Para que el gran decreto de la redención del hombre se cumpla, vienen dos artesanos desconocidos á Belém, se guarecen en una gruta, y allí solos, entre animales de

labor, y sin más cuna que los pesebres de la vil estancia, presencian el portento que habían anunciado tantos Profetas, que habían esperado tantos Patriarcas, y por el cual los mismos Ángeles abandonan sus moradas de perpetua luz, y se encargan de rodear, en actitud de adoración, el pequeño espacio que ocupa el prodigioso Niño.

Con ellos y por ellos llegan también unos sencillos pastores, representando á la clase más humilde de la sociedad, y se postran delante del pesebre, y adoran al Niño, y besan la túnica de la madre, y se encomiendan á la bondadosa protección del carpintero José, que es en aquel momento la viva imagen del Autor de la Creación, de la primera Persona de la Santísima Trinidad.

Unos menestrales guarecidos en un establo; un niño reposando en un pesebre, y unos pastores que se arrodillan en la misma paja que sirve de cama al recién nacido. Tal es el cuadro primero que ofrece á nuestra consideración la historia del Cristianismo. ¿Es posible imaginar nada más humilde?

Pero no bastaba que la familia de Jesús careciese de todo lo que en el mundo supone distinción, alcurnia y bienestar; no bastaba que la virtud, cuyos destellos envolvían la cuna del Niño, resplandeciese, como soberano ejemplo, en las santas personas que ocupaban el establo; era preciso que desde aquel mismo instante fuese considerado como principio general, como base y fundamento de todas las virtudes, como fuente copiosa en que bebiesen por igual los grandes y los pequeños de la tierra, y de aquí que si los pastores fueron los que antes que nadie gozaron de la vista del Salvador y se declararon súbditos fieles del futuro Rey, que había de tener su Trono en una cruz, los Monarcas de Oriente fueron los que en seguida llegaron al establo á doblar la rodilla, como los pastores, ante el Niño, y á declararse modestos tributarios de las personas más pobres y más desamparadas del mundo.

Nacía Jesucristo en una época y en una sociedad en que la mayoría del linaje humano estaba condenada á la servidumbre. Eran pocos los que tenían el honor de lla-

marse ciudadanos romanos, muchos menos los que disfrutaban las ventajas del patriciado, y no había nadie que creyese en la igualdad de los hombres ante la Justicia Suprema de Dios.

El desprecio con que los privilegiados miraban á la multitud desheredada, había levantado una barrera casi infranqueable entre unos y otros, y la soberbia de los poderosos era tan grande, que no se contentaban con menos que con buscar su genealogía entre la de los mismos dioses.

La vanidad, la codicia del poder y de las riquezas, el amor á los placeres materiales, la fe en el derecho de la fuerza, y el odio recíproco de unas clases á otras de aquella culta sociedad, eran los fundamentos de su existencia, nunca tan pacífica como entonces, y acaso nunca tan corrompida y degradada.

En tal situación, para que el gran Regenerador del mundo manifestase y probase su naturaleza divina, era necesario que sustituyese el desprecio con el amor, la codicia con el desinterés, la sensualidad con el espiritualismo, la fuerza con la razón y la

soberbia con la humildad; es decir, que trastornase radicalmente el orden de las ideas y de los sentimientos entonces en boga, promulgando teórica y prácticamente un Código del todo contrario al que la humanidad aceptaba á la sazón como justo y verdadero.

Que los pastores le adorasen nada tenía de particular. Eran humildes de condición, y poco trabajo les costaba humillarse una vez más delante de personas que, después de todo, les superaban en categoría, aunque fuesen también pobres y modestas.

Pero Reyes poderosos, cargados de riquísimos presentes, llegan de las apartadas regiones de Levante: preguntan dónde está el Prometido, dan con él en el fondo de un establo, y sin entretenerse en averiguar por qué extraño modo ha venido al mundo el Divino Salvador sobre las pajas de un pesebre, se postran, ofrecen el oro, la mirra y el incienso, reconócenle como Señor de cielos y tierra, como Rey de Reyes, como Soberano de lo visible y de lo invisible, y el cetro, la corona, el manto, la espada y cuantos atributos denotan autoridad, poder

y fuerza, ríndense en el establo como trofeos de la victoria más grande que ha alcanzado la humildad en el Universo.

Aquí comienza realmente la asombrosa revolución que viene á hacer el Cristianismo en la sociedad humana. Aquí resplandece ya con luz inextinguible aquel sol de justicia oscurecido por las pasiones y los errores de tantos siglos de idolatría y concupiscencia, y cuyos destellos van á fundir las cadenas de toda esclavitud y á pulverizar el hierro de todo despotismo.

Nuevo concepto de la autoridad surge del establo de Belém el día en que los Reyes de Oriente depositan las insignias de su poder á los piés del humilde Hijo de la Esposa del carpintero.

No será en adelante ley indiscutible la voluntad caprichosa del Príncipe; no se fundará el Gobierno de los pueblos en la mayor ó menor fuerza con que cuenten sus Jefes ó sus Senados, ni se tratará á la multitud como rebaño, ni al Monarca como Dios, porque si todavía el orgullo y la perversidad del hombre pondrán durante siglos enteros obstáculos y resistencias for-

midables á la nueva doctrina que hace de los Reyes siervos de Jesucristo y de los pastores hermanos de los Reyes, cada año, al celebrar la Iglesia el acto de humildad de los Monarcas orientales en el establo de Belém, arrojará á los cuatro vientos una solemne y magnífica protesta contra toda tiranía, una condenación elocuente de toda soberbia, y un cántico universal de ensalzamiento á toda humildad.

Los Reyes en el establo adorando al Salvador son los precursores de Constantino poniendo la Cruz en su bandera; y dejando al Pontífice en la Ciudad Eterna como faro único de Príncipes y pueblos; son los precursores de Clodoveo doblando la frente bajo la mano de San Remigio; de Carlomagno, declarándose el primer soldado del Santo Vicario de Jesucristo; de Pedro de Aragón, no queriendo la corona sino de manos del Pontífice; de Luis de Francia, y Fernando de Castilla, besando las llagas de los leprosos, y recibiendo á Jesús Sacramentado de rodillas sobre la ceniza y con una soga al cuello; son los precursores, en fin, de Eduardo de Inglaterra, de Canuto

de Dinamarca, de Isabel de Hungría, de Isabel de Portugal, y de tantos Reyes y Reinas que prefirieron ceñir su frente con el nimbo que fulgura en el establo de Belém, á adornarla con los vanos resplandores del oro y la pedrería.

El espíritu superficial de nuestro siglo no penetrará en la honda significación de las fiestas cristianas, y por eso, no sabrá tampoco agradecer los incalculables beneficios que debe á todas y cada una de esas conmemoraciones anuales de los hechos más culminantes de la historia del Cristianismo. Pero ellas hablan á toda hora con elocuencia irresistible, y su acción constante llega hasta las entrañas mismas de la sociedad, y ¡quién puede imaginar el número infinito de males que le evitan como el número no menos grande de bienes con que la favorecen!

Hoy ya no toleramos las tiranías de nadie; hoy queremos saber la razón y la justicia con que se nos manda, y más altivos que Diógenes delante de Alejandro, pedimos, no solamente el sol que Dios envía á todos, sino el pan para nosotros y nuestros hijos,

á cambio de nuestro sudor honrada y libremente vertido sobre los instrumentos de nuestro trabajo. Hoy nos juzgamos todos iguales, y difícilmente besamos la mano del poderoso, si la autoridad que representa no está sancionada por la Autoridad moral de su persona.

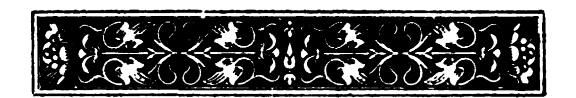
Quizá exageramos estos alardes de independencia, y nos hacemos esclavos de otras pasiones y de otros intereses por huir demasiado de las tiranías políticas. Pero lo bueno y generoso que hay en esa libertad que todos respiramos, en esa igualdad de condiciones que nivela al prócer y al plebeyo, al potentado y al mendigo, del establo de Belém procede; allí, en aquel humilde pesebre, entre aquellas miserables pajas tuvo su cuna, el día mismo en que los Reyes Magos, con su numeroso y brillante séquito, reconocieron, rodilla en tierra, que aquella ruín morada era á la vez templo de Dios vivo, palacio del Monarca universal, y estrado del Sumo Juez de todas las generaciones.

¡Gran día el día de la Adoración de los Santos Reyes! Puede decirse que es la fecha

en que se firmó el acta de emancipación del género humano por los más elevados Representantes de la autoridad política del antiguo mundo.

Al humillarse ellos en el establo, nos ensalzaron á nosotros, hijos del pueblo, reconociéndonos como sus hermanos en Cristo.

¡Qué ingratitud tan enorme la nuestra, si, enorgullecidos por esa honrosa fraternidad, no nos humillásemos también delante del pesebre santificado con la presencia del Salvador, y no ofreciéramos, como los Reyes, el oro de nuestras buenas obras, la mirra de nuestra fe y el incienso de nuestra adoración!



DOMINGO DE RAMOS

El mundo entero que celebró en los fríos días de Diciembre el misterio del Nacimiento del Hijo de Dios, saludando en el Niño al Redentor de los hombres, se dispone á celebrar el misterio cruento de su Pasión y Muerte, por la cual fuimos redimidos.

Aquel Niño que vió la luz en un establo y que recibió como á sus primeros cortesanos á los sencillos pastores de las colinas de Belém, es hoy Hombre prodigioso que ha llevado tras de su palabra incomparable y de sus espléndidos milagros á una multi-

tud de gentes ávidas de conocer la Verdad y de amar el Bien.

Hoy entra por las puertas de la gran ciudad de Salomón, cabalgando en un asno; ¡Él, á quien los judíos esperaban ver montado en brioso corcel y ceñido de armas de batalla, con la espada de Rey vencedor en la diestra! Así y todo, el pueblo que ha presenciado sus milagros y admira sus virtudes inauditas, sale gozoso á saludar al Hijo de Dios, y alfombra su camino con ramos y palmas y mantos, y le vitorea como á su Divino Salvador.

Los romanos, que guardaban estos agasajos para sus Generales victoriosos, no conciben que se den los honores del triunfo, con tan serio aparato, á un artesano humildísimo que pasó la vida predicando la paz y el menosprecio del mundo.

Dentro de pocos días, ese mismo pueblo, voluble como los vientos, pérfido como las ondas, pedirá á los romanos la muerte del Justo, y cuando un Juez cobarde le dé á elegir entre el criminal y el inocente, no vacilará: sus gritos aclamarán al ladrón, y sacrificarán al Santo.

Los romanos se burlarán del pueblo y del Rey. ¿Quién podrá convencerles de que ese pueblo se suicida y de que ese Rey reinará sobre los Césares?

Pero mientras llega la terrible apostasía del pueblo ingrato, ¡con cuánto regocijo comparte el corazón cristiano la alegría de la Iglesia al celebrar la festividad de los Ramos, repitiendo el *hossanna* con que saluda á la humildad triunfante!

Esas solemnes ceremonias que desde los primeros años de nuestra vida estamos acostumbrados á ver, y á las cuales están ligadas las impresiones de nuestra infancia, evocan en nuestro espíritu recuerdos apacibles de una fe inocente y pura, como el rayo de luz que atravesaba los cristales del templo en que orábamos junto á nuestras madres, y resplandecía en las marmóreas columnas del Tabernáculo y en la dorada portezuela del Sagrario.

La gallardía de las palmas que se cimbrean graciosamente sobre las venerables cabezas de los Sacerdotes vestidos de oro y seda; los sencillos ramos de oliva y de odorante romero, que la apiñada multitud

levanta para recibir la bendición del Ministro de Dios; el humo del incienso que embalsama el ambiente y va á perderse, formando caprichosas y blanquísimas nubes, en las àltas cúpulas del Templo: los harmoniosos acordes del órgano, acompañando al coro que canta: *Benedictus qui venit in nomine domini;* este divino espectáculo, que hiriendo nuestros corazones, penetra hasta las profundidades del alma, ¿no ha de enternecer el corazón de quien conserve siquiera el recuerdo de aquellos seres queridos que le enseñaron á amar la belleza inefable, la poesía sublime de los misterios de la Iglesia católica?

Pero ved: hoy se repite en nuestra culta sociedad, algo de lo que aconteció en la sociedad, también culta, de los Anás y de los Pilatos. Filósofos, políticos, sabios, literatos y hombres, en fin, que se tienen por superiores, miran con odio ó con desdén á la multitud que aclama y vitorea al Hijo del carpintero de Nazareth, y juran dentro de su corazón borrar para siempre las huellas que deja en pos de sí, ese Divino Perturbador de las conciencias corrompidas, ese dul-

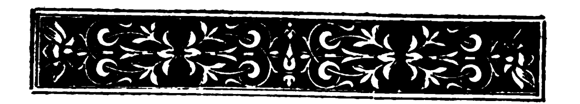
ce y al mismo tiempo terrible fiscal de todas las iniquidades públicas ú ocultas...

Y mientras el pueblo se congrega alrededor de los Santuarios gritando: ¡Hosanna y bendición al que viene en nombre del Señor!, ellos discurren y se comunican entre sí la manera de perder al Justo, ya acusándole de enemigo del orden, ya de propagador de la ignorancia, ya de impostor audaz, que siembra la superstición y el fanatismo, y corren en seguida á pedir al representante del César, que lo prenda y lo juzgue; y Pilatos los oye con benevolencia y manda arrancar la imagen de Dios de las escuelas, y expulsa al Maestro de la casa de la ciencia, que debe ser casa de la verdad, y deja que los viles secuaces de los escribas y fariseos alboroten las calles y las plazas, con blasfemias que regocijan á Satanás, y maldiciones que estremecen á los mismos Ángeles en sus asientos inmortales.

¡Oh espectáculo abominable! La raza de los sofistas que se vengó en el Calvario de los triunfos alcanzados por Jesús en el templo, en la montaña, en el desierto y en todas partes, no cesa de buscar á través de los si-

glos nuevos calvarios que le venguen de los nuevos triunfos del Hijo del carpintero. Pero estos calvarios, como el de Jerusalém, se vuelven siempre en contra de los sofistas y los verdugos, y cuando esta raza inextinguible ha creído que al fin sonó la hora de su victoria, y que el Justo ha muerto para siempre, y que el pueblo no volverá jamás á aclamarle como á su Rey y como á su Dios... bosques numerosos de palmas y ramos se agitan otra vez en el espacio, y gritos de ¡Hosanna y bendición al que viene en el nombre del Señor! hacen temblar de alegría á los aires, y Jesús entra más victorioso que nunca por las puertas de la ciudad, y convierte el calvario en Capitolio, y en soldados de su guardia á los mismos que le habían puesto corona de espinas en la frente, y cetro de caña entre las manos...

¡Oh Iglesia! ¡Oh fuente inagotable de prodigios! ¡Oh manantial de verdad y de poesía! Quien te conoció y te aborrece, quien fué mecido en tu regazo y te vende, es odioso parricida, para cuyo perdón son necesarios toda la misericordia de Dios y todo el amor de Jesucristo hacia los hombres.



EL CALVARIO

Un hombre que es Dios, después de curar á los enfermos, resucitar á los muertos, dar consuelo á los afligidos, amonestar á los poderosos, perdonar á los pecadores y azotar á los hipócritas, es recibido como triunfador por el pueblo de Jerusalém.

A los pocos días la envidia y la calumnia le persiguen, el fariseísmo le delata, un discípulo le vende, Sacerdotes impuros le acusan, un Juez vil le abandona á las iras del populacho, y escupido, insultado y hecho pedazos, va á exhalar su último aliento en lo alto de una afrentosa Cruz, que por

esto sólo deja de ser afrentosa para convertirse en árbol de vida, en signo de gloria y de honor hasta la consumación de los siglos.

¡Qué suceso tan extraño! ¡Qué singular tragedia y qué inverosímil triunfo si la víctima no fuera el mismo Dios hecho hombre!

Personas ilustres, sabios filósofos, guerreros afortunados han muerto á manos de la injusticia. Pero ¿quién ha logrado enaltecer y santificar el mismo instrumento de su suplicio? ¿Quién ha universalizado su doctrina con su propio martirio? ¿Quién ha dado á millares de hombres, mujeres y niños el valor necesario para morir por Él y á semejanza de Él? ¿Dónde hay, en fin, en la historia del linaje humano nada que se parezca á ese acontecimiento, que es y será siempre la desesperación de los incrédulos, el problema insoluble de los impíos?



Todo cuanto se refiere á la muerte de Jesucristo, sería absurdo si se mirase desde el punto de vista mundano.

Ese cadáver sacrosanto pendiente de una Cruz, es objeto de nuestra adoración, es la vida de nuestra vida; su afrenta es nuestro honor, la desolación de su desamparo es nuestra mejor compañía, su vencimiento es nuestra victoria, todo cuanto Él, la justicia y la inocencia mismas, ha perdido á los ojos del mundo, lo hemos ganado nosotros á los ojos de Dios.

¿Cómo puede explicarse esto, que es contrario á todo lo que el hombre hace en el orden general de su vida?

Si Cristo hubiera sido lo que esperaba entonces el pueblo judáico, un conquistador, un héroe, un poderoso de la tierra, se comprende que, como á César después de asesinado, se le tributasen honores divinos, y que encendidos en generosa indignación sus partidarios, empuñasen las armas para vengar su muerte.

Pero el Hijo de Dios es un hombre pacífico que, por enseñar á las gentes una nueva doctrina y atestiguarla con el esplendor de muchos milagros, es cogido á deshora en un bosque, llevado entre sombras de un Juez en otro, sentenciado á

prisa y corriendo y entregado á turbas groseras que le insultan, le abofetean, le escupen, le arrancan á pedazos la carne, y lo conducen finalmente al patíbulo, obligándole á cargar con la propia cruz en que ha de morir.

Muerte sin gloria y sin honra; muerte ignominiosa como la de los dos malhechores que le acompañaban; ¿puede ser muerte adorable y convertirse en gloria nuestra, y en objeto universal del culto de los pueblos más civilizados de la tierra, si Cristo no era Dios?

Zoroastro, Boudha, Confucio, y Mahoma fundaron religiones; á alguno se le tiene por Dios entre sus secuaces... ¿Murió alguno de ellos en el patíbulo como Cristo? ¿Fué escarnecido, envilecido y abochornado de todos, en las últimas horas de su vida? ¿Hizo de este envilecimiento título de gloria y de salvación para el mundo entero? ¿Hay algo en la vida y la muerte de los fundadores de religiones, que se asemeje á los terribles y misteriosos resplandores del Calvario, que fulguran al cabo de diez y nueve siglos iluminando el Universo, bañando nuestra cuna

y nuestro sepulcro, como foco eterno de salud y de vida?



—¿Qué es eso?—preguntaría quizá algún viajero al caer de la tarde, pasando por las cercanías del Gólgota.

—Un ajusticiado—le contestarían.

Y el viajero se encogería de hombros continuando su camino hacia la ciudad de Jerusalém.

Tendría que hacer algún negocio importante... Quizá pensaba lucrar con mercancías preciosas del extremo Oriente... Quizá llevaba pliegos de interés para el Gobernador de Judea... Algo grave ocupaba toda la atención del viajero que miró desdeñosamente el cuerpo de un hombre colgado de una Cruz...

¡Cuántos viajeros de la vida hacen desde entonces lo mismo!

Importa mucho el negocio, la mercancía, el pliego; pero no importa nada ese Divino Ajusticiado, cuya sangre corre gota á gota por el madero abajo, y penetra en la tierra,

y tal vez cae sobre el cráneo de Adán para devolver la salud á la humanidad enferma y hacer inmortales á los que habíamos sido sentenciados á perpetua muerte.

Por ventura, el desdeñoso viajero oye al poco tiempo la historia de aquel hombre que murió en la Cruz, y escucha de boca de sus discípulos las admirables doctrinas del Evangelio, y sabe por primera vez que el negocio, la mercancía y el pliego son fútiles cosas en comparación de lo que interesa al alma; y el viajero ¡oh maravilla! se postra ante la imagen del Ajusticiado, y besa sus llagas y llora su pasión... y llega hasta imitar su muerte.

Estos milagros hicieron entonces la doctrina y la pasión de Jesús; estos milagros ¡oh incrédulos pertinaces! se repiten todos los días en todos los siglos.

En los países casi desconocidos del África, en los Imperios degradados del Asia, en las naciones apartadas de la unidad de la fe, hay muchos viajeros que comienzan por mirar con desdén al Ajusticiado que, con los brazos abiertos y la frente caída sobre el pecho, se levanta en la desierta cima del

Calvario, y acaban por abrazarse al instrumento del suplicio y besar los piés del Cadáver Santísimo, y abrir el corazón á la eficacia de aquella sangre divina que corre gota á gota por el madero abajo para hacer inmortales á los que habíamos sido sentenciados á perpetua muerte.

Y día llegará en que todo el linaje de Adán caiga á los piés del Crucificado, y espere su nueva venida sobre nubes resplandecientes para juzgar á los vivos y á los muertos!

Y en aquel día ¡oh enemigos de Cristo! también los hijos de vuestra carne y de vuestra sangre doblarán la rodilla ante el Divino Ajusticiado, y le pedirán que purifique sus labios ennegrecidos por la blasfemia, y vosotros tal vez os estremeceréis de horror en vuestras tumbas al contemplar la gloria inmensa del Patíbulo en que el Cordero ha vencido á la serpiente.



RESURRECCIÓN

I

HA terminado la conmemoración de los sucesos tristes; el alegre tañido de las campanas, que comienza en las regiones más apartadas de Europa y se extiende por el Asia y cruza ambos Oceanos y se repite en las últimas aldehuelas de América, anuncia al mundo el misterio consolador de la Resurrección de Jesucristo, preliminar admirable de la Resurreción de todos los cuerpos al fin de los siglos.

La Iglesia se despoja de sus lutos, señal de la muerte, y se viste con sus más bellos

ornamentos de seda y oro, símbolo de la vida.

Cesaron los cánticos del dolor, los ayes lastimeros de los Profetas, los discordantes sonidos de la carraca, las ceremonias de la desolación, y ya por todas partes se escuchan los cánticos de la alegría, los acordes harmoniosos del órgano, el hueco choque del metal, que en magnífico y universal coro entonan el *Gloria in excelsis* con que saludaron los ángeles la venida del Divino Infante á la morada de los hombres.

¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Gloria al vencedor de la muerte! ¡Gloria al Hijo del Hombre, que entregó su cuerpo á la ignominia, á la afrenta y al sepulcro, para sacarlo luego del seno de la tierra, más hermoso que sale la mariposa del capullo, y la dorada espiga de la simiente que se pudrió en el lodo!

No quiso nuestro adorable Salvador que su cuerpo sufriera la ley de la corrupción á que están sujetos todos los seres creados. Incorrupto permaneció en la sepultura, mientras el alma de Jesús abría las puertas del seno de Abrahám y resplandecía en los

abismos para anunciar á la serpiente que su cabeza había sido quebrantada; y llegado el día tercero, después de la muerte, el cuerpo y el alma, unidos de nuevo, rompieron la cárcel que los contenía, y Jesús volvió á aparecer en medio de sus discípulos, mas ya no bajo el velo de la carne mortal, sino glorioso y transfigurado, como está en el Cielo á la diestra de su Eterno Padre.

La profecía de la Resurrección acababa de cumplirse, como se habían cumplido las de la vida, pasión y muerte del Justo por excelencia. Todas las precauciones de los pérfidos judíos habían sido inútiles; mejor dicho, se habían vuelto contra sus propios intentos. Persiguieron y crucificaron á Jesús porque, llamándose Hijo de Dios, tenía el atrevimiento de hacer milagros en su nombre. Ahora habían puesto guardas en el sepulcro y lo habían sellado, para evitar el nuevo milagro de la Resurrección que, según ellos, sería peor que los otros. Pero hé aquí que estas escrupulosas precauciones sólo sirven para hacer que el milagro sea más patente y el hecho de la Resurrección más indudable. Si el sepulcro del Sal-

vador no hubiera sido guardado y sellado por sus propios verdugos, ¿qué argumentos no inventaría la incredulidad para combatir aquel hecho? Los Príncipes de los sacerdotes, rebeldes á la evidencia, no se dieron, sin embargo, por vencidos, y en la confusión de su ciega inteligencia sobornan á los guardas para que digan que, mientras ellos estaban dormidos, los discípulos de Jesucristo fueron sigilosamente á robar su cuerpo. ¡Qué mal teje sus embustes la mentira! Pues ¿cómo, si estaban dormidos, supieron que el cuerpo había sido robado? ¿Ni cómo los discípulos rompieron el sello y levantaron la gran piedra del sepulcro, sin despertar á los guardas?

Mas era necesario que la mentira diese testimonio de la verdad, y por eso las mismas palabras y los mismos hechos de los judíos testifican con incomparable elocuencia los milagros todos que más se empeñaron en desconocer.

La Resurrección de Jesucristo es, pues, un hecho demostrado que el odio puede combatir, pero que la buena fe no puede negar. Y si resucitó, hubo de hacerlo por

su propia virtud; y si lo hizo por su propia virtud, y si antes había devuelto la vida al hijo de la viuda de Nain y á Lázaro, ¿no es evidente que Jesucristo era Dios, pues solamente Dios puede alterar de este modo las leyes de la Naturaleza, y solamente Él es dueño de la vida y de la muerte?

Jesucristo era Dios, y sus palabras de verdad son la verdad misma; luego, habiendo enseñado que nosotros resucitaríamos, como Él resucitó, á fin de ser juzgados en la carne y en el espíritu, claro es que debemos creer en la resurrección de los cuerpos, como creemos en la divinidad de Jesucristo.

Los hombres que no dan crédito sino á lo que ellos enfáticamente llaman *ciencia* y que suponen absurdo cuanto está por cima de su pobre entendimiento, se sonríen con desdén al oir la exposición de estos admirables y consoladores dogmas. San Agustín, que adivinó á estos sabios, sale al encuentro de sus objeciones con un discurso que será perpetuamente la desesperación de los incrédulos. Escuchemos al inmortal y santo Obispo de Hipona:

«Acerca de la Resurrección, el hijo de

Dios predijo dos cosas increíbles, á saber: que los cuerpos resucitarán y que el mundo lo creería, habiéndolas predicho ambas mucho antes de que una de ellas sucediese. De estas dos cosas increíbles vemos que una de ellas ha sucedido ya; esto es, que el mundo creería una cosa increíble, la resurrección de los cuerpos; así, pues, veremos la otra, puesto que lo sucedido no es menos difícil de creer. A estas dos cosas increíbles añadid, si os place, una tercera que no lo es menos, y es que el mundo ha creído una cosa increíble por el dicho de algunos hombres groseros é ignorantes.

»Hé aquí, pues, tres cosas igualmente increíbles, y que, sin embargo, han sucedido.

»1.º Es increíble que Jesucristo haya resucitado en su carne.

»2.º Es increíble que el mundo haya creído una cosa tan increíble.

»3.º Es increíble que un corto número de hombres pobres, desconocidos é ignorantes hayan podido persuadir al mundo y á los sabios del mundo, una cosa tan increíble.

»De estas tres cosas increíbles, nuestros adversarios no se avienen á creer la primera; están obligados á ver la segunda y no podrían comprenderla, á menos de creer la tercera. En cuanto á la primera, la Resurrección de Jesucristo es predicada y creída desde Levante á Poniente; y si no es creíble, ¿cómo es creída por toda la tierra? Y si lo es, ¿por qué un puñado de hombres obstinados no creen lo que todo el mundo cree? (1)»

Es decir, que lo increíble es lo verdaderamente racional; y así, quien no crea estas cosas increíbles, no da á su razón aquella fe que necesita para explicarse en cierto modo los altísimos misterios que constituyen el objeto esencial de nuestra vida en el mundo.

---

(1) *Ciudad de Dios*, lib. XVII, cap. V.

II

Si no puede negarse que Jesucristo resucitó; si lo proclama la historia con pruebas tales, como ningún hecho quizá las ha tenido en pro de su exactitud, y está repitiéndolo el mundo entero hace diez y nueve siglos y á la hora presente lo celebran millones de católicos esparcidos por toda la redondez de la tierra que cantan himnos de gloria y gratitud en cientos de lenguas distintas, claro es que nosotros hemos de resucitar también.

Jesucristo es el único Hombre que ha resucitado para nunca más morir; predijo su resurrección como testimonio de su divina infalibilidad; es así que anunció también la resurrección de todos los muertos en el fin de los siglos; luego esta resurrección será no menos cierta que lo fué la suya propia.

¡Resucitar! Esta carne que se corrompe, que se disuelve y confunde en el polvo co-

mo el grano de sal en la inmensidad de las aguas; esta materia, compuesta de tantas partículas que han pertenecido á tantos seres distintos; esta máquina complicadísima, cuyas células misteriosas se modifican y sustituyen tantas veces durante la vida; estos órganos, que se gastan, que enferman, que se deshacen, y, por fin, van á desparramarse entre los diversos órdenes mineralógicos á que pertenecen; todo este pequeño mundo, dentro del cual vive encarcelada el alma durante un período de tiempo que pasa rápido y enojoso como una pesadilla, ha de volver á constituirse de la misma manera sustancial que hoy está constituído, á ser lo que es hoy, un cuerpo humano con todas sus partes y condiciones propias, aunque ya libre de la sentencia que le hace mortal en su peregrinación por la tierra.

—¡Imposible! ¡absurdo! ¡sueño! ¡delirio! —grita la incredulidad fuera de sí.—No hay ley de la Naturaleza que haga sospechar siquiera la posibilidad de un hecho semejante. Todo lo que vive nace, todo lo que nace muere, todo lo que muere se trans-

forma, cambia de ser, pero no vuelve á ser nunca lo que antes fué, es decir, no resucita.

Hé aquí lo increíble saliendo siempre al paso de los incrédulos para aniquilarlos. El absurdo, el sueño, el delirio, es objeto de una fe enseñada por un pobre carpintero que se llamaba Jesús y predicada por una docena de miserables pescadores que se llamaron Apóstoles.

Esa fe, que tiene esos orígenes, fué aceptada por sabios y por ignorantes, por nobles y por esclavos, por Príncipes y por pueblos; y en su defensa murieron más número de personas de todas clases, edades y categorías en un mes de persecución, que han muerto desde que el mundo existe por defender cualquiera otra verdad del orden natural ó un error cualquiera del orden religioso.

¡Tantos mártires por ese delirio increíble, y tan pocos por las verdades de la ciencia ó los errores de un impostor!

¿No es esto verdaderamente maravilloso é inexplicable por la simple razón humana?

¿Qué extraño hombre era ese Jesús que

hizo creer al mundo cosas tan estupendas como la resurrección de la carne y el Sacramento del Altar?

Que Él, después de muerto y después de resucitado, quedaba vivo y entero en un pedazo de pan y un poco de vino; que esos manjares se convertían en su propio Cuerpo, en su propia Alma, en su propia sustancia, esto es, en Dios Criador del Universo y Redentor de los hombres, y que los hombres habían de postrarse en tierra y adorar aquel Sacramento y alimentarse con Él y vivir una vida de amor espiritual que nadie había imaginado jamás... y luego, que hemos de resucitar al cabo de los tiempos, y que lo que hoy se oculta bajo el velo misterioso del Sacramento, lo veremos entonces mejor que vemos la luz del sol, y será nuestra delicia, nuestra felicidad suma, inenarrable, infinita... ¿Qué es esto? ¿Por cosas tales han dado la vida tantos millones de mártires, han hecho penitencias cruelísimas tantos millones de justos, se han sepultado en los cláustros tantos millones de monges, han desafiado las tempestades, las pestes, el hambre, la sed, todas las mise-

rias posibles, tantos millones de misioneros?

Sí; por esas cosas, por esos delirios, por esos absurdos, que enseñó un pobre carpintero de Nazareth llamado Jesús y unos miserables pescadores que se daban el nombre de Apóstoles.

Pero aquel pobre carpintero resucitó al tercer día de su muerte, y sus propios enemigos dieron testimonio del hecho, y nadie más que él ha resucitado en el mundo para no volver á morir. Pues si el hecho es evidente, y lo es la propagación inmensa de sus doctrinas increíbles, Jesús, que resucitó y que anunció la resurrección de toda carne, no podía menos de ser Dios.

¡Jesús es Dios! Hé aquí la verdad sublime que todo lo explica y esclarece: hé aquí la base fundamental de esa fe admirable que ha engrandecido al hombre, haciéndole superior á los infortunios, á los tormentos y á la muerte.

El carpintero de Nazareth era el Dios vivo que abría las aguas del Mar Rojo, que relampagueaba en el Sinaí y se ocultaba en el templo de Salomón.

Era el mismo que en el principio creaba

al mundo de la nada, que hacía huir á las tinieblas ante el primer rayo de luz que brotó de su mano omnipotente, y colocaba el sol, la luna y las estrellas en la inmensidad del éter, y poblaba de seres el Universo, y de harmonías y perfumes el aire, y de colores los cuerpos, y concluía, en fin, haciendo con un poco de barro la figura más bella de la Creación: al hombre, imagen y semejanza de Dios, inteligencia dominadora de todo lo visible, y voluntad poderosa para unirse en sus afectos al mismo Sér que le dió vida.

Ese era, y ese es Jesús, resucitado de entre los muertos.

Maestro celestial de los hombres, que no quiso volver al seno del Padre sin dejarnos el dulcísimo consuelo de nuestra propia resurrección.

Como Él resucitó, así resucitaremos nosotros. La muerte es un paréntesis; es verdaderamente un sueño de la materia, del cual despertará tan radiante y hermosa como há menester el espíritu bienaventurado que ha de habitarla eternamente.

¿De qué modo ha de suceder esto?

¡Ah, vana curiosidad del orgullo humano! Nacemos y morimos, y todos los días y á todas horas vemos nacer y morir, y aún no hemos podido averiguar de qué modo nacemos y morimos, ni en qué consiste la vida y la muerte, y pretendemos saber cómo será nuestra resurrección!

Conténtate, ¡oh soberbia ignorancia de la incredulidad! con saber que, como nacemos y morimos, así resucitaremos.



PASCUA FLORIDA

RASGÁRONSE los negros crespones que cubrían el santuario.

Han pasado los terribles misterios del dolor, y las horas de aquella noche horrenda y de aquel día frío y triste en que la justicia de Dios aceptó los tormentos que había merecido la iniquidad de los hombres.

La casa del Señor se viste con los colores del regocijo, y los nevados lienzos de los altares, y las doradas cornisas de los tabernáculos, y las suntuosas vestiduras de los Sacerdotes, y el alegre sonido de las campanas, y el coro universal de los cris-

tianos que entonan el *Gloria* bajo las bóvedas de todos los templos del mundo, anuncian el faustísimo hecho de la Resurrección del Hijo del hombre.

Al misterio de la muerte ha sucedido el misterio de la nueva vida; á la tristeza de la Pasión, la alegría de la Pascua.

La sangre del Cordero, que á torrentes corría por el afrentoso leño y empapaba la tierra horrorizada de aquel nunca visto espectáculo, sigue corriendo místicamente sobre el Ara santa, donde se repite el sacrificio del Calvario; pero es como arroyo de néctar divino, como fuente de agua pura y cristalina que apaga la sed del alma ansiosa del amor de Jesucristo.

«¿Con qué pagaré al Señor los dones que de él he recibido? Tomaré el cáliz de la salud, é invocaré su nombre, y lo alabaré y seré salvo de mis enemigos.»

Cáliz de la salud, manantial de eterna vida, jugo de la vid del Señor, delicia de los Ángeles... ¡Pobre lengua humana que no sabe expresar la ternura deleitosa de los misterios de la fe!

Pero la Iglesia, que conoce como nadie

los secretos de la poesía, dice en una sola y sencillísima palabra todo cuanto el entendimiento pudiera imaginar en la expresión de este feliz tránsito de los misterios del dolor á los misterios de la alegría santa.

¡Pascua florida! ¿Cómo decirlo mejor?

La Naturaleza se asocia á la humanidad cristiana para celebrar la Resurrección del Hijo de Dios.

Vístense los árboles con sus verdes galas; ábrense los capullos al tibio ambiente de la primavera, y las ya abiertas flores extienden sus matizadas hojas para que el sol quiebre sus rayos en las menudas gotas de lluvia que, como riquísimos diamantes, brillan sobre los pétalos y multiplican sus inimitables colores.

En la pradera se mecen los verdes sembrados á impulso del vientecillo que recoge todos los aromas para embalsamar la atmósfera de los campos y de las ciudades.

En las vertientes de las colinas saltan los humildes corderos que, según la Ley Antigua, debían ser sacrificados en este tiempo, y, según la Ley Nueva, son sustituídos en el Ara por aquel Cordero sin mancha

que vino á borrar los pecados del mundo.

Las aldeanas bajan de los altos caseríos con cuencos de cuajada y ramos de flores que ofrecen en el mercado á los habitantes de la ciudad, mientras dejan vagando por las cercanías del huerto á una bandada de polluelos, que siguen dócilmente las cariñosas insinuaciones de la vigilante madre.

Pascua y primavera son dos ideas hermanas que como Ángeles de consolación vienen á aliviar las tristezas de la Cuaresma, y á ahuyentar las sombras del invierno.

De esta suerte, la Iglesia en sus festividades, y la Naturaleza en sus varios fenómenos, presentándose unidas á nuestra contemplación, hacen de la existencia del cristiano una dichosa sucesión de recuerdos, de impresiones, de tristezas y de alegrías que preparan admirablemente el tránsito inevitable de la vida á la muerte, y como que nos indican algo de los inefables goces de la eternidad, donde se descorrerá el velo de tantos misterios, y contemplaremos en una sola visión la hermosura, la harmonía y la unidad de todas las cosas que hoy por

distintos conceptos impresionan nuestro ánimo ó mueven las fibras de nuestro corazón.

*
* *

Cierto que el cristianismo lo abarca todo, lo informa todo, lo comprende todo: el individuo como la sociedad, la ley como la costumbre, el pensamiento como el lenguaje.

Hasta en los detalles de la vida, se ve por donde quiera brotar esa alegría de la Pascua, esa gloria de la Resurrección, magnífico antecedente de la resurrección universal del linaje humano.

En el rostro de los hombres resplandece la alegría, y el lenguaje vulgar tiene una frase hecha que expresa efectivamente ese general contento que brilla en el semblante de los hombres como en la Naturaleza y en el catolicismo.

La juventud como los pájaros saluda los albores de la mañana entre las enramadas de los ya poblados bosques, y canta con los jilgueros y ríe con las fuentes, y quisiera que el himno de su corazón vibrase con

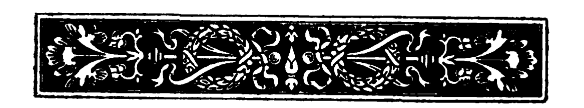
más fuerza, con más energía y con más sentimiento que el himno levantado por los seres todos del Universo en honra del Autor de tantas maravillas.

Y en esta época de universal regocijo nos manda la Iglesia que nos acerquemos á Dios con el espíritu y con la carne.

¡Qué mandato tan hermoso! Quiere que nuestra comunión se celebre con flores, perfumes y harmonías...

¿Qué poeta ha concebido jamás la idea sublime de reunir á toda la familia humana al pie del altar sacrosanto para recibir al mismo Creador en medio de todos los encantos de la primavera?

¡Oh, poesía de la fe! Hija del cielo, coronada con los resplandores de los astros y vestida con el azul del firmamento, nada hay en la tierra que no sea á tu lado oscuro como la sombra de la noche y triste como el dolor sin esperanza.



EL TESTAMENTO DE UN VIEJO

(21 DE MARZO)

VA concluyendo el último día de mi existencia periódica. Llega la noche y dentro de pocas horas habré dejado de vivir... hasta el año que viene.

Aunque no llevo bien la cuenta, se me figura que son próximamente unas seis mil veces las que he hecho esta misma operación. ¡Qué cosa más pesada! ¡Siempre igual! ¡Siempre viejo! ¡Siempre vestido de nieve, y siempre odiado de los pobres y de los enfermos!

En cuanto empuño mi cetro de hielo,

todo el mundo se echa á tiritar, y á semejanza de lo que se hace con los lobos en el monte para espantarlos, no hay quien no compre un poco de leña y la queme, para espantarme á mí también.

Todos huyen de mí: por eso van corriendo por la calle y se meten apresuradamente en casa, en el teatro, en el café, donde quiera que no se perciba el aliento de mi boca.

Tienen miedo á mis pulmonías, á mis reumas, á mis congestiones, como si fuese yo el único depositario de las dolencias humanas ¡yo que apenas conozco el cólera y que jamás he conocido la fiebre amarilla!

Contra mí se abrigan... ¡hasta las preocupaciones más absurdas! Me llaman viejo, porque me ven blanco, y tengo la misma edad que cualquier otro de mis semejantes.

Me llaman triste y perezoso, y sólo cuando yo impero como soberano absoluto se animan los teatros, centellean los bailes, se agitan las bulliciosas reuniones, y giran sobre su eje con rapidez vertiginosa todos los círculos imaginables: los políticos, los literarios, los mercantiles, hasta los círculos

viciosos; por ejemplo: los que describe la ruleta.

Bajo mi dominio prosperan los centros de instrucción, y sudan tinta las prensas y sudan el quilo ó echan el sudor por kilos los oradores de Parlamento y de Ateneo y sus oyentes. Parece que á mi influjo se desarrolla la actividad intelectual del género humano, como si el calor que yo robo á todos los miembros se concentrara en el cerebro de mis súbditos. ¿Y me llaman perezoso? ¿Qué dirán entonces del verano?

En seres de mi respetabilidad, no está bien la presunción: pero si no, me tomaría la libertad de presumir que sólo yo, con mis escarchas y mis hielos, he inspirado las obras más notables del entendimiento del hombre.

Mis largas noches, unas sombrías, otras claras y transparentes como cristales de Venecia, convidan á la meditación y al estudio. A la luz de modesta lámpara y al suave calor de amoroso rescoldo, el filósofo descubre verdades maravillosas, concierta el estadista hábiles combinaciones, imagina el poeta dramáticas peripecias, escudriña

el historiador hechos nebulosos, y penetra el arqueólogo con su mirada de lince en los secretos del tiempo, por los signos que encuentra en el espacio.

El viento frío con que barro los campos y las calles, obliga á los hombres á acurrucarse en el hogar, santuario de la familia y manantial de los goces más nobles y más puros.

No es culpa mía si se han inventado los casinos y los cafés, para eludir el cumplimiento de mis buenas intenciones. No puedo hacer más que repartir pulmonías y catarros á los que tienen la imprudencia de desafiar mis iras. Todos los años lleno los cementerios de imprudentes y disipados, para que aprendan los supervivientes á no abandonar el amor de la familia. ¿Qué más se puede exigir de mí?

¡Invierno! Es un nombre que hiela la sangre en las venas: ya lo sé. Apenas hay quien no tiemble en mi presencia. Napoleón mismo, con todo su valor, tiritó de miedo cuando lo sorprendí en Rusia. Fué una desgracia para él: pero los rusos me bendijeron, y Europa entera me aplaudió.

¿Por qué no se me ha de hacer justicia? Muchas guerras se han suspendido por mi repentina intervención. He congelado las aguas de los ríos: he convertido los barrancos en torrentes: he cubierto de nieve los caminos: he arrojado de las cumbres enormes avalanchas, y con estos sencillos procedimientos, los ejércitos, apercibidos para degollarse, se han acuartelado llenos de espanto, mientras millares de madres, de esposas y de hijos, daban gracias á Dios por la merced que yo acababa de hacerles.

Hay, sin embargo, una cosa que no puedo oir sin terror: las maldiciones de los pobres.

No hay venablo que no arrojen sobre mí en cuanto ven aparecer mi frente coronada de témpanos por lo alto de la sierra.

Los pobres no tienen fuego, no tienen ropa, no tienen trabajo, y para ellos mi nombre es sinónimo de frío, de hambre, de miseria.

En esas repugnantes viviendas con puertas que no ajustan, con ventanas sin cristales, con pavimento sin esteras, voy todos los años á sorprender á numerosos infelices

que tiemblan de horror al sentir el primer soplo de mi aliento.

Disculpo el odio que me profesan, porque yo mismo, al penetrar en sus tugurios abominables, quisiera que mi manto de hielo reflejase todos los rayos del sol, y con ellos se encendiese el apagado hogar de aquellos desdichados hijos del infortunio.

¡Ah! los ricos, envueltos en sus pieles de nutria ó tumbados en muelle sillón junto al rojo canastillo de cok que arde en marmórea chimenea, no me temen ni me odian; y muchas hermosas jóvenes que no conocen á la pobreza ni de vista, y que creen buenamente que toda la humanidad gasta carruaje y tiene abono en el Real, palmotean de regocijo al presentir mi llegada, porque yo les traigo los placeres de los salones, de los espectáculos y de los patines.

Pero si viesen los estragos que yo causo entre los pobres y pasasen una sola de mis noches más frías entre las sucias y desnudas paredes que forman las lóbregas mansiones de la miseria, ¿no participarían de mi remordimiento?

Porque es verdadero remordimiento lo

que me produce mi inevitable conducta con los pobres. Quisiera librarles de mí, y no puedo; antes al contrario, parece que en ellos me ensaño con la furia de un vengativo.

¿No han de odiarme? Pero no saben que sólo por ellos desaparezco con gusto en las sombras de lo pasado, y entrego mi corona á la graciosa heredera que viene á sucederme.

Es cierto que si no fuera por mí, la caridad no tendría el honor de disputarme mis presas y robármelas.

La he visto mil veces pisar con arrogancia el hielo con que acostumbro á alfombrar las calles y los caminos, y entrar en la vivienda de los pobres, llevando en sus manos generosas, mantas para el escuálido lecho, carbón para el hogar, ropa para los niños ateridos y alimento para las familias que se morían de hambre.

Confieso que en muchas ocasiones este espectáculo ha encendido en mi corazón el fuego del entusiasmo; y es que no hay frío ni hielo que se resista al calor divino de la caridad cristiana.

¿No recordáis algunos hermosos días de

invierno en que el sol, brillando en un cielo sin nubes, os hacía aspirar tibios ambientes primaverales? Pues era que yo rendía homenaje de admiración á la caridad, dejando al sol, que es su símbolo, dueño absoluto de la tierra...

Pero la noche avanza, y pronto la nueva aurora me habrá hundido en los abismos del pasado.

La presiento en las extrañas trepidaciones del aire, que parece regocijarse con el advenimiento de la nueva reina.

Allá á lo lejos asoman los primeros rayos del día, rojos, nacarados y tersos como el púdico rubor de una doncella. Es la primavera que viene á ocupar mi trono y á derretir la helada diadema de mis sienes.

Percibo el suavísimo aroma de las violetas y el aleteo de los pájaros, que despiertan á la vida del amor y se disponen á cantar la fecunda resurrección de la Naturaleza.

Cuájanse ya las yemas de los árboles, y pugna la savia por salir transformada en verdes hojas á embellecer las ramas y á saturar de oxígeno la atmósfera.

¡Ay de mí! Soy triste representación de

la muerte, y todo lo que vive me arrolla con enojo, para dar paso á esa hada gentil y eternamente joven que siembra de flores su camino.

Todos la aman y festejan; pero los pobres la adoran. Ella les trae sonrisas de esperanza y dulces miradas de consuelo.

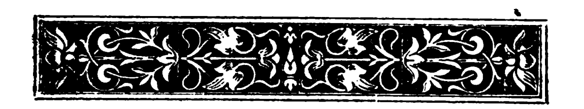
Cada una de esas puntas verdes que empiezan á brotar de la tierra y que la visten de una especie de capa de *pelouche*, será un pedazo de pan que el labrador repartirá estre sus hijos y entre los hijos de sus hermanos, que son todos los hijos del trabajo.

No, no me quejo porque concluye mi reinado. Lo empecé oyendo los alegres cánticos del establo de Belém, y lo termino presintiendo las dolorosas lamentaciones del Calvario. He presenciado casi todos los misterios del gran Misterio de la Redención.

Llegue, pues, la primavera á ser testigo de la victoria de la vida sobre la muerte; y á las vibrantes campanas que anunciarán la Resurrección del Hijo eterno de Dios, una todas las harmonías de la Naturaleza, resucitando á su vez de la tumba de mis escarchas, como emblema de la resurrección

de toda la humanidad en el día solemne de la justicia universal.

Aumenta la luz en Oriente... Mi corona se funde... Mis huesos se derriten... ¡Héla ahí! Es la primavera que llega cantando y sonriendo... Sean mis últimas palabras testamento de amor y bendición: ¡Graciosa hija de las flores, hermana gentil de las brisas, no defraudes las esperanzas de los hombres que te esperan: da pan á los pobres, y paz á todos los que tienen buena voluntad!...



DEUS EST CHARITAS

I

No vienen las grandes calamidades por casualidad, ni única y exclusivamente como castigo.

Aunque son inescrutables los designios de la Providencia, déjanse adivinar en ocasiones, y tal vez se manifiestan con luz tan esplendorosa que el menos temerario puede presumir de conocerlos.

En una época como la presente, en que á los ministros de Dios, y á las órdenes religiosas y á cuanto hace relación con la Iglesia de Jesucristo se les declara guerra

á muerte, al mismo tiempo que la filantropía y el masonismo alardean de sustituir con ventaja á la Religión en su oficio de bienhechora de la humanidad, parece lógico y natural que Dios haya querido poner una piedra de toque al alcance de todas las manos, á fin de que se vea en cuáles está el metal precioso y en cuáles el falso.

Y á fe que tratándose de caridad y amor al prójimo, no sé ya que haya piedra de toque más segura que una epidemia. Ahí se ve al valeroso y al fanfarrón: ahí al que desprecia su vida por atender á la del prójimo, y al que desprecia la del prójimo por atender á la propia: ahí al que no espera ni quiere más recompensa que la del cielo, y al que haciendo de tripas corazón, arrostra algún peligro por obtener un buen premio en la tierra.

Es un gran campo de batalla abierto á las miradas de todo el mundo, donde el heroísmo y la cobardía, la fe y el descreímiento, la abnegación y el amor propio, la caridad y la filantropía se encuentran frente á frente y luchan en solemne certamen por ver quién posee aquel espíritu de verdad que

en las grandes acciones humanas es la nota característica desu divino origen.

Desgraciadamente para la salud del cuerpo, y quizá afortunadamente para la salud de muchas almas y para la gloria del sacerdocio, el certamen está hoy abierto en numerosas provincias de España. La muerte lo preside y el mundo lo contempla. ¿De quién es la victoria?

II

Pocas veces la opinión pública ha sido más unánime, porque hasta los adversarios de la Religión y del clero, no han tenido más remedio que someterse á la evidencia y confesar el triunfo de los perpetuos calumniados.

¡Obispos regalones! ¡Curas egoístas y viciosos! ¡Monjas inútiles! ¿Dónde estáis? ¿Habéis huído de los puntos apestados? ¿Habéis cerrado á piedra y lodo las puertas de vuestras casas y las de vuestro corazón endure-

cido? ¿Recogéis los tesoros acumulados por vuestra codicia, esas herencias que sorprendéis en la cabecera de los moribundos, esas dotes que sonsacáis á vuestras penitentes, esos honorarios que exigís á vuestros feligreses, y con todo ello, pidiendo al terror sus alas, habéis ido al extranjero á divertiros mientras vuestros hermanos se agitaban millares en el lecho de la muerte?

¡Ah! Pueden contestar á estas preguntas los pueblos invadidos, las Autoridades civiles, los mismos escritores revolucionarios, todos los cuales á una voz han dicho que Obispos, Sacerdotes y religiosas, olvidándose por completo de sus personas, se han entregado en cuerpo y alma al rudo trabajo del enfermero, del confesor, y aun del médico y del boticario, cuando ha sido menester.

Limosnas de dinero, limosnas de consuelo, limosnas de amor, todas esas limosnas sinnúmero que constituyen el santo ejercicio de la caridad, han sido prodigadas por Obispos, Sacerdotes y religiosas.

Ante ese espectáculo maravilloso, la calumnia vencida ha tenido que morder el

polvo, y el odio satánico que disimular su rabia con un silencio estudiado que, en medio del clamor general de los pueblos agradecidos, sólo consigue hacerse más despreciable á los ojos de la honradez.

Calla el odio por no confesar su derrota; pero habla la gratitud universal y clama la admiración de todos los corazones generosos, y esas grandes voces están diciendo al mundo:

No hay fraternidad verdadera, no hay caridad sino en Jesucristo y por Jesucristo. Él es la caridad en su esencia: por Él los Obispos, los Sacerdotes y las religiosas hacen esos milagros de amor, esos sacrificios que suele realzar el anónimo y que la modestia embellece con la hermosura de los ángeles: *Deus est charitas.*

III

La Providencia, que con estos castigos quiere salvar á muchas almas y recompensar á muchos justos, quiere también sin

duda alguna que resplandezca en la abnegación de los escogidos la gloria de la caridad, que es la gloria misma de Dios.

Hay entre los impíos empeño manifiesto en divorciar á Dios y á Jesucristo de los grandes actos del hombre.

La caridad, según ellos, es un sentimiento natural en que no tiene parte ninguna la gracia de Dios, ni el amor á Jesucristo. Hay que amar al hombre por el hombre mismo, sin tener puesta la mira en las cosas del otro mundo.

Y en efecto; ya se ve lo que da de sí el sentimiento *natural* de la caridad y el amor al hombre por el hombre mismo. Apenas hay uno de los que entienden así la caridad que en los momentos de peligro no haya abandonado el campo de batalla, dejando la tarea de entenderse con el enemigo á los que todo lo hacen por amor de Jesucristo y por la gloria de su nombre.

¿Y qué otra cosa puede esperarse de ellos? Más *natural* que el sentimiento de la caridad es el de la propia conservación, y más que amar al prójimo por su buena cara, se ama uno á sí mismo. ¿Se borra todo lo

que la fe ha escrito en la bóveda de los cielos? ¿Se suprime el mundo sobrenatural y nos quedamos únicamente con lo que ven nuestros ojos? Pues no hablemos de principios morales, ni de abnegación, ni de sacrificios por el bienestar ajeno. Nos defenderemos mutuamente ó en colectividad cuando de esto obtengamos ventaja personal para nosotros mismos; pero si no, mire cada cual por sí y gobiérneselas como pueda, que si ni el alma ni el cuerpo han de ganar nada con exponer la vida, lo racional es cuidarla aunque las de los demás corran riesgo de perderse.

La lógica de la caridad *natural* es esta, y por eso semejante *virtud* es infecunda como todos los seres híbridos.

Pero la otra caridad, la verdadera, la cristiana, ¿puede confundirse con ésta, ni merecer el nombre de sentimiento natural con que los impíos pretenden robar á Jesucristo su mérito y su gloria?

Sería tan inexplicable como el misterio mismo de la gracia. Los Obispos, los Sacerdotes y las religiosas de España, que causan la admiración de todos, hacen, po-

co más ó menos, lo mismo que el año pasado hicieron los Obispos, los Sacerdotes y las religiosas de Francia y de Italia, cuando la epidemia castigaba sus costas; lo mismo que hacen Obispos, Sacerdotes y religiosas en el extremo Oriente en casos parecidos: lo mismo que hacían los Obispos, Sacerdotes y religiosas del pasado siglo y de los siglos anteriores, y harán los de los siglos venideros. Son hombres, por lo visto, de raza ó de naturaleza especial, si ha de buscarse en la naturaleza la explicación de esta uniformidad de heroísmo en una clase determinada de la sociedad.

Y sin embargo á esos hombres los hemos conocido, antes de ser Sacerdotes, con todas nuestras debilidades y flaquezas. Llevan sobre sus huesos nuestra misma carne, y sobre su carne la misma señal de la primitiva culpa que llevamos todos. ¿Cómo se comprende que esa heróica abnegación que nos asombra sea regla general en ellos, y excepción muy notada en los demás?

Es que no son ellos: es que en ellos vive Jesucristo, y Jesucristo hace esos milagros de amor, esos desprecios de las cosas terre-

nas que el mundo no comprende, porque el mundo, enemigo del alma, no conoce ni quiere conocer á Jesucristo.

Y como en ellos es siempre la misma Persona divina la que obra, es decir, su misma gracia y su mismo amor, resulta que los efectos han de ser en todos, en todas partes y en todos los tiempos completamente idénticos.

¿Quién sabe si más aún, para que esta gran verdad se reconozca, que para castigo de los pueblos, manda Dios esa peste asoladora que se burla de la previsión de los hombres como de las presunciones orgullosas de la ciencia?

Claro está que hay una raza de gentes que ni á fuerza de milagros doblan la cerviz á la evidencia: son los duros de corazón y soberbios de espíritu. Esos no han escatimado elogios ciertamente á Obispos, Sacerdotes y religiosas, y hasta han hecho admirables pinturas de las Hermanas de la Caridad, comparándolas con los mismos Ángeles del cielo. Pero esos ciegos voluntarios, esos soberbios impenitentes, ¿ignoran que á las Hermanas de la Caridad, como á

los Sacerdotes y á los Obispos, les tienen sin cuidado las alabanzas del mundo? ¿No advierten que casi siempre se suprime el nombre de esas heroínas? ¿No reparan en que de ordinario la noticia de todos los actos caritativos á estilo cristiano comienzan: *El Obispo de tal parte... El Párroco de tal pueblo... Las Hermanas de la Caridad de tal punto...* lo cual quiere decir que no es un *Fulano de tal,* que no es siquiera una persona, sino una institución la que obra esas maravillas de amor al prójimo?

Detenerse en la simple alabanza de los individuos, cuando se trata de un hecho universal que comprende á toda una clase, es empeñarse en no ver la luz que se tiene delante de los ojos.

Yo no sé si ningún hombre de buena fe y de mediano entendimiento, podrá explicarse anticatólicamente el hecho de que hoy, como en los primeros días del cristianismo, la religión que tiene su centro de unidad en Roma, sea la *única* en la cual el martirio por Dios ó por el prójimo (en consideración á Dios) se mire como una cosa ordinaria y natural.

Ella sola, la religión católica, apostólica, romana, con exclusión absoluta de todas las sectas, ha dado millares y millares de mártires en el circo, en las mazmorras y en la plaza pública, entre los pueblos salvajes, en los campos de batalla, en los hospitales, y donde quiera que la persecución, el dolor, la esclavitud, el odio ó la enfermedad, han necesitado víctimas en que saciarse.

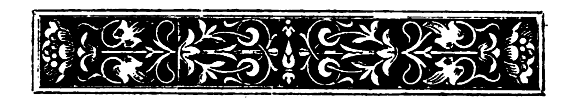
Ella sola, oidlo bien; ella sola, y ninguna otra de las conocidas. Niegue el incrédulo los misterios que la fe enseña; pero explique éste con razones del orden puramente natural.

¡Ah! No: no es el hombre emancipado de Dios el que hace semejantes milagros: no es el hombre con sus miserables fuerzas el que eleva á la raza humana á la altura en que residen los Ángeles: es la gracia de Jesucristo que al derramarse, como óleo santo, sobre el espíritu de los que sinceramente le aman, lo transfigura y diviniza, por decirlo así, cumpliéndose al pie de la letra la infernal y sarcástica promesa del tentador del primer hombre: *eritis sicut dii.*

Como dioses son, en efecto, los héroes de la caridad, porque llevan á Dios consigo, y en Dios tienen puesto su corazón y para Dios quieren la gloria y el honor y la alabanza del mundo, y por Dios se arrancan el pan de su boca en beneficio de los pobres, y pierden la salud y la vida á la cabecera de los enfermos.

¡Deus est charitas!

Agosto, 1885.



LAS ÓRDENES MONÁSTICAS

La injusticia y la ingratitud son dos notas distintivas de la sociedad moderna. Es injusta, porque está fundada en el error; y es ingrata, porque se ha hecho cortesana del vicio.

Revolviendo la vista en torno de nosotros, no encontraremos sino el hecho sobreponiéndose al derecho, la fuerza aplastando á la razón. En el orden político, el triunfo lo justifica todo; en el orden científico, la experiencia de un día pretende deshacer la verdad de cien siglos; en el orden artístico, el éxito es la gran ley del acierto.

Jamás se ha hablado tanto de cosas justas, y jamás se las ha menospreciado tanto. Se pregona por todas partes el derecho de los pueblos á gobernarse á sí mismos; el derecho de los pobres á no ser pisoteados por los ricos; el derecho de la inteligencia á manifestarse como pueda y sepa; el derecho de la mujer á gozar de las mismas consideraciones que el hombre; y vemos á los pueblos gimiendo bajo el yugo de extraños conquistadores ó de osados charlatanes, que no tienen más regla de justicia que su propio capricho; vemos á los pobres cada vez más estrujados por la codicia del capital, que, ávido de multiplicarse, no repara en lágrimas de huérfano ni en gemidos de hambriento; vemos á la ciencia ultrajada y cohibida en sus mejores apóstoles, en los ministros incorruptibles de la verdad; y vemos, en fin, á la mujer arrancada del santuario del hogar, donde reina en trono espléndido de virtudes y de amor, y entregada al escarnio de la plaza pública, donde nunca será más que blanco de ludibrio y objeto de lascivia.

Cuando la justicia se desconoce de este

modo, que no por ser general deja de ser insolente, ¿es maravilla que las Órdenes monásticas corran deshechas tempestades y sean acometidas por piratas desalmados que pretendan ejercer el oficio de salvadores de la humanidad cuando la corrompen, y de apóstoles de la civilización, cuando nos llevan derechamente á la barbarie?

Mas hé aquí que nada demuestra mejor la necesidad de las Órdenes monásticas en el tiempo presente que el odio mismo con que se las persigue. Nadie aborrece sino aquello que le daña; y claro está que si la revolución detesta á las Órdenes monásticas, no es por otra cosa sino porque está profundamente convencida de que ellas son su enemigo más formidable.

Cuando se asegura que las Órdenes contemplativas no sirven para nada; que los hombres y las mujeres, entregados á la oración y á la penitencia, son miembros inútiles de la sociedad humana, y, sin embargo, se manifiesta aversión satánica contra ellos; ¿no hay motivo para decir que solamente el espíritu de injusticia es capaz de caer en tan enormes contradicciones?

Si no sirven para nada, si son inútiles, ¿por qué las perseguís? ¿No se está proclamando á todas horas ese principio de libertad que pretende regenerar el mundo, y del cual, por lo visto, no se quiere privar á nadie más que á aquéllos que precisamente se distinguen por su *inutilidad?* Lo inútil se desprecia, no se persigue; y si es cierto que cada hombre tiene un regulador soberano en su conciencia, y que el ser libre es la primera condición de su vida individual y social, ¿por qué extraño sofisma se prescinde de aquel regulador y se huella esa libertad, sólo en aquéllos que buscan el aislamiento y se abrazan á la mortificación de sus apetitos?

Pero vana tarea es discutir con el odio y convencer á la injusticia. No se trata de razones; se trata de hechos. El hecho es que el espíritu moderno aborrece á las Órdenes monásticas y quiere aniquilarlas, á pesar de sus mentirosas aficiones á la libertad, no porque son inútiles, sino porque son el remordimiento vivo del mundo egoísta y sensual que nos rodea.

En todos los tiempos, el desarrollo de las

Órdenes religiosas ha coincidido providencialmente con el desarrollo de las malas costumbres y la propagación de las herejías.

Dios ha querido poner enfrente de los ejemplos de la iniquidad, los ejemplos admirables de la perfección; contra el insensato desbordamiento de la materia, la grandiosa supremacía del espíritu; junto á los que gritan á todas horas: ¡gocemos! los que á todas horas murmuran: ¡suframos!

Por eso cabalmente hoy son quizás más necesarias que nunca esas Órdenes que más inútiles parecen. Su utilidad y su necesidad estriban en el contraste que forma la elevación de su espiritualismo con la bajeza del materialismo que hoy impera. Y no es que pretendamos asegurar que las costumbres estén más corrompidas ahora que lo estaban hace cuatro ó seis siglos. Pero sí puede asegurarse que nunca los errores han sido tan transcendentales, ni las negaciones tan profundas.

Se da á la materia el cetro de la Creación. Se niega la inmortalidad del alma y la existencia de otra vida, y todo el afán

de los hombres tiene por objeto acumular medios para extraer el jugo á los placeres de la presente.

La filosofía ataca los errores con vigor y demuestra su monstruosidad. Mas ¿qué valen las razones de la filosofía en comparación de lo que puede la elocuencia incontrastable del ejemplo?

Las Órdenes contemplativas, levantándose en medio de una sociedad idólatra de la materia y del placer, son un argumento mudo y solemne que deshace las sofisterías del descreímiento, y desagravia las blasfemias de la impiedad.

¿No hay Dios, no hay alma, no hay eternidad de penas y de premios, no hay más que pasiones que satisfacer, riquezas que conquistar y fuerza con que rendir á nuestros enemigos?

Pues mirad á esos hombres nacidos en la opulencia, mimados de la fortuna, favorecidos por Dios con altas dotes de entendimiento y de saber, abandonar un mundo que los halaga, y sepultarse, para siempre, en las sombrías y augustas bóvedas de un cláustro, donde van á combatir rudamente

con los apetitos de su carne, y á oponer al desenfreno del vicio la aspereza de una continua mortificación.

Ved á esas hermosas vírgenes, cuya belleza deslumbraba en los salones, cuyo fausto era la envidia de las menos acomodadas, reducidas ahora á una condición que parecería insoportable á las que ayer las envidiaban. Un tosco hábito cubre sus carnes maceradas: la abundante cabellera no adorna ya sus sienes juveniles: su alimento es exiguo y grosero: su sueño breve: su oración constante... su alegría eterna.

¿Quién ha hecho ese milagro? La creencia en Dios, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y los premios... La creencia en todo eso que niega la sociedad presente; el amor á aquel Divino Ajusticiado que desde lo alto de su santo patíbulo dice á todas las generaciones: «Tomad la Cruz y seguidme.»

La Cruz es la penitencia; la penitencia es el cláustro; el cláustro es la afirmación solemne y práctica de que esta vida pasajera es la antecámara de otra vida inacabable.

Contra las negaciones de una filosofía atea, ¿cabe más elocuente afirmación que esa afirmación silenciosa del cláustro?

Contra el egoísmo de gentes que niegan, ¿hay nada más decisivo que la abnegación de gentes que creen?

Decís que no hay Dios, ni alma, ni Redentor, ni gracia sobrenatural... ¿Cuántos millares de seres humanos padecen y se mortifican, y mueren por ese Dios que desconocéis, por salvar esa alma que negáis?

Pues sabed cuál es la venganza de esos seres, cuya *inutilidad* os mueve á perseguirlos. Su venganza consiste en desarmar el brazo de la Justicia eterna que os amenaza: en ofrecer, por vosotros, todos sus sacrificios; en pagar con sus lágrimas y su sangre las deudas que vosotros contraéis.

Si todavía no habéis sido aniquilados por el Juez Eterno, lo debéis á esos miembros *inútiles* de la sociedad humana.

Si todavía conserváis en la inteligencia un rayo de luz que puede iluminaros en la hora de la muerte, se lo debéis á esos que excitan vuestro aborrecimiento.

Si vuestra esposa es fiel á vuestro amor,

si vuestro hijo os acaricia respetuoso, si vuestro hermano no reniega de vuestra sangre, es porque los seres *inútiles* sepultados en el cláustro, piden á todas horas por vuestra mujer, por vuestro hijo y por vuestro hermano, y arrancan á la Misericordia Divina los inestimables dones de que gozáis sin merecerlo.

Alguna vez las olas embravecidas habrán azotado el buque en que navegábais; el rayo habrá estallado sobre vuestra cabeza; el torrente habrá invadido vuestras tierras; la enfermedad os habrá arrojado como un tronco sobre el lecho del dolor; y ni las olas, ni el rayo, ni el torrente, ni la enfermedad, os han arrebatado la vida y la fortuna... ¿Sabéis por qué? Porque alguien se ha ofrecido como víctima en vuestro lugar, y ha desviado el golpe que os amenazaba, atrayéndole sobre sí mismo para libraros de una muerte que en vosotros sería eterna. Ese alguien es el *miembro inútil* de la sociedad, á quien perseguís con encarnizamiento; es el fraile que expulsáis; es la monja que miráis con estúpido desprecio.

Ved de qué manera ¡oh ciegos persegui-

dores! unís á la injusticia la ingratitud.

Sois injustos, porque perseguís á la justicia, hollando vuestras propias leyes; sois ingratos, porque pagáis con odio los sacrificios que el amor hace por vuestro bien.

Ingratitud verdaderamente abominable que resalta todavía más, cuando se pasan los ojos por las severas páginas de la historia.

Olvidad, ingratos, si queréis, lo que Europa debe á las Órdenes monásticas dedicadas á la ciencia, á la agricultura ó al arte; olvidad que, gracias á los monges, Europa es un vergel, y la civilización se extendió por las frías regiones del Norte, y por las espesas selvas de la Germania, y llegó, en alas de la fe, á los confines de la Siberia, junto al Mar Glacial, antes que los descubridores, los comerciantes y los guerreros llevaran allí la tumultuosa competencia de su vanidad, de su codicia ó de su ambición. Pero, ¿hace tantos siglos, por ventura, que las Órdenes monásticas invadían las islas y el Continente del Nuevo Mundo, y, sin vano deseo de gloria, y menos aún de lucro insaciable, desafiaban los

peligros del clima, el furor de los elementos, la crueldad de los salvajes, el hambre, la sed y la miseria, para salvar á los pobres indios del abismo de la idolatría y de la avaricia de los conquistadores? ¿No eran los frailes los que abogaban por la libertad de los indios y de los negros? ¿No eran ellos los que, cumpliendo mandatos de la Iglesia y de su Pontífice, clamaban contra la esclavitud y defendían valerosamente el derecho de los indígenas á la propiedad de su territorio? ¿No era un religioso, y religioso español, el que se firmaba «Pedro, esclavo de los esclavos,» y en efecto, como esclavo servía á los infelices negros que la codicia arrojaba desde las costas africanas á las que baña el mar de las Antillas y el Golfo de Méjico? ¿Por quién conocemos la antigua civilización de este Imperio? ¿Por quién la de los Incas? ¿Por quién la naturaleza de aquellas vastísimas comarcas, que quizá hubieran permanecido mucho tiempo aún separadas del antiguo mundo, sin un Padre Marchena y un Fray Fernando de Talavera? ¿Quién ha penetrado en las Indias Orientales, en la China y en el Japón, no con el

hierro destructor, ni con la mercancía engañadora, sino con la Cruz en la mano y la caridad en el alma? ¿Quién trabaja allí hoy mismo por la santa causa de la civilización? ¿Quién estudia aquellos pueblos aislados y recelosos, y quién los da á conocer á las grandes Academias y á los sabios de Europa?

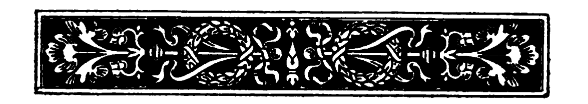
No sois vosotros, ignaros utopistas, filósofos humanitarios de gabinete, redentores de salón y de Parlamento, tiranos de la debilidad, viles esclavos de la fuerza; no sois vosotros, audaces navegantes, que lleváis el alcohol y el tabaco á los hijos del Polo para traer las ricas pieles con que se cubren las elegantes damas de nuestra sociedad anémica; son los humildes discípulos de Santo Domingo y de San Ignacio, de San Agustín y de San Francisco: son esos pobres obreros de la virtud que arrojáis á latigazos de vuestras ciudades y entregáis al escarnio de vuestras desalmadas turbas.

Sois injustos é ingratos; pero sois lógicos. Vosotros representáis la materia bruta que se rebaja al nivel de la bestia; ellos son el espíritu que se eleva hasta Dios.

Vosotros sois la hoja seca que cae en el cieno y se pudre: ellos el aroma que cruza los aires y se pierde en la inmensidad de los cielos.

Vosotros la voluntad aviesa que asesina: ellos la conciencia que os acusa.

No, no os podéis entender; hay entre ellos y vosotros la incompatibilidad de la contradicción.



LUZ, CALOR Y VIDA

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. *(Evangelio de San Juan.)*

Los ojos se van tras esa luz del día que hiere con sus últimos resplandores las crestas de las montañas.

La luz es la vida. Parece que huye la vida del mundo cuando huye el sol. Hay cierto abatimiento en la Naturaleza toda que corresponde á la melancolía que se apodera del alma al caer de la tarde.

¡El sol! ¡La luz! ¡La vida! ¡Qué hermosas palabras, y, sobre todo, qué hermosas

ideas! Ni una sola vez fijo en el sol la mirada sin recordar aquella profunda frase de San Juan Evangelista: *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

Vida y luz, sinónimos para el Evangelista. Así lo entiende también la Naturaleza cuando se abate y languidece al ponerse el sol. Así lo entiende también el alma humana cuando se entrega á esa vaga melancolía que se parece á la muerte de la esperanza.

No hay vida sin luz; no hay luz sin vida. La vida es el calor de la luz; la luz es el resplandor de la vida. Cuando el calor no esparce rayos que iluminan el alma, el calor consume y mata como el fuego de la desesperación. Así debe ser el calor del infierno. Cuando la luz no calienta el alma y la fortifica, la luz es falsa y siniestra, como la que despide la corona de Satanás.

Luz que caliente y calor que ilumine. Esta es la condición de la luz que es vida.

Las pasiones desordenadas calientan, pero no resplandecen. El error resplandece, pero no calienta. La verdad calienta y resplandece á un tiempo. Su calor es el bien, su resplandor es la belleza.

El genio del mal, Satanás, como le llamamos los cristianos, separa el calor de la luz y la luz del calor. Por eso en él no existe ni el bien, ni la belleza, ni la verdad; por eso en él no hay vida.

En Dios se une todo lo vario. Él es la unidad perfecta, en donde se ordena y reposa la variedad.

En Satanás se separa todo lo uno. Es la variedad indefinida, en donde se despedaza toda unidad.

Así se comprende lo profundo de aquella frase de Bossuet, dirigida al protestantismo: «Varías, luego no eres la verdad.»

La verdad es inmutable, y porque es inmutable une. El error es variable, y porque es variable separa.

Creo firmemente en el simbolismo. Creo, como Laserre, que así como nosotros expresamos las ideas por medio de palabras, Dios las expresa por medio de cosas. Para Dios, escribir es crear. Cada criatura es la expresión de un pensamiento, y todas las criaturas juntas forman un libro magnífico y misterioso, entregado á nuestra meditación.

El compendio de ese libro es un *hosanna*

que se transmiten los siglos unos á otros, y que repite la eternidad.

El sol, al parecer, es el pensamiento más brillante de ese libro grandioso. ¿Qué quiere decir el sol? Él es luz que calienta, y calor que ilumina. Luego él es vida en efecto.

Parece simbolizar el bien, en cuanto es calor; parece simbolizar la belleza, en cuanto es luz; parece simbolizar la verdad, en cuanto calienta y resplandece á un tiempo.

¡El sol de la sabiduría! ¡El sol de la verdad! ¿No habéis oído mil veces estas frases? ¿No las habéis leído en los Doctores de la Iglesia hablando de Jesucristo?

San Juan dice: *En Él estaba la vida.* ¿Se comprende la vida sin calor? La señal de todo cuerpo vivo es el calor. El frío es la muerte.

Porque Jesucristo es vida, es también calor; el calor del mundo moral, del mundo del alma. Pero es luz,—*y la vida era la luz*—como el sol es luz y calor del mundo físico, del mundo del cuerpo.

¡El sol! ¡La vida! ¡La luz! Todo ello parece significar un mismo concepto. Todo ello despierta en la mente una serie de

ideas que tienen su origen en un mismo punto, y van á parar á un punto mismo. *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

¡ÉL! Hé aquí el punto de donde proceden y á donde convergen todos los rayos, todo el calor de la inteligencia cristiana que contempla el sol, la luz y la vida desde las alturas del simbolismo.

ÉL es la vida, ÉL es la luz, ÉL es el sol. Da calor al corazón, y le hace bueno. Da luz á la imaginación, y la hace artista. Da luz y calor á un tiempo á la inteligencia, y la hace sabia. El calor es el símbolo del bien: esto es, de la moral. La luz es el símbolo de la belleza: esto es, del arte. El calor y la luz unidos, son el símbolo de la verdad: esto es, de la ciencia.

Pero estas cosas no pueden separarse, sin que dejen de ser lo que son. Todo el trabajo del mal, consiste en separarlas para destruirlas. Lo he dicho ya, y lo repito ahora. Luz sin calor, es luz siniestra, que en vez de iluminar extravía. Calor sin luz, es fuego horrible, que en vez de vivificar consume; que en vez de calentar, abrasa.

Aquella luz fría se llama *error*. Este calor opaco se llama *vicio*. Nótese que la luz, así aislada, no contraría al arte; es decir, no produce la fealdad, sino que contraría la ciencia; es decir, produce el error. La razón de esto se funda en que, como tal luz, conserva siempre el ropaje de la belleza; belleza relativa, imperfecta, fría, pero con bastantes matices de aparente hermosura para extraviar y desvanecer al alma débil. En cambio la verdad padece con este falso brillo, por lo mismo que la verdad es el lazo de unión, la base del bien y de la belleza, del calor y de la luz.

En último resultado, siempre es la verdad la que padece, porque ni el bien ni la belleza son tales, sino en cuanto obedecen á los preceptos de la verdad. Todo acto malo ó feo, es en el fondo la negación *práctica* de una verdad.

Morir es separar. Por eso el genio del mal separa todo lo que está unido. Si él fuera capaz de amor, diría yo que amaba la muerte. Lo propio y exacto es decir que odia la vida.

Morir es separar. ¡Ay! Nada de lo que

veo en rededor de mí me horroriza tanto como el afán de separación que aqueja á la sociedad moderna. ¡Suicida! Ha caído en el lazo que le tendió Satanás.

El liberalismo es la más grande y profunda de todas las herejías, porque es la separación esencial. La luz que despide es fría, como la luz de la luna. El calor que contiene es opaco y abrasador, como el fuego de los volcanes. Luz y calor divididos, que sólo pueden producir la muerte.

Oigo decir: «¡La luz de la ciencia! ¡El sol de la libertad!» Y no hay tal sol, porque su luz es fría; ni hay tal ciencia, porque su calor no ilumina, y en cambio abrasa el entendimiento.

¡Insensatos! Habéis separado la ciencia de la fe, y por eso vuestra ciencia hiela el corazón: es luz sin calor. Habéis separado la libertad del bien, y por eso vuestra libertad abrasa y no ilumina: es calor sin luz.

Separar es morir. ¿A dónde va el mundo, sino al abismo de la muerte, con esa ruptura completa de tantas uniones santas que forman la harmonía del universo social? Separación de la ciencia y la fe; separación

del arte y la moral; separación de la Iglesia y el Estado; separación de la libertad y la autoridad; separación del marido y la mujer por el divorcio; separación de los miembros de la familia por el individualismo; separación del capitalista y el obrero por el socialismo; separación, en fin, del mundo y Dios por el derecho al mal, que es el triunfo más grande que el infierno ha podido obtener.

¡Separación, es decir, disolución; es decir, muerte!... Tiemblan de pavor mis huesos, cuando considero el horroroso estrago que ha hecho en el mundo el olvido de esta verdad sublime, que la Iglesia proclama todos los días en todos los puntos del Universo: *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

¡Él luz! ¡Él vida! ¡Y el mundo lucha con las agonías de la muerte, en medio de los helados resplandores de una luz fúnebre como la de eterna tristeza: en medio del calor opaco de un fuego que devora como la lava de los volcanes!

¡Luz, calor, vida! Yo os siento aquí, entre los pliegues de mi corazón, y quisiera

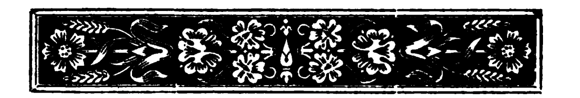
desparramaros por el mundo y encender y despertar el alma de mis hermanos los hombres. ¿Es posible que no quieran ver, ni amar, ni vivir? ¿Es posible que el odio los mueva á hacer pedazos esa cadena de oro que une á todos los corazones creyentes entre sí y con Dios?

¿Por qué no dar calor á la ciencia, y la ciencia será fecunda? ¿Por qué no dar luz al arte, y el arte elevará el espíritu? ¿Por qué no dar calor y luz á la sociedad, y la sociedad, en medio del alegre movimiento de la vida, atravesará los siglos cantando un *Hossana* perpetuo al que es luz, calor y vida?

¡Iglesia santa, depositaria de la vida y de la luz! Tú sola puedes arrancar de las tinieblas al desdichado mundo. *La luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden.* Ven, Madre cariñosa; ven, sabia Maestra. Enseña á las tinieblas esa luz; comunica á los muertos esa vida; une lo separado y ensalza lo unido en la fe. Ven, que el mundo agonizante ha menester de tí una vez más.

Como el sol que traspone las montañas, así parece que la luz se ha ido. El frío rayo

de la luna da al alma la tristeza de los cementerios. Luzca de nuevo por tí ¡oh Iglesia santa! el sol de la verdad y de la justicia, y el corazón helado y encogido y melancólico cantará un *Aleluya*, que regocijará á los hombres, y repetirán los Ángeles y estremecerá al abismo.



EL MUNDO MICROSCÓPICO

I

DESPUÉS que el hombre, en medio de las grandes ruínas de su caída, se encontró en disposición de defenderse de todos los enemigos que la Naturaleza le suscitaba á cada paso, pensó que debía ensanchar los dominios de su reino, sometiendo á su poder cuanto abarcaba con la vista en la tierra, en el agua y en el aire.

Poco tiempo después del diluvio, este mezquino sér humano que puede ser aplastado por un peñasco, arrastrado por una ola, devorado por una fiera y aniquilado

por un rayo, concibió el extraño proyecto de desafiar la ira de Dios construyendo una torre colosal, que pudiera servir de refugio para el caso de una nueva inundación.

Dios castigó sencillamente aquel insensato proyecto confundiendo el lenguaje de los trabajadores, de suerte que no se entendieran entre sí.

Fué un acto de infinita misericordia, porque bien pudo el Criador del mundo hacer que faltaran los cimientos de la obra, y cayese aquel monumento de la soberbia sobre los mismos que le estaban levantando.

Se contentó con una especie de burla, para demostrarles que por entonces sólo merecían su desprecio. No merecían realmente otra cosa los insensatos hijos de los hijos de Noé.

Pero es de notar que Dios ha dejado siempre al hombre que se las haya mano á mano con todo lo grande; y si en algún caso, como en el de la torre de Babel, ha puesto límite á sus intentos, no fué por la mayor ó menor extensión del proyecto concebido, sino porque lo impulsaba el móvil satánico del orgullo y de la rebeldía.

¡Cuántas cosas ha hecho el hombre desde entonces acá en el orden de lo atrevido y de lo grandioso!

Montañas abruptas bordeadas de abismos, separaban unos lugares de otros. El hombre necesitaba cruzarlas, y abrió caminos á través de las selvas, por encima de las rocas y á la orilla de los precipicios.

Ríos ó torrentes levantaban de pronto un nuevo obstáculo á su marcha: pues los peñascos de la montaña y la madera de los bosques servían para echar un puente de uno á otro lado, y por allí seguía su peregrinación el incesante viajero, que iba á buscar á climas desconocidos mejores pastos para sus ganados, valles más fértiles ó minas más ricas.

Ya no era río ni torrente lo que cerraba el paso del emigrante: era el mar con sus profundidades insondables, sus terribles borrascas, sus traidores escollos y sus calmas hipócritas. ¿Qué importaba? Troncos de árboles desentrañados flotando sobre el agua, podían servir de vehículo al osado navegante, y el mar con sus peligros y sus inmensidades, se vió al poco tiempo pobla-

do de casas flotantes cuyos ligeros velos de lona, que semejaban alegres banderas de triunfo, hacían servir á los vientos de motores involuntarios, de forzosos remeros que conducían los bajeles á donde el piloto quería, como dóciles caballos obedientes á la voz del domador.

De victoria en victoria y de asombro en asombro, la humanidad ha ido marchando arrogantemente hacia la conquista de todo aquello que por su grandeza parece más imposible de vencer y de conquistar.

¡Qué ciudades tan hermosas no ha construído allanando montañas y cegando abismos! ¡Qué ríos no ha encauzado! ¡Qué lagos no ha abierto para fertilizar arenosas llanuras ó criar pescados exquisitos! ¡Con qué valentía ha ido á buscar al fondo de los mares las escondidas perlas y las preciosas ramas del coral! ¡Cómo ha penetrado en los hondos senos de la tierra á arrancarles sus riquísimos metales y sus brillantes piedras, que reflejan luego todos los matices del iris en la frente de los Reyes, ó en la garganta de las hijas de los hombres!

Y todavía esto parece nada hoy que he-

mos llegado al colmo del atrevimiento. Se horadan los montes de parte á parte, y por aquel inmenso agujero cruza rápidamente ardiendo, humeando y rugiendo, ese monstruo de la tierra que se llama locomotora.

Al mismo tiempo otro monstruo semejante atraviesa los oceanos como una centella, sin que le importe la dirección de los vientos, ni le hagan retroceder las tempestades.

Un hilo somete el rayo á la voluntad del hombre, y le hace eco de su misma voz borrando distancias, continentes y hemisferios.

¿Enorme lengua de tierra impide la comunicación de dos mares? Se corta; y surge hoy el Canal de Suez: mañana el de Panamá. Así, la vuelta al mundo quedará pronto reducida á un simple viaje de recreo.

¿Los astros? No son ya signos de nuestra buena ó mala fortuna. Son tal vez jaulas de otros pájaros como nosotros, cuyos secretos nos hemos empeñado en averiguar. Ya estudiamos las montañas de la luna y los volcanes del sol; y para acercarnos más á aquellas regiones hemos inventado los globos... El día que podamos dirigirlos, habre-

mos completado la obra de nuestra osadía. Seremos serpientes en la tierra con la locomotora; pescados en el mar con el vapor, y aves en el aire con los globos dirigibles.

¿Qué grandeza habrá en el mundo capaz de resistirnos? No hay que hablar de los animales, porque fuera de los que están á nuestro servicio y llamamos domésticos, los más feroces acaban también por someterse á nuestra voluntad.

El elefante con su enorme corpulencia, es objeto de las risas de los niños cuando lo ven bailar groseramente en la arena de un circo, comer en una mesa con su servilleta prendida y tocar un instrumento con sus brutales manazas, haciendo como que sigue atentamente las notas del pentágrama colocado en un atril.

Los leones, encerrados tras los hierros de una jaula, obedecen á pesar suyo á las voces de una débil mujer, que los hace saltar como perros por encima de un bastón, y los castiga valerosamente para intimidarlos como á humildes corderillos.

¿Dónde hay un enemigo del género humano, que á la hora presente pueda vana-

gloriarse de no haber sido humillado y vencido por este sér racional que nace más inhábil que un pajarillo, que crece á fuerza de cuidados y en medio de constantes peligros, y acaba por proclamarse rey de la Creación y señor de los elementos?

II

¿Dónde?

Hé aquí el formidable argumento que se ha reservado la Providencia, para aniquilar nuestro orgullo y hundir en el polvo nuestra espantada frente.

Un mundo entero, cuyos límites no puede penetrar la imaginación humana, y cuya existencia es inadvertida á la percepción natural y ordinaria de nuestros sentidos, bulle, crece, se desarrolla é inunda todos los seres vivos que están al alcance de nuestros ojos, y se levanta como espíritu impalpable agitándose en las sombras, para decirnos que los monstruos de la tierra, del agua y del aire, son insignificantes adver-

sarios de la humanidad en comparación de los otros que no se ven, ni se tocan, ni se sienten, sino por la incontrastable acción de su fuerza desoladora.

Ese es el mundo de lo microscópico.

El telescopio nos asombró presentándonos las apartadas esferas que recorren el espacio sin fin, con una magnitud prodigiosa.

¿Pero qué vale eso ante el asombro que nos ha causado el microscopio enseñándonos legiones incalculables de seres vivos en una gota de agua, en un átomo, en una nonada que parecía desempeñar un papel despreciable en el orden de la Creación?

La primera vez que el hombre observó ese pequeño mundo, debió espantarse al considerar qué fuerza tan extraordinaria no desarrollaban aquellos seres que en tan pocos instantes nacían, crecían, luchaban fieramente entre sí, se reproducían y morían.

Detrás de estos seres puede haber otros muchos más pequeños todavía, diríase el observador aterrado; y es natural que, á medida que se vaya perfeccionando el microscopio, vayan apareciendo nuevas legio-

nes y nuevos mundos, de cuya vida no se tiene hoy la más ligera sospecha. Pero ¿qué objeto tienen estos seres? ¿Los ha criado Dios únicamente para asombrarnos? ¿ó tal vez los ha criado también para nuestro castigo?

La observación ha ido avanzando en sus investigaciones, fijo sin cesar el lente en las innumerables familias microscópicas que pueblan el Universo. Y de seguro, la ciencia honrada seguía haciéndose siempre las mismas preguntas: ¿Esto es para asombrarnos ó para castigarnos?

Ocurriósele á un ilustre sabio aplicar su lente á los virus de ciertas enfermedades, y al poco tiempo la ciencia averiguó con horror que todas las enfermedades infecciosas, y otras que no lo parecen, son producidas por razas especiales de aquellos seres invisibles, que en la gota de agua, en la de vinagre y en la de sangre habían causado anteriormente nuestra admiración.

Aquellos seres se reproducían por millones de millones en el organismo humano, y en pocas horas acababan con la vida del individuo atacado.

El tifus, la viruela, la tisis, el cólera, las enfermedades que más espantan, son obra de esas pequeñas legiones de enemigos, de cuya existencia nos ha dado noticia el microscopio.

Y figurémonos que detrás de esas legiones hay otras más pequeñas, y luego otras, y otras, y otras... La imaginación se pierde en esa inmensa serie de existencias desconocidas, y no tiene más remedio que postrarse delante del Criador de todos los mundos, de los grandes y de los pequeños, tan admirables los unos como los otros, y adorar en silencio la maravillosa Omnipotencia de Aquel á quien la soberbia humana quiso en un tiempo desafiar con una torre que llegase al cielo, y quiere hoy negarle el derecho de legislar sobre las criaturas.

¡Ah! sí; no cabe duda. Los seres microscópicos son nuestro castigo, nuestra humillación, nuestra derrota.

Vencemos á los monstruos de la tierra, dominamos el mar y vagamos por los aires... Nos obedece el rayo; sorprendemos el orden de los astros; separamos los continentes para que abran paso rápido á nues-

tro comercio; pero el mundo de lo microscópico invade nuestras entrañas y nos aniquila en un momento.

Hé ahí la invencible reserva que Dios ha guardado para sí!

—Dominad en lo grande—nos ha dicho; —pero yo me encargo de dominaros con lo pequeño. Os serviréis de los astros para conocer las horas y los tiempos; de los mares, para cambiar los productos de vuestra industria; de los animales más fuertes, para cultivar la tierra, cruzar los desiertos, alimentaros y ganar vuestra subsistencia. Yo me reservo los seres que pueden vivir en una gota de agua para castigaros y aniquilaros cuando me plazca.

¡Qué asombro y qué humillación!

III

No se comprende después de esto cómo hay hombres que, ensoberbecidos por su saber, por su posición ó por su ignorancia (que no hay nada tan soberbio como la ig-

norancia), se atreven á mirar á Dios con cierto menosprecio, cuando no á poner en duda su existencia.

Los ateos no han sabido nunca contestar al antiquísimo argumento del orden que rige el Universo como prueba de que existe un Criador, Ordenador y Legislador, de donde procede todo cuanto es.

¿Qué contestarán á este otro argumento, basado en la existencia de los mundos microscópicos, que parecen llevarnos hasta las fronteras mismas de lo espiritual y de lo infinito?

La magnitud misma de los planetas explica en cierto modo que los idólatras y los ateos—individuos de una misma familia—supongan en la materia un poder que niegan al invisible Criador y Conservador del mundo.

Estas masas enormes que navegan, rodeadas de luz, *por el piélago inmenso del vacío*, y cuyos grandiosos fenómenos se manifiestan á veces con terrible aparato, subyugan la inteligencia extraviada de los salvajes y descreídos, y les obligan á doblar la frente en señal de adoración.

¿Pero qué dirán al encontrarse con el mundo de lo pequeño, y ver que allí, donde casi no hay materia, existe una fuerza de reproducción y de destrucción tan grande, que la ciencia no puede menos de confesarse vencida y confundida?

Y si además observan que no es lo más visible ni lo más pesado lo que más actividad y fuerza desarrolla; si reparan que unas gotas de vapor comprimidas sustituyen ventajosamente á la fuerza de centenares y miles de caballos, y que una chispa eléctrica supera en velocidad á todo lo imaginable, posible es que al fin y al cabo transpongan los límites de la materia, y vayan á buscar en las regiones del espíritu la causa de las causas, el principio universal, el Sér por esencia.... Dios.

Para los cristianos, el descubrimiento de esos mundos microscópicos, de su desarrollo y de su poder, es nueva confirmación de que Dios, por lo mismo que es infinito en su grandeza, se vale casi siempre de lo pequeño en sus más admirables relaciones con el hombre.

Hízonos á su imagen y semejanza: ¡qué

grandeza! Pero nos hizo de un poco de barro: ¡qué pequeñez!

Nos redimió uniendo su propia divinidad á la carne humana que salió del barro; pero su Hijo nació en un pesebre y fué carpintero. ¡Tanta grandeza en la persona y en el fin, y tanta pequeñez en los medios!

Curó enfermos, resucitó muertos, multiplicó los panes y los peces; pero cuando quiso que su doctrina fuese propagada y confesada por todas las partes del mundo, eligió á unos miserables pescadores para maestros y jueces de la humanidad. ¡Ellos juzgarán á las doce tribus sentados en doce tronos!

Propónese acabar con el mayor imperio que han conocido los hombres, y fundar otro que dure hasta la consumación de los siglos. ¿Qué Alejandro ó qué César van á llevar á término feliz este colosal proyecto? Simón Pedro, el más rudo de aquellos pescadores, es el encargado de ello.

Muere en Roma como un criminal vulgar, como murió el mismo Hijo de Dios en Jerusalém, y sobre su sepulcro va surgiendo poco á poco la Iglesia santa, es decir, el nuevo imperio, tan durable como el mun-

do, que acaba con el antiguo imperio de la idolatría y del despotismo.

Se corrompen las costumbres; se devoran unos á otros los pueblos; la Iglesia llora lágrimas de sangre... ¿Á quién encomienda Dios generalmente el remedio de estos males? A unos pobres hombres vestidos de sayal humilde, y entregados al ayuno y la mortificación; llámanse unas veces Benito, otras Francisco, otras Domingo, otras Ignacio ó Vicente... cuando no son mujeres sin instrucción como Brígida ó Teresa.

¡Siempre lo pequeño para realizar las cosas más grandes!

Parece que en el orden moral como en el material, Dios se complace en permanecer detrás de todo lo microscópico, á fin de que el hombre vea mejor la única verdadera grandeza: la grandeza de Dios.

Si todavía hay ciegos que no la ven en la multitud de los astros, en la inmensidad de los mares ó en lo más hondo de los abismos, véanla á través del microscopio, en que tiene hoy la ciencia puestos sus ávidos ojos... Y si tampoco ahí la ven...

¡Dios mío, tened misericordia de ellos!



LA CASA

I

Todos los seres que pueblan el globo terrestre, desde el enorme cetáceo hasta el humilde infusorio, eligen ó construyen un rincón, que es el lugar de su descanso, el almacén de sus provisiones, el santuario de sus amores, la cuna de sus pequeñuelos, y la defensa contra el rigor de los elementos y la crueldad de los enemigos.

Así las fieras tienen su morada en las cavernas que oculta la aspereza de los bosques, y los monstruos marinos en las que

ha abierto la Naturaleza bajo el inquieto fondo de las aguas. Los castores edifican sus admirables cabañas á la orilla de los ríos; las águilas construyen sus nidos en lo alto de las rocas; las golondrinas en los aleros de nuestros tejados, ó en el techo de nuestros propios aposentos; las cigüeñas en lo más alto de torreones abandonados; las aves nocturnas en la misteriosa sombra de seculares ruínas; los reptiles entre las malezas de pedregoso monte; la oropéndola, el ruiseñor, el jilguero y los pájaros todos que deleitan nuestros oídos con su canto, en las espesas ramas de los árboles, que embellecen nuestros sotos y avaloran nuestras huertas, como la diligente hormiga hace bajo montones de tierra su habitación y sus depósitos, y el insecto en la hoja de la planta ó en la corteza del arbusto, y el gusano en el corazón de los frutos ó en los tejidos mismos de nuestro propio cuerpo.

El hombre, medio desnudo y errante en esta tierra que erizaba contra él las puntas de sus espinas, como lomo de jabalí á vista del enemigo, sintió que la tempestad se desplomaba sobre su cabeza, que el viento

azotaba su rostro, que la lluvia inundaba su endeble piel, y, en fin, que no podía dar un paso sin tropezar con algún sér animado ó inanimado dispuesto á atentar contra su miserable vida.

Y el hombre no estaba solo. A su lado tenía la hermosa compañera de sus infortunios y de sus consuelos; sobre sus hombros llevaba al inocente fruto de un amor que debía ser puro como el de los Ángeles, y era ya bajo y grosero como el de las bestias. La mujer callando suspiraba, mientras el niño, todo amedrentado y lloroso, regaba con lágrimas copiosas el áspero y revuelto cabello de su padre.

¿Qué iba á hacer el hombre? ¿Disputar á las fieras sus guaridas, ó imitar al castor que construye con suma habilidad su cómoda vivienda, y la abeja que labra maravillosamente su celda exagonal? El hombre inteligente, que lleva en su alma el rayo creador de la Divinidad, no podía ser menos que el más hábil de los animales que le habían estado sometidos; y si al principio se contentó quizá con doblar hacia el suelo las ramas de los árboles y anudarlas al

tronco de arbustos próximos, y cubrir con hojas sueltas y maleza seca el techo que resultaba de aquel sencillísimo tejido vegetal, bien pronto el amor á la sociedad y á la estabilidad, innatos en el corazón humano, le obligaron á trazar un tosco cimiento de piedra en la vertiente de alguna eminencia, y á poner uno sobre otro ligeros troncos unidos con largas tiras de corteza ó con juncos arrancados de los pantanos, de manera que formasen tres paredes recostadas en la roca de la montaña, cubiertas con ramas, cañas y tallos de plantas secas.

Los más atrevidos y ambiciosos reuniéronse pronto en los valles que ofrecían sus fértiles entrañas á la codicia, y allí levantaron moradas más sólidas, inmediatas unas á otras, que al punto se convirtieron en ciudades populosas entregadas al placer y dispuestas á aniquilarse, por gozar de nuevos deleites ó llevar su dominación á extraños territorios.

Reseñar la historia de la casa humana, desde la tienda del nómada ó la choza del arya, habitante primitivo del alto Indo y de las gargantas del Himalaya, hasta los

suntuosos palacios de Menfis y Babilonia, las elegantes construcciones de Atenas, las sibaríticas *villas* de Roma, los castillos feudales de la Edad Media y los risueños *hoteles* del Renacimiento, que son hoy todavía las habitaciones propias de los grandes y opulentos señores, equivale á reseñar la historia de la humanidad: no esa historia que se alimenta de batallas y catástrofes, y de caídas de Tronos y de cambios de dinastías, sino aquella que manifiesta el carácter de los pueblos, sus creencias, sus sentimientos, sus costumbres, sometidos en gran parte á la naturaleza del país que habitan y á las condiciones particulares de su clima.

Viollet-le-Duc ha hecho, aunque á la ligera, este singular trabajo en su *Historia de la habitación humana*, pero sin manifestar las relaciones íntimas que existen entre el hombre y su habitación. Y, sin embargo, esas relaciones son tan notables y tan curiosas, aun prescindiendo de las obras maestras del arte arquitectónico, libros de piedra de las edades pasadas, que su estudio basta para dar á conocer la especial

condición de cada uno de los diferentes pueblos de la tierra.

Las razas nómadas que seguidas de sus ganados plantan su tienda en el desierto, y durante uno ó dos meses viven del robo y el pillaje de las caravanas ó del saqueo de algún pueblecillo próximo, son excepciones que, como el salvajismo, muestran á la civilización el camino por donde se llega á la barbarie y al embrutecimiento. No es esa la regla general; no es el nómada el hombre sociable que al construir su casa para recoger en ella á los objetos de su íntimo amor y ocultar á las miradas del mundo los placeres incomparables de la familia, piensa también en los deberes que le unen á los demás hombres, y por eso se agrupa con ellos alrededor de un mismo centro, y reconoce una misma autoridad, y crea ciertos intereses comunes, y constituye con la suma de casas un pueblo; con la suma de pueblos una patria.

Este es el hombre, tal como Dios ha querido que sea. El hombre de la casa, de la ciudad y de la patria: súbdito de la patria, miembro de la ciudad y rey de su casa. Pe-

ro este hombre, que es uno en el fondo, porque en todas partes y en todos los tiempos es súbdito, ciudadano y jefe de familia, es tan vario en las manifestaciones de su vivienda como en las líneas de su fisonomía y en los rasgos de su carácter. Por eso, cuando por vez primera visitamos una ciudad desconocida ó un país extraño, fijamos nuestra atención en los edificios, como si en la forma de aquellos muros quisiéramos ver el corazón y el pensamiento de sus habitantes. Si el aspecto de las calles es sombrío, si las severas líneas de las fachadas no están interrumpidas por algún detalle ligero ó por algún color vivo y resplandeciente, si las ventanas escasean y no tienen la anchura proporcionada á la magnitud del edificio, nuestro ánimo se impresiona desfavorablemente á la ciudad ó al país que visitamos. Allí no reinan la expansión ni la alegría de ordinario. Las gentes se tratan poco, las familias viven para sí, el clima no es apacible, el cielo debe descargar con frecuencia sus rigores sobre la ciudad; acaso la vida religiosa predomina en aquel pueblo; tal vez la amenaza constante de los enemigos haya

convertido en fortaleza cada casa; quizá largas y tradicionales discordias hayan separado á unas familias de otras y las obligan á vivir en receloso aislamiento. Ó alguna de estas cosas ó todas ellas juntas han dado su carácter particular al pueblo, y este carácter está retratado en la construcción de las viviendas humanas, como el sentimiento suele retratarse en el semblante.

Pasemos ligeramente nuestra mirada sobre las regiones principales de la tierra, y entretengámonos un instante en la observación de esa infinita variedad de aspectos que da á la morada del hombre la diversidad de su carácter.

II

Allá á lo lejos, sobre las aguas azuladas de un río tranquilo, se descomponen en mil cambiantes los rayos de un sol espléndido, señor majestuoso de un cielo purísimo y transparente como un cristal. Cruza el río una llanura inmensa vestida con las galas

de la más variada y rica vegetación que han podido concebir las inagotables entrañas de la madre Naturaleza. En el horizonte, donde apenas alcanza la vista, se levanta un cono gigantesco cubierto de nieve y coronado de blanquecinos vapores, como anciano musulmán que confunde el plateado color de sus canas con la blanca y ligera muselina de su turbante.

Hiere los ojos una increíble variedad de colores. Diríase que mil arco-iris se han desparramado en la superficie de aquella gran llanura, y que, como las estrellas en la bóveda azul de una noche serena, titilan todos aquellos colores sobre las plantas, sobre las aguas, sobre los pájaros, sobre los hombres y sobre las casas. Todo brilla, y todo brilla de la misma manera. Es una variedad uniforme, siempre idéntica á sí misma, que ha llegado á descubrir el secreto más peregrino de la vida humana: la inmovilidad en la actividad. Acerquémonos. Una de las innumerables casas de que parece sembrada la llanura, y que brilla con los mismos colores que se advierten en las plantas, en las aguas, en los pájaros y en

los trajes de sus habitantes, de tez amarilla y negra cabellera, se ofrece á nuestra curiosa observación. La casa está rodeada de un jardín de arbustos y árboles frutales, menos por la parte en que el río lame los cimientos de un gran terrado y los peldaños de un embarcadero sostenidos por dos postes de bambú. Un pórtico con algunos escalones da entrada á la sala central, alta de techo é iluminada por aberturas en forma de claraboya, divididas por ligeras columnitas de junco. Esta sala comunica con dos aposentos laterales, y una estrecha galería que á derecha é izquierda da á sendos balcones cubiertos, uno de los cuales está sobre el río. Otra galería más ancha conduce al terrado, á las habitaciones de los sirvientes y á la cocina y despensa. Los techos están construídos de gruesos bambús encorvados y cubiertos con juncos hábilmente dispuestos para preservar á los moradores de la lluvia y del calor. Como hemos dicho, la casa está pintada exterior é interiormente de colores muy vivos, descollando el amarillo y verde. En los remates de los bambús que forman el pórtico se ven cabe-

zas toscamente talladas, pero que denotan la afición al detalle que distingue á aquellos habitantes. Nuestros lectores habrán adivinado que nos encontramos en plena China: el pueblo de la inmovilidad y de las insustancialidades, de la inteligencia analítica y del amor á las dulzuras de la pereza y á los deleites de la sensualidad.

La sala central se conserva siempre en una suave temperatura que convida á la molicie. Allí el perezoso dueño se sienta sobre almohadones rellenos de yerbas aromáticas, y come junto á su familia, encerrada ordinariamente en las habitaciones interiores, aquel arroz blanco que el chino lleva á la boca con dos palillos diestramente manejados. Su bebida es el thé ú otro brebaje aromático cualquiera; todo, menos el agua pura. Bajo el terrado se mece la barca en que el señor se distrae, navegando sobre las inmóviles ondas del caudaloso río. Tal era la casa china de los tiempos primitivos; tal es, poco más ó menos, la casa de hoy, y tal será probablemente la de mañana, si aquella raza no sufre una transformación radical. Esa casa de bambú es

la historia de la China, la definición completa de su carácter, de sus costumbres y de sus creencias. La fecundidad y hermosura de aquel suelo despiertan en el chino el amor á la Naturaleza, y por eso rodea de jardines su morada, cultivándolos con más esmero que trabajo. Su fe budhista, transportada de la India, ha aumentado su natural indolencia y su gusto por los placeres reposados. Hace maravillosamente las cosas pequeñas; estudia largos años para aprender á leer y escribir, por la complicación extraordinaria de su escritura, y no toma nada de ninguna civilización, sino el opio, que ha llegado á ser el verdadero símbolo de sus inclinaciones.

Volvamos ahora los ojos á esta otra parte próxima á nuestra Europa y fronteriza del Asia, cuyos monumentos han pasado á través de los siglos, como desafiando la caducidad de las cosas humanas. Otro gran río, dividiéndose en enormes brazos que forman un soberbio delta, corre á nuestra vista hasta arrojar al Mediterráneo sus turbias y misteriosas aguas, cuyo origen no ha podido aún descubrir la tenacidad de los

más audaces exploradores. Es el Nilo. Periódicamente crecen sus aguas, inundan la tierra estéril y arenosa de aquella vasta región, y cuando el río vuelve á su cauce deja una corteza de cieno, que bien pronto se convierte en una vegetación fértil y hermosa, que lleva el bienestar y la abundancia á los inteligentes egipcios. Jamás el cielo ha sido allí empañado por las sombrías gasas de borrascosas nubes. Menos aún que en la capital del Perú, donde en tres siglos se ha oido tres veces el rumor de la tempestad, se tiene en Egipto idea de la lluvia y del trueno. Las fuerzas destructoras de la Naturaleza no se conocen por encima de la cabeza del hombre, sino bajo su planta. La sonrisa perpetua del cielo está algunas veces neutralizada por los estremecimientos monstruosos de la tierra. Esta es allí de una admirable fertilidad, y la población que en otro tiempo la habitaba numerosísima, por lo cual se creyó indispensable no dejar un solo palmo de terreno sin cultivo. Dividióse, pues, la propiedad en lotes con el más exquisito esmero, á fin de que cada habitante poseyera aquella parte de territorio

que podía cultivar con sus propios brazos ó con los de sus servidores. Así, los antiguos sacerdotes, conservaban escrupulosamente trazadas en hojas de *papiro* las heredades de cada uno, á fin de evitar pleitos y cuestiones entre los propietarios. Para trazar estos planos catastrales, era preciso recurrir á operaciones geométricas que la necesidad fué perfeccionando poco á poco, y pronto se llegó á reconocer que el triángulo era la figura que permitía señalar con exactitud la extensión de un territorio, apreciar sus dimensiones y accidentes, tales como el curso de las aguas, las partes inundadas ó secas, arenosas, pedregosas ó cenagosas. De esta manera fué el triángulo considerado como figura sagrada, particularmente el triángulo rectángulo, cuya base se divide en cuatro, el lado en tres y la hipotenusa en cinco partes iguales entre sí. Combinando la religión á estos conocimientos, se creyó, entre los ocultos misterios sacerdotales, que la base representaba á Isis, el lado á Osiris y la hipotenusa á Orus (1).

---

(1) Viollet-le-Duc, *Histoire de l'habitation humaine*, pág. 92.

De todas estas circunstancias de clima, de aficiones matemáticas y de creencias religiosas, se compone la idea artística de la casa egipcia. En las vertientes del Himalaya, como en las orillas del mar Egeo, los aryas y los pelasgos construían desde los tiempos primitivos casas con techo vertical y anchos aleros, para dar salida á las aguas de la lluvia. Los egipcios convierten el tejado en una de las más agradables habitaciones de la casa. Es un ancho terrado, cuya parte central está cubierta de toldos sostenidos con postes, y allí pasan las familias egipcias las horas que el trabajo les deja libres. Su preocupación por el triángulo, se revela en la forma rigurosamente cuadrangular de sus edificios. Si alguien osara proponerles que hicieran una casa circular, lo arrojarían de su seno como á sacrílego diciéndole: «La morada del hombre debe mirar á los cuatro puntos del cielo, y ha de tener su frente y sus costados; de esta manera forma ángulos y ángulos rectos, sin los cuales sería imposible todo nuestro sistema religioso y arquitectónico.» En cambio, el antiguo pelasgo construía su casa

en círculo sobre toscas piedras, como si quisiera reflejar en lo infinito del círculo la concordancia de su grandeza con la fuerza de su temperamento, y la sencillez de sus costumbres en la ruda naturalidad de sus pedazos de roca amontonados.

La casa egipcia parece la base de una pirámide truncada; es porque los terremotos pueden hacer menos estragos en un edificio más ancho de abajo que de arriba. Los aposentos no se distinguen por su holgura ni su comodidad. Ordinariamente se come fuera de la casa, bajo un toldo colocado en la puerta, y se usa poco la tertulia y la asamblea, tan comunes en los pueblos del Norte, nacidos para la independencia y la deliberación. Por eso los egipcios no usaron hasta la época de su grandeza, aquellos vastos salones sostenidos por columnas de troncos de árboles al principio y de mármol y granito después, que la raza aryana generalizó donde quiera que hizo sentir su avasalladora influencia. Pero se explica fácilmente la poca comodidad de las habitaciones. Los mujeres se ocupan en los trabajos exteriores, en comprar las provisiones, en

comerciar y llevar fardos, mientras los hombres permanecen junto á la casa ó dentro de ella tejiendo, fabricando toldos, vajilla y pequeños objetos de madera en que muestran una singular pericia. No hay verdadera familia: ¡cómo ha de haber gusto para los honrados y sencillos deleites de la casa!... Una turba de perros, gatos, aves y otra porción de animales invaden las habitaciones todas, y rodean la mesa donde comen los dueños de la vivienda, que de pronto se convierte en una Exposición zoológica. Hé aquí otro detalle íntimo que descubre la fe particular de un pueblo: esos animales son seres sagrados. Dejemos correr los tiempos, y veremos á los supersticiosos egipcios abandonar la defensa de una ciudad por no hacer daño á los animales, que el enemigo ha lanzado por las murallas arriba, para perturbar la conciencia de sus defensores.

III

Convirtamos de nuevo nuestra mirada al Asia. Dos ríos famosos, en cuyas aguas

acaso vieron por primera vez reflejados su hermoso rostro los padres del género humano, fecundan una comarca risueña habitada por hombres de aspiraciones gigantescas. Mezcla de la noble raza de los aryas y de la calculadora é industriosa de los semitas, la que se extiende á las orillas del Tigris y del Eúfrates, parece nacida para dominar el mundo y asombrarle con la magnificencia de sus costumbres y sus monumentos. Nadie diría, al ver esas ciudades soberbias, esas moradas espléndidas, esos toros alados con cabeza humana que guardan la puerta de los salones, que el tiempo había de reducirlos á polvo, no perdonando más que alguna que otra ruína destinada providencialmente para servir de enseñanza á las generaciones, pagadas de su poder y de su grandeza. Los egipcios, á lo menos, han dejado en pos de sí esas colosales pirámides, túmulos inmensos de momias incorruptas que indican el agrado con que aquellos hombres miraban la vida, cuando parece que querían prolongarla aún después de la muerte. Pero el gran Imperio asirio no ha dejado nada más que fragmen-

tos, con que la ciencia arqueológica ha podido reconstruir imaginariamente las moradas de aquellos poderosos dominadores del Asia, dominados á su vez y destruídos por las legiones providenciales del persa Ciro. Dos razas, la procedente de los aryas y la de los semitas, formaban el Imperio asirio. Aquélla era la raza noble, la raza conquistadora del país; la otra plebeya y humilde, dada á la industria, apenas hacía más que proporcionar mujeres hermosas para el harém de los señores.

Una mirada sobre la ciudad basta para comprender la soberbia de la raza noble y la humildad de la semita. Las casas de unos están emplazadas sobre terraplenes arcillosos; las de los otros, construídas al nivel del suelo, parecen modestos servidores que no se atreven á levantar su vista delante del orgulloso dueño. Una extensa y cómoda rampa conduce á la plataforma en que se asienta el palacio del noble asirio. Rodéanle magníficos jardines, y hállanse á lo mejor soberbias escalinatas, que dan acceso á las puertas principales de la suntuosa vivienda. Mirad sin recelo esos toros alados de piedra

que guardan la entrada: es la vanidad de un pueblo que se cree fuerte, y que no espera ser sorprendido y aniquilado en una noche de orgía. Pasemos sin miedo. Un grandioso salón se abre delante de nosotros: no tiene el balconaje elegante que se advierte en lo alto de los muros de los regios salones indios; pero tiene algo que sorprende el ánimo y le impone más que todas las elegancias y comodidades que hemos visto hasta ahora. Las puertas están hechas en forma de arco; el techo es abovedado, y en su centro se levanta una media cúpula por cuyas ventanas penetra suavemente la luz del día, bañando el recinto con los matices del misterio y la severidad extraña á toda otra morada de los diferentes pueblos de la tierra. ¿Qué idea tienen esos hombres de sí mismos? Dícenlo claramente sus palacios. Fundadas las ciudades sobre una gran llanura, todas las casas serían poco más ó menos iguales, construídas como están de un solo piso, si la idea de la plataforma no hubiera venido á traducir con perfecta exactitud el sentimiento de la soberbia que domina á la raza noble. Así, de una sola mi-

rada el espectador adivina dónde viven los grandes y dónde se arrastran los pequeños. La bóveda y la cúpula completan la expresión del carácter dominante de aquél orgulloso pueblo. Esas líneas curvas que parecen separarse violentamente de la tierra y escalar el cielo para caer al otro lado como dominadas por el peso de su propia osadía, son acaso un vago recuerdo de aquella torre de Babel, que por estos mismos sitios levantó otra generación de soberbios. Más adentro de los palacios, se ven patios extensos y habitaciones destinadas á los usos ordinarios de la vida. Todo es generalmente cómodo y lujoso. Pero no preguntéis por la familia. En un ala del palacio está el harém, depósito de mujeres hermosas para deleite del señor. La familia no existe en ninguna parte. La idea del hogar doméstico ha desaparecido por completo de la sociedad humana, y pasarán todavía algunos siglos antes de que esa idea se restaure, y la casa refleje en su misma construcción, más que el pensamiento orgulloso del hombre, el sentimiento delicado, recogido y puro de la mujer.

La soberbia y el deleite: hé aquí las notas características del pueblo asirio. Si la historia no nos lo dijera, nos lo dirían los palacios de sus magnates. También aquí hay terrados como en Egipto, y aunque en diez meses del año apenas empaña una nube el purísimo azul del cielo, no es precisamente el clima lo que mueve á los asirios á coronar sus casas con esos anchos y alegres miradores. Es que por aquí pasó la planta de los egipcios, los cuales no abandonaron el país sin dejar á sus vencedores el amor á las ciencias exactas, que luego se ha convertido en pasión por la astronomía. Los terrados son, á un tiempo mismo, lugares de recreo y observatorios. Verdad es que no se sabe si encanta más la contemplación de aquella maravillosa campiña surcada por cientos de canales, ó de aquel espléndido cielo sembrado de millones de estrellas.

Astrónomos, se deleitan con el estudio de los planetas; soberbios, levantan cúpulas sobre el techo de sus salones, imitando la bóveda celeste; sensuales, hacen de sus moradas templos de todos los placeres... Pero

llegará un día el enemigo, y de esta magnificencia sólo quedará la dolorosa huella que deja en el corazón el recuerdo de un sueño delicioso.

IV

¡Grecia! Henos aquí en la cuna del arte. La línea recta, la columna, el pórtico, el *triclinion*. Es un pueblo sencillo, elegante, burlón, discutidor, enemigo mortal de la familia y ciegamente apasionado de la forma: tan apasionado... ¡que asesina á los niños cuya estructura no le parece bastante fuerte y bastante bella! La sobriedad de sus fachadas y de sus adornos delata su buen gusto. No se pretenda hallar elevación en sus construcciones; es un pueblo pegado á la tierra de tal suerte, que hasta los dioses los ha convertido en personajes griegos, capaces de cometer con la mayor destreza las mayores infamias del mundo.

La casa griega indica al punto cuál es la llaga más repugnante que corroe á ese pue-

blo bullicioso y risueño. La primera habitación que se encuentra al pasar el dintel es la destinada á los esclavos. ¡Hé aquí el país más libre de la tierra! Un poco más allá se tropieza con el primer patio, rodeado de un pórtico de elegantísimas columnas de mármol. Allí esperan los clientes, los mercaderes y los ociosos que el dueño los llame para despachar con él sus asuntos ó celebrar un banquete en su gran *triclinion*. Otro patio, rodeado también de columnas y con una fuente en medio, se ve en el fondo del segundo cuerpo. Allí pasean los amigos de confianza, comensales ordinarios del rico ciudadano que vive en la casa. Es un hombre religioso: tiene su altar privado en uno de los ángulos del edificio, y allí sacrifica de vez en cuando á sus dioses tutelares. A un costado está el *gyneceo* para las mujeres y los niños. Nadie las cela, porque nadie las ama. Hasta las madres han arrancado de su corazón la ternura. Aquí no consiste el heroísmo en vencer los impulsos naturales del sentimiento, sino en no tenerlos. Padres, hijos, esposa, hermanos... todas estas palabras no representan aquí na-

da. ¡Patria! Esta es la idea que lo domina todo. Por eso la casa viene á ser una segunda plaza pública. Bajo los pórticos de los patios se habla de todo; de las novedades del día, de la malevolencia de la República vecina, de la llegada de una flota, de la representación de una nueva comedia aristofánica ó de los sueños de algún filósofo ó de algún orador que ha inventado un nuevo sistema de psicología ó de moral. El *triclinion* es una Academia; allí se come y se discute á un tiempo, y si los comensales son sabios de primer orden, posible es que al final de la comida quede el Olimpo tan desocupado de dioses, que cualquier mano atrevida pueda poner en lo alto de la puerta la famosa inscripción de Cromwell en la fachada del Parlamento inglés.

Plaza pública y Academia: tal es la casa de los griegos. Por dentro y por fuera lo está diciendo á voces esa encantadora combinación de líneas que forman la vivienda del rico ciudadano helénico.

Mas ¿dónde hallar el santuario de la familia? ¿En Roma? Roma lo ha aceptado todo de todas partes. Sus casas ostentan la línea

recta del griego, la bóveda del asirio, el ángulo del egipcio, las columnas del arya, los suntuosos salones del indio: es el mundo compendiado en una ciudad. Obras de Fidias, reproducidas á centenares por los artistas griegos, engalanan las habitaciones del patricio romano: tal vez un obelisco egipcio se levanta en el centro del patio, junto al *impluvium;* acaso la escalinata que conduce del *triclinium* á los jardines haya pertenecido á un antiguo palacio asirio... ¿Qué pueblo de la tierra no ha contribuído con su genio, con sus brazos ó con sus tesoros á edificar esta ciudad, que va pasando á través de los siglos como centro obligado de la historia humana? Puede decirse, sin embargo, que Roma es Grecia, sin la elegancia y la mordacidad de los griegos, y con la grandeza soberbia de los asirios.

Si nos transportáramos á las regiones septentrionales de Europa, veríamos algo, en la morada humana, que no es el arte grandioso del Asia, ni el arte elegantísimo de Grecia, ni el arte cosmopolita y abigarrado de Roma; pero que no es tampoco su corrupción, su menosprecio de la familia y

su amor al despotismo. Ambiente de libertad se respira en la fría atmósfera de la Escandinavia. La casa, de anchos y verticales aleros, está rodeada de una cerca de palos, piedras y maleza, que la separa de las demás. El hombre que ahí vive, noble ó plebeyo, no conoce la servidumbre; al contrario, es rey de su casa, y sólo admite la autoridad ajena cuando trae el sello del común consentimiento. Un espacioso salón es la primera pieza que se encuentra al penetrar. Aquel salón está destinado á recibir á los convecinos y á celebrar asambleas familiares ó públicas. Ese pueblo, vestido de pieles de fieras, no hace nada sin oir el parecer de todos. El día en que el agua del bautismo caiga sobre la frente de esos bárbaros, el mundo sabrá por vez primera en qué consiste la libertad política, sin menoscabo de la dignidad real. La casa tiene habitaciones reservadas á la familia. La mujer no es una esclava. En torno del hogar, come al lado de su esposo y de sus hijos, y dirige, sin necesidad de servidores mercenarios, las domésticas faenas. Todas las magnificencias que hemos visto desapare-

cerán como los espléndidos rayos de una aurora boreal. Pero esta humilde mansión escondida bajo las espesas brumas del Norte y cercada de árboles seculares que crecen y se propagan sin el cuidado del hombre, será con el tiempo modelo universal para las sociedades cultas, perfeccionado y consagrado por el espíritu vivificador y generoso del cristianismo.

¡Ah! Sí; el cristianismo llega; la familia se constituye; la mujer ciñe corona de reina; el niño, redimido con la sangre de un Dios, es hermano de los Ángeles; el esclavo es hermano de los Reyes, el hombre reconoce la dignidad de su origen y ve claramente la grandeza de su destino... Todas las magnificencias conocidas, aumentadas por la inspiración de un nuevo sentimiento artístico, se reconcentrarán en la casa de Dios. La ojiva es el emblema de la elevación. Todo tiende á la altura, no como la bóveda asiria que vuelve á la tierra después de amenazar al cielo, sino como la aguja gótica que se pierde en la inmensidad del espacio. El alcázar del Rey, el castillo del magnate, hasta la choza del plebeyo, os-

tentan la forma ojival, semejando dos manos puestas en oración delante de la cruz que campea en lo más alto de todas las moradas.

El tiempo, las reacciones, los progresos, la instabilidad del gusto, la corrupción de las ideas y de las costumbres podrán algún día derribar la cruz de esas alturas y cambiar la ojiva por reminiscencias, acaso extravagantes, de Grecia y Roma. Pero aunque se derribe el castillo en que la mujer es poco menos considerada que una diosa, y el templo y el palacio varíen de forma, será ya imposible que la casa del hombre en la sociedad cristiana no refleje la noble jerarquía de la mujer, la justa libertad de los hijos y la fraternidad de los ciudadanos.

Las habitaciones más suntuosas se destinarán al extraño que viene á honrarnos con su visita. La mujer compartirá siempre el lecho con su marido, siendo el mismo el cuarto destinado para los dos. Los hijos, miembros predilectos de la sociedad doméstica, reposarán cerca de sus padres, para que éstos oigan su primer quejido y reciban su primer beso al despuntar la mañana. Los

criados no vivirán como siervos, sino como individuos de la familia. El antiguo *triclinium* no será una Academia ni un lugar destinado á las orgías, ni tendrá al lado el *vomitorium* reclamado por los excesos de la gula, sino el centro común de las expansiones afectuosas, de las confianzas recíprocas y del amor que une á la más dulce de las sociedades humanas.

Esta es la casa del mundo cristiano: la casa que nos dejaron nuestros padres, donde se mece la cuna de nuestros hijos, y en que las delicias conyugales, bendecidas por el cielo, han elevado un santuario á los amores tranquilos del hogar.

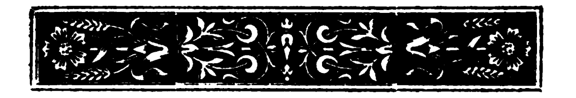
Apartemos los ojos de aquellos pueblos á donde la luz del cristianismo no ha llegado todavía. Quizá tras del aspecto triste, oscuro y cerrado de las viviendas que forman sus estrechas calles, se hallarán habitaciones suntuosas, perfumadas con los más delicados aromas del Oriente, y jardines deliciosos y fuentes cristalinas de mármol más blanco que el cutis de las odaliscas circasianas... ¿Pero es aquello el hogar? ¿Es aquello el santuario de la familia?

¡El harém, los eunucos, los esclavos!...

¡Bajo esa magnificencia que se oculta á las miradas de todos, palpita el monstruo del despotismo amamantado en los pechos de la más grosera sensualidad!... No es esa la casa del hombre; es el rico palacio del verdugo ó del idiota.

Por los balcones de nuestras casas entra á torrentes la luz del día y el aire puro de la libertad cristiana. Las alegres voces de nuestros hijos se confunden con las voces de la bulliciosa población que circula por nuestras calles. La casa es el segundo templo de nuestra familia; pero no es su cárcel dorada al fuego pasajero de la concupiscencia.

¡Insensatos soñadores de una sociedad sin familia, es decir, de una familia sin Dios! En la hora misma en que realicéis vuestros sueños y sustituyáis el hogar con el falansterio, habréis hecho de nuestra casa una Academia ó un harém. Pero no habréis dado un paso hacia adelante; no seréis los apóstoles del progreso; seréis los reaccionarios del gentilismo y de la barbarie.



LA LIBERTAD

I

GRANDE debe ser la fuerza de esa palabra—¡libertad! —cuando ha tenido el privilegio de conmover el mundo.

En nombre de la libertad sacudían los griegos el yugo de antiguos Monarcas, y fundaban nuevas instituciones que, si no los ponían á cubierto del despotismo, servían á lo menos para engrandecer á un corto número de ciudadanos, mientras innumerables manadas de esclavos cultivaban la tierra ó se dedicaban á la industria, su-

jetos siempre al capricho del señor que ejercía sobre ellos el derecho de vida y muerte.

En nombre de la libertad cayeron los Tarquinos y fundó Roma su famosa República, que llevó sus armas triunfantes hasta los últimos límites del mundo conocido, aunque no ciertamente para romper las cadenas de los pueblos, sino para apretarlas.

¡Libertad! gritaban los esclavos —y con harta más razón,—arremetiendo vigorosamente á las huestes de la ciudad de Rómulo, y con aquel nombre en la boca moría Espartaco bajo la espada vencedora de Craso.

¡Libertad! exclamó Bruto al hundir su puñal en el pecho de César, y ¡Libertad! habían dicho los españoles, al ponerse, ya bajo las órdenes de Viriato, ya bajo el hábil mando de Sertorio.

Los siglos han visto pasar muchas generaciones desde entonces, y la palabra ¡libertad! ha flotado no pocas veces en los aires.

Al resonar de esa palabra se abrió con estrépito la Era moderna, y, bañada en sangre, apareció ésta á los ojos del mundo

con el cetro del despotismo en la mano. El apóstata de Sajonia pretendía emancipar las conciencias, y conciencias y dignidad, y honor y bienes, cayeron á los piés de Soberanos ambiciosos y lascivos, á quienes cupo la gloria de fundar el absolutismo monárquico en Europa.

¡Libertad! bramaba un pueblo fanatizado por la ruda palabra de Cronwell, y degollaba á su Rey, y veía con gusto disolver á latigazos un Parlamento y alquilarlo como casa de vecindad, y elevaba al afortunado cervecero á la categoría de protector de Inglaterra.

¡Libertad! rugió Francia en los últimos años de la pasada centuria, y como si esa palabra hubiera sido una evocación al infierno, salieron de la tierra monstruos á porfía, que murieron ahogados en la sangre que derramaban.

Bandera de libertad enarbolaba Bonaparte, al pasear sus armas por el mundo y sembrar de parientes y allegados los Tronos de Europa.

Y al nombre siempre mágico de libertad, se han estremecido en nuestro tiempo las

sociedades del antiguo como del Nuevo Mundo, y se han degollado los hombres á millares, y se han formado, por fin, esas terribles asociaciones que, en Rusia como en Alemania, en Francia como en Inglaterra, en Italia como en España, han declarado guerra sin cuartel á Dios, á los Reyes, á la propiedad y á la familia.

¡Libertad: eres un nombre vano!—exclamaba Bruto después de su derrota, y á punto ya de morir (1).

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!—dijo una mujer célebre de la Revolución francesa, al entregar su cabeza á la guillotina.

¿Y es posible que la libertad sea eso que en Grecia consentía á los jóvenes ciudadanos ensayarse con los pobres ilotas en el ejercicio de la caza; que en Roma vertía á torrentes la sangre de los hijos del Lacio, ó ponía en manos de Sila un poder dictatorial que condenaba á muerte con una sola

(1) No dijo *¡libertad!* dijo *¡virtud!* Pero esta palabra en sus labios no se refería a otra cosa que al amor á la libertad.

palabra escrita en las tablas de proscripción; que en Alemania encendía una guerra de treinta años, y entronizaba el despotismo de la Autoridad civil; que en Inglaterra hollaba las antiguas instituciones parlamentarias; en Francia bebía sangre con Marat y Robespierre, y ahora pide la nivelación social, la abolición de Dios, de la patria y de la familia?

¿Es esa libertad idéntica á la que los españoles proclamaban combatiendo bajo Viriato y Sertorio, á la que siglos después les hacía combatir contra la poderosa morisma, y luego en favor de sus Municipios y franquicias contra los Reyes, y últimamente contra el altivo vencedor de Jena y vencido de Watterlóo?

¿Tenían razón Bruto y Madame Rolland al maldecir de una libertad que los conducía á la muerte, ó la tienen los pueblos de la época moderna que consideran la libertad como el pan de su vida política, como la sangre de su organismo moral?

Palabra terrible y maravillosa, que ha producido tantas catástrofes y tantas grandezas, ¿quién será capaz de descifrar el

hondo enigma que en tí se encierra?...

Puede el hombre ser esclavo; pero no ha nacido seguramente para la esclavitud. No es el hombre la piedra que cae por la fuerza de la gravedad, ni el agua que corre por la pendiente, ni la planta que brota de la tierra y se desarrolla y muere donde nace si mano extraña no la utiliza; ni animal que vive y se mueve obedeciendo siempre á los mismos instintos sin adelantar jamás un paso en la aplicación de sus facultades inconscientes: el hombre, compuesto admirable de la piedra y del agua, de la planta y del animal, sujeto como ellos á las mismas leyes físicas, tiene además algo dentro de sí que le grita: «Yo sé que vivo: yo sé que pienso,» y esto que piensa y vive, y compara y examina, y elige y perfecciona y corrompe, y unas veces se eleva á las alturas de lo infinito y otras se desploma en lo profundo de la ignominia, no puede morir, y lo que no puede morir, no puede tampoco ser esclavo de nadie.

Alma inmortal, soplo misterioso, pero vivo y latente del Ser Eterno, tú eres el seguro asilo de mi libertad, tú eres este *yo* co-

nocedor de sí mismo que cantará alabanzas á Dios en el fondo de las mazmorras y sonreirá entre las manos del verdugo, y emplazará á los tiranos ante la presencia del Juez universal en la hora de la suprema justicia.

Aherrojará el déspota al indefenso vasallo; azotará su cuerpo, destrozará sus miembros; pero la libertad ingénita del sér humano flotará por encima de los hierros y de los tormentos, y subirá mil veces más alta que las llamas de la hoguera, porque no hay hierros ni hogueras que lleguen á donde se cobija *eso* que piensa y ama, y que en el último instante de la vida, en la exhalación del último suspiro, se encuentra de improviso en las manos de Dios con la investidura de la inmortalidad y alejado para siempre de los límites del espacio y del tiempo.

Eso, que es el alma, libre es, y siendo el alma *forma* del hombre, sustancia primordial de su sér, libre es el hombre, y para la libertad seguramente ha nacido.

Esto lo había olvidado el mundo antiguo, y por eso era esclavo en todas partes: en Asia como en África, en Grecia como en

Roma, en las orillas del Ganges como en las del río Azul. Pero llegó un día en que un humilde hijo del pueblo, artesano de oficio, hermoso de figura, apacible de condición, grave en sus maneras y modelo acabadísimo de todas las virtudes, apareció en medio de unas gentes que habían conservado las ideas verdaderas de Dios, del alma, de la vida eterna, de la dignidad y destino del hombre, así como de los orígenes del mundo.

Aquel hijo del pueblo levantó su voz desde la pequeña comarca de Palestina, y, dirigiéndose á todos los nacidos y á los por nacer, díjoles: «Yo vengo á daros la libertad; yo romperé las cadenas de toda esclavitud; yo soy vuestro Redentor; Redentor de los vivos y de los muertos; de las generaciones pasadas y de las venideras; y ante mí, como ante mi Padre, todos los hombres son iguales, porque á todos alcanzará el beneficio de mi sangre derramada, y todos llamarán por igual *Padre nuestro* al Señor de todo lo criado. Hijos de Sara, la mujer libre; hijos de Agar, la esclava; todos sois ya hijos del mismo Abraham; todos igual-

mente libres é igualmente herederos de mi invisible reino.»

Ni antes ni después del momento en que Jesucristo, nuestro Dios, dió y enseñó la libertad al mundo, se ha concebido esa idea de una manera tan perfecta y tan universal.

¡Como que la libertad era Él mismo! Él, Señor de todas las cosas é hijo del pueblo; descendiente de Reyes por la carne y artesano de profesión; misteriosa y sublime hipóstasis en que se unen lo divino y lo humano, lo eterno y lo temporal, lo más esplendoroso y lo más humilde, lo más grande y lo más pequeño; nos hace libres en Él, declarándonos á todos ciudadanos de la República cristiana, iguales ante su santa ley, y nobles con la nobleza incomparable del bautismo.

Vino con Él la libertad al mundo. ¿Por qué los hombres la han desconocido, y andan todavía afanosos tras ella, como si no la tuvieran al alcance de su mano?

II

Los más grandes enemigos del Cristianismo han calumniado á la Iglesia, suponiéndola favorecedora de la tiranía y partidaria entusiasta de la Monarquía absoluta; pero ninguno se ha atrevido á negar que Jesucristo trajera la libertad al mundo.

Y es que si para lo primero podía tener la mala fe algún fútil pretexto en la natural benevolencia de la Iglesia, que ha procurado siempre vivir en cabal harmonía con los Poderes públicos, aun cediendo no pocas veces de su derecho, y estos Poderes han revestido durante las últimas centurias la forma de la Monarquía absoluta, para lo segundo sería menester que la mala fe y la más refinada perfidia lograran desnaturalizar la verdad de los hechos que con magníficos resplandores iluminan las páginas más hermosas de la historia humana.

Antes de Jesucristo, la libertad era patri-

monio de unos pocos. Estos pocos, que recibían el nombre de ciudadanos, juzgábanse hasta de distinta raza que los demás hombres, ó sea de la mayor parte de la humanidad, sumergida en la servidumbre. Bien considerada, aquella libertad era también género de tiranía, principalmente en las Repúblicas griegas, y más que en otra alguna en la de Esparta, donde la organización política era de tal especie, que el Estado se apoderaba del individuo desde el punto mismo de su nacimiento, y si no era condenado—¡barbarie sin igual!—á la exposición ó á la muerte por sus defectos físicos, se le sujetaba á una reglamentación tan abrumadora, que ni aun de los castos goces del matrimonio podía disfrutar á sus anchas.

Esta llamada libertad, que en nuestro tiempo sería insoportable para los mismos soldados, á pesar de su costumbre disciplinaria y ordenancista, era, como digo, patrimonio de pocos; pero estos pocos, por añadidura, tenían que ser varones, porque la mujer no pasaba nunca de la condición de *cosa*.

Fuera de los *países clásicos de la libertad*,

los hombres se dividían en castas, siendo la sacerdotal y la guerrera ó noble las que gozaban de algunos privilegios, á veces mermados y desconocidos por la voluntad indis cutible del Monarca, en quien se veía, no al representante de la Divinidad, sino á la Divinidad misma, perfectamente autorizada para entregarse á todo género de excesos y abominaciones.

Esta era la libertad que se conocía en el mundo cuando Jesucristo, bajo la humana figura de humilde artesano, comenzó á predicar su doctrina en la Judea. ¿Y qué enseñó Jesucristo? Que los hombres eran todos iguales ante Dios, porque todos habían salido de sus manos, y todos tenían derecho al reino de los cielos. Que la mujer era compañera y no esclava del hombre, carne de su carne y hueso de sus huesos, y que el niño era cosa tan excelente y respetable, que los hombres, para merecer la eterna gloria, debían hacerse como niños, recobrando su sencillez y su inocencia.

¡Qué extrañas debían parecer estas ideas de libertad, de igualdad y de amor, á aquellos ciudadanos corrompidos por los errores

de tantos siglos de paganismo y de tiranía! ¿Qué maestro, qué filósofo era aquel que al siervo le decía: «Levanta tu cabeza, noble hechura de Dios; mira ese cielo criado para tu alma inmortal y para tu propio cuerpo que resucitará del polvo: no hay patricio ni Rey, que tenga más alto destino que tú, y aun á ellos ha de costarles más trabajo que á tí conquistar la bienaventuranza;» y á la mujer y á los niños, encerrados en el *gineceo* ó en el *harém*: «Salid de esas prisiones en que os ha sepultado la grosería de los hombres, y regocijad al mundo con vuestras tiernas virtudes, siendo imitadoras de esta Inmaculada mujer que yo elegí por Madre, y que de hoy más será la vuestra hasta la consumación de los siglos?»

¿De dónde venía aquel hermoso joven que sin haber pisado jamás los jardines de la Academia ni los pórticos del Foro enseñaba una filosofía tan contraria á todo cuanto hasta entonces habían enseñado los sabios de Grecia y Roma, y al mismo tiempo tan sencilla y tan popular, que se llevaba tras de sí á la multitud ignorante, sin arrojarla nunca á tumultos ni excesos de

que gusta por lo general el populacho?

Que venía del cielo, decíalo Él, y lo creían los que al oir su voz le seguían con mansa docilidad. Pero á aquellos mancebos corrompidos y escépticos que en las grandes ciudades del Imperio romano miraban con desdén todo lo que se refería al orden sobrenatural ó al mundo invisible, no podía menos de parecerles grandísima locura la doctrina del artesano de Nazareth, que, al romper las cadenas de toda servidumbre, había restablecido la igualdad natural de los seres humanos, sin distinción de sexos ni edades, mostrando siempre particular deferencia por los más débiles y los más modestos.

Y había de subir de punto el asombro de las gentes mundanas de aquella época al saber, por ejemplo, que Jesús, nacido en un pesebre, había tenido por primeros adoradores á tres Reyes de Oriente, y por primeros y principales Ministros de su poder á doce hombres recogidos de las clases más bajas de la sociedad.

¿Cómo es eso? dirían. ¿Ese *filósofo* de Judea, á quien no se le ha visto jamás en

nuestras escuelas, fué adorado al nacer por Reyes, y hoy pretende conquistar el mundo con unos cuantos pescadores? Cierto que si los padres de la filosofía y de la poesía levantaran la cabeza habían de reirse grandemente de ese extraño innovador. Quiere sin duda trastornar el orden establecido, y hacer grandes á los pequeños y pequeños á los grandes, y pobres á los ricos y ricos á los pobres, y glorificar lo despreciable y despreciar lo que glorificamos todos... ¡Locura insigne! No es ese el que ha de sacarnos á nosotros de estas dudas que entenebrecen nuestra inteligencia y nos hacen mirar la vida con hastío.

Y encogiéndose de hombros, no volverían á hablar más del *loco* de Judea hasta que la noticia de su muerte les arrancara esta exclamación, siempre natural en hombres de mundo que presumen de previsores:

«¡Ha muerto en un patíbulo! No podía ser otra cosa. Lo habíamos adivinado desde el primer momento.»

La gran locura de la Cruz tenía que ser por fuerza objeto de escarnio en una sociedad poseída de la locura de la materia. Lo

es hoy mismo cuando el mundo ha visto pasar veinte centurias adorando al artesano de Nazareth, muerto como un criminal en un patíbulo, y predicado y anunciado por unos pobres pescadores!

Pues bien: de esa locura de la Cruz, que no tendría explicación si Jesucristo no fuera Dios, brotó á torrentes la libertad, como de la roca del desierto brotó el agua al contacto de la vara de Moisés.

¡Pero qué libertad tan noble, tan pura, tan pacífica! El Maestro que nos la enseña, muere por dárnosla, encadenando al Ángel del mal, que como señor había reinado entre los hombres.

Los Apóstoles se esparcen por toda la redondez de la tierra y predican la buena nueva, sin que sus palabras enardezcan los ánimos con el fuego de la rebelión contra los poderosos, porque junto con la enseñanza de la dignidad del hombre y del origen de las potestades del mundo, predican también la obediencia, la humildad, el amor, el desprendimiento de las cosas temporales y la adhesión á las cosas eternas. Así que los discípulos del Divino Maestro, los que se

honran con el glorioso nombre de cristianos, no quebrantan el cetro del despotismo sino sacrificando su vida en aras de su fe, dándose el caso de que toda una legión armada se deje degollar antes que hacer traición á su Dios ó rebelarse contra su Soberano.

En nada se asemeja esta libertad á la de los ciudadanos de Grecia y Roma. La libertad de Cristo no es privilegio de pocos; es ley universal; es sol de justicia que derrama sus rayos bienhechores sobre todo el mundo y que se fija principalmente en enaltecer á aquellos que habían sido hasta entonces, y que habían de ser en adelante para los corazones groseros y endurecidos, blanco del público menosprecio.

Lo indicado en las líneas precedentes acerca del hecho de que fueran pastores y Reyes los primeros que adorasen al Niño Jesús, nacido en un pesebre, y pescadores ignorantes los encargados de predicar el Evangelio, de fundar la Iglesia católica y de juzgar, según la palabra de Cristo, sentados en doce tronos á las doce tribus de Israel en el día de la universal justicia, es co-

sa en que no se piensa con el detenimiento debido, á pesar de su profunda significación en orden á lo que pudiéramos llamar la democracia cristiana.

Mucho era ya haber ennoblecido un oficio mecánico, eligiendo por padre putativo á un carpintero, en cuya compañía había de pasar los treinta años de su vida doméstica y oscura. Pero es más aún determinar que vengan Reyes á la bajeza de un establo, confundidos con pastores, á rendir homenaje de adoración al Hijo de la humilde esposa de José, mientras, por otra parte, determinaba que fuesen pescadores los primeros grandes magnates del nuevo reino que iba á establecer en medio de los hombres. Cierto que siendo su doctrina doctrina de humildad, había de empezar por decir á los Soberanos de la tierra que doblasen la rodilla ante un niño desnudo, sin más cuna que un pesebre, ya que Él, criador de todas las cosas, se humillaba también hasta aquel punto. Pero ¡cómo elevaba al mismo tiempo á los humildes! ¿No merece notarse que fuese Pedro el elegido para gobernar á la Iglesia? Pedro era el hombre en cierto

modo primitivo, con todas las cualidades y los defectos del *hombre*. Rudo, franco, apasionado, creyente, cobarde en ocasiones, temerario y violento en otras, parece la viva representación de la humanidad caída por el pecado, pero no degradada por las afeminaciones de la cultura.

A ese, pues, hombre del pueblo, no sólo por su origen, sino por su carácter y sus condiciones personales, confiere Jesús el más alto cargo de su Iglesia; á él le llama piedra angular de la nueva Jerusalém, y en su mano deposita las llaves de la eternidad... ¿Por qué no á un sabio, ni á un rico, ni á un noble, ni siquiera á su discípulo amado, el que mereció recostar la cabeza sobre el Divino Corazón del Maestro?

Porque Pedro es el pueblo, este pueblo cristiano á quien viene á hacer libre el Hijo de Dios, nacido en el pueblo y criado como hijo del pueblo, y al desaparecer las castas y hundirse el patriciado y la nobleza del antiguo mundo, y hacerse pedazos el colosal Imperio de Roma, se formarán nuevas naciones, en las cuales, á través de mil vicisitudes y contratiempos, flotará sobre

las tropelías y concupiscencias de los ambiciosos el gran principio cristiano de que los Reyes son para los pueblos y no los pueblos para los Reyes, pues aun el mismo Pontífice Vicario de Jesucristo, con ser Rey de los Reyes en la alta esfera del espíritu, lleva el humildísimo nombre de *siervo de los siervos de Dios*.

¿Han visto jamás ojos humanos horizonte de libertad más puro y más brillante que el que ofreció á la consideración del mundo el Divino Fundador de la Iglesia católica?

III

Así como la buena organización y el orden no pueden existir en la sociedad si no existen antes en la familia, así también la libertad política no existe donde no es libre la familia.

Pueblo de esclavos, familia esclavizada. ¿Es tiránico el poder sumo, ya resida en una sola persona, ya en una Asamblea, ya en una clase social? Tiránico será también el

padre de familia, que al fin y al cabo, por más vueltas que se dé al origen del poder, no es del individuo aislado, sino de los individuos que forman la sociedad doméstica, de donde nace la sociedad política, y por consiguiente la autoridad soberana de los pueblos.

De modo que todas las modificaciones que se hagan en la constitución de la familia, tienen que reflejarse forzosamente en la constitución de la sociedad política, y por eso no se arraigará jamás el despotismo en un pueblo compuesto de familias libres, ni será la libertad verdadera en un pueblo cuyas familias estén sometidas al poder omnímodo y absoluto del padre.

Antes de que Jesucristo rompiese las cadenas de toda esclavitud y agrupase á todo el género humano alrededor del sublime Madero, como se agrupa un rebaño en torno del Buen Pastor, la familia era un pequeño estado despótico, donde las mujeres y los niños gemían bajo el yugo de la más grosera servidumbre. Y esto acontecía lo mismo en el mundo entonces conocido que en el mundo descubierto siglos después por

Cristóbal Colón: lo mismo en el culto Imperio romano que en los pueblos selváticos del interior y del Sur de África; así entre los chinos como entre los celtas, y entre los cimbros que derrotaban á César en las Islas Británicas como entre los hijos de las nieblas germánicas y escandinavas, aunque los montuosos países septentrionales sean y hayan sido siempre más favorables á la libertad por la naturaleza misma del terreno, que mantiene constantemente separadas á unas familias de otras, lo cual hace que al espíritu centralizador de los países abiertos sustituya el espíritu federativo.

La servidumbre, más ó menos desarrollada en todas partes; la familia en todas partes foco primordial de la tiranía: hé aquí el hecho que proclama á gritos la historia del género humano y que á la hora presente no hubiera dejado de ser sin la redentora luz del Cristianismo.

Habla Cristo, que es la luz, y desaparecen las castas, y queda aniquilado el principio de la servidumbre en la familia con el ennoblecimiento de la mujer y la inviolabilidad del niño, y se prepara la abolición de

la servidumbre en la sociedad, confiriéndose á todos los hombres el honroso título de hijos de Dios, y el cetro de los Reyes se doblega bajo el peso de la terrible responsabilidad que les aguarda ante el Rey de cielos y tierra, y los débiles, y los pequeños, y los pobres entran en el mismo palacio que los grandes, palacio de jaspe y oro que contiene vivo al Dios que todos adoran, y se acercan á la misma Mesa á comer ese Pan de vida eterna que á todos los convierte en tabernáculos de la Divinidad.

¡Qué maravillosa transformación en el orden de las cosas humanas! El hábito que tenemos de gozar de estos beneficios inestimables es causa de que los miremos como cosa de poca monta, cuando bien examinados bastarían para que sin más averiguaciones filosóficas nos abrazásemos con amor inmenso al bendito Madero de la Cruz, de donde brotó la copiosa fuente de nuestra libertad y de nuestra dicha.

Conviene de vez en cuando transportarse con la imaginación á los tiempos anteriores á la venida del Mesías, ó no más que á los países en que todavía no ha penetrado la

clarísima luz del Evangelio; y después de ver lo que eran y lo que son hoy la mayoría de los hombres y todas las mujeres y los niños en aquellos tiempos y en estos países, preguntarnos á nosotros mismos, cuando nos sentimos agobiados por el peso de la más grande injusticia social, ó heridos por el golpe más rudo de la mala ventura: ¿quisieras tú, criado en el seno maternal de la Iglesia y en una sociedad formada y constituída por el Cristianismo, haber nacido en los mejores tiempos de Grecia y Roma? ¿Quisieras ser hoy ciudadano de la China, el Imperio más poblado y más culto del mundo gentil, ó súbdito del Califa de los creyentes? Tú, miserable obrero que blasfemas de Jesucristo, que detestas á los sacerdotes, que vomitas injurias contra el Pontificado y que desearías no dejar piedra sobre piedra de los templos levantados al único Dios verdadero, ¿sabes lo que serías si fueses contemporáneo de los grandes oradores republicanos de Roma, ó vivieras en el glorioso siglo de Pericles en Grecia? ¿Sabes lo que serías si hubieras nacido en China, ó en Turquía, ó en la India, ó en cualquiera de

los Estados del Asia y del África? Amas á tu mujer y á tus hijos, y quizá alguna vez ellos te acompañan en la horrible tarea de blasfemar de Aquél que os ha dado lo único que hoy tenéis: dignidad de hombres, libertad de alma y derechos incuestionables al amor y al respeto de vuestros semejantes. Pues bien, desgraciado: ¿sabes lo que serían tu mujer y tus hijos si el Cristianismo no los hubiera ennoblecido? Un punto más que esa rueda á la que estás dando vueltas para ganarte el sustento de cada día, y casi menos que el perro que tu amo mantiene y cuida con un cariño que probablemente te negará á tí, porque ha olvidado el bautismo como tú. Todos vosotros seríais miserables esclavos condenados quizá á divertir al pueblo romano con vuestra muerte en la arena del Circo, mientras vuestras mujeres serían vendidas ó cedidas á la lujuria de algún Cónsul enriquecido con los robos hechos á un pueblo conquistado. Y si esto no, serviríais de diversión á algún griego que para ejercitar su destreza clavaría su dardo en vuestro pecho: ú os agruparíais como animales inmundos, en viviendas húmedas y estre-

chas, mezclándoos en espantosa confusión de sexos y de edades, como en China, expuestos á los bárbaros caprichos de un mandarín, ó seríais ¡oh infelices mujeres! quemadas en la misma hoguera que consumiese el cadáver de vuestros maridos, como en la India, ó figuraríais como insignificantes ceros detrás de la absorbente y suprema y absoluta *Unidad* del Soberano musulmán, fanático secuaz del impostor de Medina.

Esto seríais, esto seríamos la mayor parte de los que hoy formamos el nervio y la sangre de la culta sociedad europea: esto sería ese pueblo que, engañado por sofistas ambiciosos y mercaderes de conciencias, anda desolado en pos de un fantasma de libertad y de emancipación, que no hallará nunca fuera de las anchas vías del Cristianismo.

«Pero ¡ah! (oigo decir al fatigado obrero que después del penoso trabajo del día se recoge á una miserable vivienda y apenas tiene un pedazo de carne que dar á su familia), á pesar de esas bellezas y de esas ventajas que se notan en el seno de las sociedades cristianas y de los horrores de las sociedades gentiles, yo veo que mi condición es

bien poco lisonjera. No soy esclavo, ni siervo, ni nadie puede disponer de mi vida impunemente, ni tiene derecho á atropellar á mi mujer, ni arrancar de mis brazos á mis hijos; pero vivo en casas miserables y malsanas, cómo mal ó no cómo cuando la enfermedad ú otra circunstancia cualquiera me deja sin trabajo, y al fin de la jornada resulta que á costa de lo que yo sudo se enriquecen otros, mientras yo me moriré sobre un mal jergón de paja, única herencia que probablemente recogerán mis hijos cuando yo falte. ¿De qué me sirve, pues, esa libertad cristiana, si no me libra de la miseria?»

Así habla el obrero disgustado de sí mismo, porque la serpiente de la codicia ha silbado en su oído las antiguas palabras que sedujeron á nuestros primeros padres: *eritis sicut Dii*. Pero ese no es el lenguaje del obrero cristiano que, fija la mirada en la Cruz, sabe que Jesucristo no abolió la pobreza, antes bien vino á ennoblecerla, á aristocratizarla, prometiendo nada menos que el reino de los cielos á aquellos que fueran pobres de corazón.

Sí, es verdad: todavía el obrero no es rico; todavía el pobre es pobre. Pues si no hubiera pobres, ¿para qué serviría la riqueza? Pobres hay, y pobres habrá entre nosotros hasta el fin de los tiempos: ¡y muchos lo serán aun nadando en la abundancia! Mas qué, ¡obrero infeliz!; cuando en los momentos de angustia se acerca un alma caritativa á consolarte; cuando en la hora de la estrechez suprema llega una mano generosa á encender de nuevo el apagado fuego de tu hogar; cuando consumido por la fiebre te agitas en el lecho del dolor maldiciendo tal vez de las desigualdades sociales y ves de pronto que se acerca á tu cabecera una mujer con toca blanca y sayal grosero, y empieza á cuidar de tí como una madre de su hijo, ¿no piensas en que aquella alma caritativa, aquella mano generosa, aquella mujer abnegada son una alma, una mano y una mujer creadas, formadas, nutridas é impulsadas por el espíritu de Jesucristo? ¿No piensas en que ese bien que recibes lo recibes porque el Cristianismo ha traído la caridad al mundo y te ha hecho hermano de todos los demás hombres é hijo de Dios,

tanto más predilecto cuanto mayores sean tus necesidades y tus infortunios? Vuelve la vista á esas magníficas moradas en que se da pan al hambriento, vestido al desnudo y cuidados exquisitos al enfermo: mira esos grandes y á veces suntuosos edificios donde se recogen los niños abandonados por sus crueles padres: ¿qué ves en lo alto de sus torres y sus puertas? Una cruz: el sublime signo de la redención del hombre; el glorioso emblema de su libertad y de su dignidad; el árbol fecundo de donde proceden estos admirables frutos de caridad que no existirían sin el gran principio cristiano de que todos somos igualmente hijos de Dios, y de que, por esto, nos debemos todos amor recíproco y fraternal y dispuesto á los mayores sacrificios.

Te quejas de tu pobreza, impaciente trabajador; pero no quieres considerar que el Cristianismo, además de ofrecerte un premio infinito en la otra vida, la ha rodeado en ésta de una espléndida aureola que ¡ay! el espíritu pagano de nuestro tiempo pretende amortiguar. Cuando la sociedad era más cristiana, se fundaban Órdenes religiosas en

que la pobreza se convertía en voluntaria obligación, para que los pobres forzosos no tuviesen ni aun el derecho de juzgarse desheredados como hoy, porque había ricos que les disputaban el privilegio de su desgracia cediéndoles sus propios bienes. ¿Hay más que volver á cristianizar la sociedad para que vuelvan á ser los pobres los verdaderamente privilegiados? No eres justo, pues, al desesperarte, y menos justo al desconocer los grandes beneficios que debes á Jesucristo y su Iglesia. Y si por ventura tienen algún fundamento tus lamentaciones, echa toda la culpa á los hombres que pretenden separar al mundo de la fe cristiana y que han puesto en tus labios la blasfemia, en tu entendimiento el error y en tu corazón el odio. Ellos son los que causan tu mayor desdicha, porque, en vez de enjugar tus lágrimas, las explotan. Ellos son los que realmente te desesperan, porque te han hablado de una libertad que ellos necesitan para venderla al primer tirano que se la pague bien, y te han cubierto con un irrisorio manto de Soberanía, de que ellos al fin se aprovecharán para enseñarte á cañonazos lo

que la Iglesia te enseñaba con la amorosa elocuencia de su caridad inagotable.

IV

Esta hermosa y santa libertad es hoy desconocida de los hombres, y, según al principio dijimos, los hombres andan todavía afanosos tras ella como si no la tuvieran al alcance de su mano.

¿Por qué esa ignorancia tan grosera y ese afán tan estéril? ¿Cómo tan ciegos, que para huir de la oscuridad vuelven las espaldas á la luz?

La malicia de los unos y la indiscreción de los otros han sido culpables por igual de este atentado contra la verdadera libertad de los pueblos.

Los unos maliciosamente han pedido el desenfreno de sus pasiones, y no han hallado otro modo de justificarlo que compartiendo con el mal los derechos del bien.

Los otros, indiscretamente han pretendi-

do revestir instituciones puramente humanas con caracteres divinos.

Aquéllos han querido demostrar que la obra de Dios era obra de los hombres.

Éstos, por el contrario, sostenían que la obra de los hombres era obra de Dios.

Los primeros, negando la divinidad de la Iglesia, han afirmado que el hombre es verdaderamente libre cuando puede decir, pensar y hacer todo lo que quiera, con tal de que se sujete á la ley, que no es otra cosa, según ellos, sino la expresión de la voluntad del mayor número.

Los segundos han atribuído al César autoridad tan extensa y tan infalible como al Papa, y en el choque de estas dos infalibilidades han preferido siempre la del César.

La democracia y el cesarismo: hé aquí los dos grandes enemigos de la libertad, porque son los dos grandes enemigos con que ha tenido que luchar la Iglesia ahora y antes, en todos los tiempos y en todas partes.

Bien que esos dos enemigos casi son uno mismo: pues si la democracia, tal como hoy se entiende, concede al pueblo lo que es de

Dios, el cesarismo hace idéntica concesión al César, y así resulta que la una y el otro reconocen por igual, como fuente de justicia, de verdad y de poder al *hombre*, negando ese reconocimiento á Dios y á su Iglesia.

De estos errores, nacidos del falso concepto de la libertad, que no puede ser ni el desenfreno de la inteligencia, ni el grosero capricho del inculto populacho; y de la autoridad, que no es el despotismo de un Monarca, proceden los dos grandes males de nuestro tiempo: la anarquía y la servidumbre.

En nombre de la libertad se ha hecho escarnio de toda ley, se ha despedazado toda tradicional institución, se ha puesto en almoneda el Poder público, y se ha entregado á las sociedades cristianas al salvajismo de turbas sin Dios, á la codicia de políticos sin conciencia, y á la venalidad de apóstatas sin honor.

En nombre de la autoridad se han usurpado derechos legítimos á la Iglesia, se ha pretendido que los báculos de los pastores se conviertan en ruínes llaves de gentiles hombres de Cámara, se ha robado la pro-

piedad eclesiástica, y en ocasiones se ha hecho de los pueblos rebaño de colonos de un señor, á quien todos debían la sumisión denigrante del siervo, no la obediencia honrada del ciudadano.

En medio de la confusión producida por estos extremos igualmente viciosos, como hijos de un mismo error, la voz de la Iglesia de Jesucristo ha recordado á los hombres sus derechos y sus deberes, para salvar la libertad de los unos y proteger la autoridad de los otros; pero los hombres, alejados de la Cruz, y sordos á aquel acento maternal, siempre dulce y cariñoso con los débiles, siempre severo y á veces terrible con los fuertes, continúan la tenaz pelea, sin que haya ni remota esperanza de conciliación entre los ciegos y desatinados combatientes.

Ni la habrá, mientras el mundo civilizado no reconozca la supremacía indiscutible de Jesucristo y de su Vicario.

El mundo no puede ser ni demagogo ni gibelino: tiene que ser *güelfo*: y así será libre.

¿Qué Constitución, qué Gobierno, qué

ejército ha podido ofrecer nunca á los pueblos garantías de libertad como las ha ofrecido y las ha dado siempre la Iglesia por medio de sus Pontífices Romanos?

Diez y nueve siglos se levantan desde el fondo de la historia para dar testimonio de los beneficios que debe al Pontíficado la libertad de los pueblos.

Dígase quién puso coto á las demasias de los Emperadores germánicos más que los Pontifices, que perdieron sosiego, independencia y salud por la de los pueblos esclavizados.

Dígase quién más que los Pontífices eximía del juramento de fidelidad á los ingleses cuando desde el Trono se aherrojaba su conciencia y se decretaba la apostasía.

Dígase quién amenazaba con la maldición del cielo á los Reyes que imponían tributos innecesarios á sus súbditos, más que los sucesores de Pedro el Pescador.

Dígase quién abría las puertas de todas las dignidades, sin excluir la dignidad pontificia, á los humildes hijos del pueblo; quién constituía esa verdadera, y única, y santa democracia, en que la elección es el

medio más general para conferir los altos cargos, y el mérito, y la virtud, y el saber las únicas condiciones exigidas para desempeñarlos, más que la Iglesia del Divino obrero de Nazareth, la Esposa del adorable Ajusticiado del Calvario.

En ninguna sociedad política, antigua ni moderna, se ha establecido jamás una Constitución tan democrática como la de la Iglesia, y una autoridad tan sólida como la del Pontífice, ni se ha conocido Monarquía tan popular como la de Pedro, ni pueblo tan libre como el pueblo de Cristo.

Lo que hay es que la perversidad humana no saborea los beneficios de la paz producida por el orden con que el Cristianismo lo establece todo, así en la vida pública como en la privada; y cuando se ha visto que gobernantes y gobernados eran felices viviendo juntos á la sombra de la Cruz, y recibiendo con filial amor las bendiciones de la Iglesia, se les ha dicho, como Satanás á nuestros primeros padres: «Estáis embrutecidos: no conocéis las ventajas del movimiento: creéis gozar de la paz, porque estáis quietos: y esa quietud es la de la muerte.

Levantáos, pueblos, á disfrutar de la nueva vida que os ofrece la libertad de vuestra conciencia y de vuestro pensamiento. Abandonad la casa paterna, donde os llaman hijos, para que no caigáis en la cuenta de que sois esclavos, y reconocéos soberanos de vosotros mismos, con una fe, una ciencia y una autoridad formadas á vuestro gusto, no con la fe, la ciencia y la autoridad que os impusieron al nacer, hollando los derechos más absolutos del sér humano.»

Los pueblos oyeron el silbo de la serpiente, y, como hijos pródigos, huyeron tumultuosamente del hogar paterno, juzgándose libres en medio del desierto de la incredulidad y felices entre los chacales de las selvas.

Pero la experiencia de esa libertad y de esa dicha no debe satisfacerles por completo, pues cada día piden más y con más ahinco.

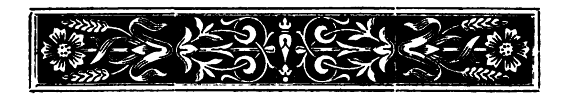
¿Libres de la Iglesia? No basta. ¿Libres de los Reyes? Es poco; se necesita ser libre de todo amo, y el obrero quiere libertarse del capitalista, el colono del propietario, el hijo del padre, la mujer del marido; y en esta progresiva fiebre de emancipación, el hombre acaba por librarse de sí mismo,

harto de la nueva y atroz servidumbre á que le condenaran sus pasiones.

Hijo pródigo de la Iglesia, no le queda al *hombre libre* de nuestra época más recurso que el suicidio ó el arrepentimiento.

Mientras el concepto de la libertad no se funde en los principios esencialmente populares, democráticos, igualitarios y fraternales del Cristianismo: mientras no se reconozca que la Cruz es el emblema único y universal de la emancipación del mundo, y que Pedro, el humilde pescador de Galilea, el Vicario del Divino Maestro, está por encima de todos los Reyes, porque es el verdadero Padre de todos los pueblos, la libertad será, ó una palabra vana que explotarán los ambiciosos y escarnecerán los Césares, ó un grito de rebelión perpetua, de discordia sangrienta y de salvaje anarquía, que obligará á los hombres á buscar en la propia muerte descanso á sus inútiles fatigas, y en la ajena, bárbara satisfacción á sus feroces instintos.

El dilema es ineludible: ó esclavos de la Cruz para ser libres, ó libres de la Cruz para ser esclavos.



EL ARTE

I

El hombre no quiso ser feliz. Destinado por Dios para gozar de la eterna bienaventuranza libremente, vió ante sí dos caminos abiertos: el de la obediencia y sumisión, y el de la rebeldía. Con la libertad, al hombre se le concedió necesariamente el derecho de elección. Eligió el camino de la rebeldía, y se perdió. Mas Dios le amaba demasiado para abandonarle á su desventura; vió las lágrimas del hombre caído, su arrepentimiento, su dolor profundo, y le dijo: espera y ama.

El hombre, cargado con sus miserias, esclavo de la corrupción, combatido por Satanás, lleno de angustia, de apocamiento y de flaqueza, escuchó la voz del cielo que le consolaba, alzó con timidez la frente ya bañada en sudor, comprendió que aún podían dilatarse sus labios con una sonrisa de paz y abrirse sus ojos á una nueva luz, y entonces esperó y amó.

Esperanza y amor: hé aquí los dos grandes cauces de la felicidad del hombre cuya vida iba á ser un inmenso espinar, que debía producir, sin embargo, frutos regaladísimos de bendición por medio de la esperanza y del amor.

Véase cómo Dios, al castigar al hombre, quiso que del mismo castigo extrajera su purificación. El trabajo á que le había condenado, le serviría para alcanzar el sumo bien, si el corazón del hombre suavizaba el trabajo con las dulzuras de la esperanza y le ofrecía al cielo en testimonio de su amor.

El trabajo como medio material, la esperanza y el amor como medios morales para alcanzar el fin último, habían de tener una expresión en el lenguaje humano, una ex-

presión universal, comprensible á todos y en harmonía con la tendencia de la Naturaleza á buscar el equilibrio perdido; la esperanza, el amor y el trabajo tuvieron esta expresión; fué el canto.

Perdido el hombre, pero esperando, desgraciado, pero amando, miserable, pero trabajando, no halló más modo de expresar su situación que el canto.

Nótese que el canto es siempre efecto de la esperanza, del amor y del trabajo. Canta el que ama, canta el que espera, canta el que trabaja.

El hombre tenía fijos en su mente los recuerdos de la felicidad perdida. En el Paraíso había hablado con Dios; su alma se había llenado, por decirlo así, de la presencia de Dios; la luz de la Majestad Divina iluminaba los espacios, y los ojos del hombre se gozaban en aquella luz, en torno de la cual giraba la Creación entera.

Mas de repente aquella luz se apaga para el hombre prevaricador; Dios se aleja de la tierra, y su presencia no se manifiesta al hombre por una comunicación tan directa y tan continua como antes.

El hombre que ve lo que ha perdido, llora, suspira, y, por último, canta las grandezas del Señor, porque la esperanza y el amor dan aliento y fuerzas á su alma, y el trabajo á su cuerpo.

Este canto es el primer vagido del arte. El arte, pues, bien puede definirse así: el recuerdo de la presencia universal de Dios.

Tal es, á lo menos, la definición de un gran pensador de nuestros días.

Esta idea del arte está en perfecto acuerdo con la historia de las impresiones primitivas del hombre, y es al propio tiempo una idea que nos conduce al ideal del arte fundado en el amor y la esperanza.

A primera vista podía parecer que excluía el ideal haciendo este raciocinio: el arte, á quien presta sus alas la esperanza, es la tendencia del alma hacia arriba; el recuerdo es un descendimiento; luego el arte, ó no es un recuerdo, ó no tiene ideal, porque le falta la esperanza.

No; el recuerdo de la presencia de Dios no es contradictorio de la esperanza; por el contrario, engendra la esperanza, porque Dios había prometido al hombre la Reden-

ción. El arte, pues, aun antes de la Redención, tenía su ideal, porque esperaba y amaba.

La humanidad canta al recordar un bien que perdió; canta al esperar un bien prometido; canta al contemplar sus propias miserias, es el canto del dolor; canta al sentirse auxiliada con bastante esfuerzo para llevar á cabo grandes empresas, es el canto de la gratitud; canta en sus penas, en sus alegrías, en sus desastres, en sus glorias; canta siempre con la voz del arte un himno al Criador.

Extraviada la humanidad y no siendo el arte el esplendor de la verdad, el canto del hombre no es otra cosa más que una lluvia de notas perdidas en el espacio, sin dirección, sin harmonía, sin unidad. El arte entonces es un cadáver que podrá tener hermosísimas formas, contornos delicados, líneas perfectas, pero que no tiene vida, y que tal vez despide el pestífero olor que es evidente señal de la descomposición.

No olvidemos que el arte es el canto de la verdad, y de este modo apreciaremos debidamente el valor y la importancia de to-

das las formas del arte; mas también es preciso tener en cuenta que sólo la negación está incapacitada para penetrar en la región serena del arte, porque sólo la negación es lo absolutamente contrario de la verdad: lo erróneo y lo falso caben dentro del arte en cuanto conservan las huellas de la verdad, pues lo erróneo no es más que el abuso, el adulterio, el extravío de lo verdadero.

El arte, pues, fundado en la esperanza y el amor, debe reconocer como ideal la belleza, porque el corazón no puede amar más que lo bello. Y sin embargo, ¡parece imposible! cierta escuela ha sostenido que lo feo es también el ideal del arte.

El origen de tan monstruoso error se encuentra en esta proposición famosísima de Hegel: ser y no ser son idénticos. Cuando la filosofía se atrevió á hablar así, el arte no tuvo inconveniente en exclamar: lo bello y lo feo son idénticos; ambos, pues, son mi ideal. Víctor Hugo, cabeza de esta escuela, aplicó al arte la doctrina de Hegel.

El arte, aunque hizo algunos esfuerzos por librarse de la influencia de este error, no pudo lograrlo, y más ó menos en todas

partes se resintió de esa bárbara sacudida.

No es ahora nuestro propósito combatir esa terrible teoría, que es cabalmente la única que el arte rechaza en absoluto, porque se funda en la negación; mas conviene notar que al reconocerse en ella como ideal del arte lo feo, no es porque lo feo exista por sí, sino porque se afirma que es idéntico á lo bello, como se dice que el no ser es idéntico al ser, y la negación es idéntica á la verdad. Ahora bien; dado que nosotros adoramos á la verdad como contradictoria de la negación, no podemos reconocer otro ideal que la verdad con su esplendor natural, que es la belleza. El arte tiende á este ideal: este ideal es real, porque la verdad se ha dicho al mundo. Si el arte no lo busca, es porque ha cerrado los ojos á la verdad; dígase, pues, la verdad al arte, y el arte comenzará la obra de su regeneración. Dénsele á estudiar los verdaderos tipos, enséñensele las fuentes en donde se bebe toda verdad, toda belleza, toda inspiración, y el arte, hoy como en otros tiempos, acudirá á apagar la sed que le devora.

II

El arte no existe sin el amor; el arte necesita oir la voz de la verdad.

No hemos menester de grandes esfuerzos para demostrar la primera de estas proposiciones, que ya hemos considerado desde cierto punto de vista, ni habrá nadie que tenga idea de lo que es el arte, que se atreva á negar la verdad de nuestra aserción.

El amor es la vida del arte, en cuanto éste es una aspiración, y aspirar es amar.

El amor va buscando siempre lo desconocido. Comienza en un objeto visible y próximo, que le sirve como de base para poner el pie y lanzarse en el espacio. Penetra en el fondo de las cosas con ese afán del que espera hallar un tesoro en lo escondido de la tierra; si no encuentra lo que busca, varía de objeto y recorre de este modo la escala de los seres, hasta que, por último, tiende el vuelo y va á perderse en el Infinito.

El amor que así se manifiesta, es el amor que poseen todos los corazones rectos, pero que no han tenido fuerzas ó no han recibido calor suficiente para remontarse desde el principio á la región de la luz y de la vida. Esto sólo es dado á los santos.

En el arte se nota este mismo carácter del amor. Busca lo desconocido, extrae la esencia de las cosas, y se pierde en el Infinito. El arte y el amor no se conciben sin el Infinito, y el uno vive del otro, porque éste es la forma de aquél, como el alma es la forma del cuerpo.

Ya sabemos que el arte es una ascensión, según la frase de Ernesto Hello. Mas no se comprende la idea de la ascensión sin una fuerza que empuje para vencer la ley de la gravedad, ó sin una sustancia más tenue que la atmósfera que es preciso atravesar para subir.

El cuerpo tiene una fuerza poderosa de atracción que sujeta al alma; las pasiones forman una atmósfera densa que pesa sobre el espíritu y le agobia; para vencer aquella fuerza, existe la fuerza del amor; para atravesar la atmósfera densa de las pasiones,

existe la sustancia purísima del amor. Merced á esta fuerza enérgica y á esta sustancia prodigiosa, el arte puede verificar su ascensión con toda pompa y majestad.

Pero es preciso que digamos claramente cuáles son las condiciones de ese amor, porque el arte pagano decía que amaba; el arte corrompido de hoy dice que ama, y el mundo dice también que ama, y sin embargo, ni el mundo, ni el arte de hoy, ni el arte pagano, tienen conocimiento del verdadero arte.

¿A qué amor, pues, se refieren el mundo, el paganismo y el arte de hoy? ¿Cómo explicar ese sentimiento extraño que no ha dado por frutos más que una ternura fría y desmazalada y un arte falso? Porque ese amor (perdónesenos la profanación de la palabra) tiene dos defectos radicales: primero, se funda en una transacción; segundo, no pasa de la superficie.

En efecto, ese amor rinde culto á los crímenes y los diviniza; reconoce como ideal una caverna de bribones y prostitutas á que da el nombre de Olimpo, y al tomar carta de naturaleza en la moderna sociedad, se le

ve sonreir al mal con la misma benevolencia que al bien; está siempre dispuesto á transigir y contemporizar; busca la paz, no como el fruto de la victoria, sino como el de la indiferencia; digámoslo en una palabra; ese amor no sabe odiar; por lo tanto, no es el amor verdadero. Odiar, aborrecer frenéticamente el mal, es amar frenéticamente el bien.

No se comprende la virtud en quien no siente un horror profundo é invencible hacia el pecado.

Con razón dice un escritor que el primer síntoma de la corrupción del alma no es la indiferencia hacia el bien, sino la disminución del horror hacia el mal.

Es evidente que los pueblos, como los hombres, manifiestan el principio de su decadencia transigiendo con el mal.

Por eso el amor del arte pagano y de su discípulo el arte de nuestros días, reconoce de buen grado la justicia de la demanda de Renán que pide para Satanás, el ángel *desgraciado*, el puesto de honor que le corresponde en el templo del arte.

Hasta aquí llegan las transacciones de

ese amor que, en último resultado, transige con todo menos con la verdad.

Hemos dicho también que ese amor no pasa de la superficie, y no hay más que mirar las obras del arte pagano para convencerse de ello.

El arte pagano, como la mitología, no tenía otro fin que la sensualidad.

Toda la exquisita delicadeza de la forma no podía ocultar el fondo impúdico y grosero de las más perfectas obras de aquel arte.

«El punto capital de una obra artística es la concepción: la ejecución no es más que un detalle.» Este principio, afirmado por Ernesto Hello, explica la deficiencia fundamental del arte pagano.

Ahora bien; ¿cuál es el amor sin el cual no puede existir el arte?

Ya lo hemos dicho: es ese amor intransigente, exclusivo y puro que odia de muerte el mal, que encarnado en Judith empuña intrépidamente el alfanje y corta la cabeza al monstruo; amor de tan extremada delicadeza al propio tiempo, que, semejante á la sensitiva, cierra ruborosamente sus pétalos al contacto del más leve pensamien-

to de impureza; finalmente, es ese amor que da su último latido en el Infinito, para transformarse allí en un eterno y necesario cántico de alabanza.

Amar la verdad, bañarse en sus resplandores y cantarla: ese es el arte.

III

EL IDEAL REAL

No puede negarse que el siglo XIX, algo más honrado y bastante más generoso que el siglo de Voltaire, se distingue por un deseo ardiente de saber; se le ve ávido y sin aliento correr de una parte á otra queriendo devorar los objetos con el fuego de su curiosidad y analizarlos minuciosamente y penetrar en su fondo como si allí se encerrara algún tesoro.

El siglo XVIII no deseaba nada más que la destrucción; está representado por una sonrisa semejante á la que tal vez se dibujó en los labios de Satanás cuando vió pecar

al primer hombre; tras de aquella sonrisa que se burlaba de Dios y de los hombres, no podía venir más que la revolución francesa.

Nuestro siglo, aunque todavía lleva en su seno los restos de aquella corrupción espantosa y universal, tiene, sin embargo, un gran deseo: el de construir sobre las ruínas de lo destruído. Pero este deseo no puede realizarse porque nuestra época no ha hallado aún la palabra fundamental para construir, y eso es cabalmente lo que busca con tanto afán por todas partes; la palabra salvadora, sin la cual la Creación no tiene objeto, ni la humanidad luz.

Pasan por delante de nuestros ojos todas las maravillas de la tierra y del firmamento, pronunciando esa palabra tan deseada, y puesto que todas ellas nos pasmen y admiren, nosotros, ni comprendemos lo que significan, ni su voz logra vencer la torpeza de nuestros oídos, en donde todavía con cierta infernal complacencia repite el eco las blasfemias del 93 que pusieron espanto en el corazón del mundo entero, que aunque avezado á ellas, jamás las había oído expresar de tan horrible manera.

De vez en cuando brotan de nuestro cerebro ideas fecundas, pero que se hacen estériles al ponerse en contacto con la atmósfera densa que nos rodea, porque no encuentran la luz del sol que presta calor y fuerza á todo cuanto ilumina.

¿Qué luz, qué poder, qué palabra misteriosa es la que necesitamos para que la Creación abra su seno y nos muestre sus tesoros, y las ideas que surgen como desamparadas y miserables se conviertan en manantiales copiosos de sabiduría, y el mundo moral y el mundo físico aparezcan á nuestra vista estrechamente unidos en un orden inalterable y en una harmonía maravillosa?

Esa palabra se está repitiendo hace ya diez y nueve siglos, sólo que no la oyen más que los corazones puros:—«YO SOY LA VIDA.»

Hé aquí la palabra que busca nuestro siglo y que no encuentra porque camina de espaldas á ella; la palabra que da movimiento á la Creación, y fecundidad á las ideas, y sin la cual todas las obras llevarían el sello de la muerte; palabra creadora como el *fiat*, porque hizo brotar el mundo de

la luz, el mundo del arte del seno de la oscuridad y de la materia inerte. Veamos, pues, qué significa esa palabra, á la cual hemos unido naturalmente las de luz y arte.

Vida, luz, arte: ¿por qué van unidas siempre estas ideas hasta el punto de que parecen sinónimas? ¿Por qué la idea de vida engendra siempre la idea de luz, y ambas juntas la idea de belleza, esto es, de arte? La contestación es sencilla: porque estas tres ideas en su origen no son más que una, y su origen es el Verbo. «En Él estaba la *vida*, y la *vida* era la *luz* de los hombres.» Para comprender la unidad de aquellas tres ideas, fijémonos profundamente en esta frase misteriosa de San Juan: *la vida* ES *la luz*. Aquí no se ven separadas estas dos ideas; no es que la una proceda de la otra como acontece en el entendimiento humano; no es que ambas tengan una gran semejanza, no: es que la una *es* la otra.—¡Oh admirable prodigio de la Divinidad!—¿Pero qué es preciso para que de estas ideas, *vida* y *luz*, surja la idea del arte? ¿Basta la idea de belleza que naturalmente nace de la *vida* y de la *luz?* No; la belleza para ser arte, ne-

cesita expresión, necesita forma; porque el artista no lo es mientras guarda en su corazón el sentimiento de la belleza, sin hacerlo comunicativo á los demás por medio de una forma que corresponda con la mayor exactitud posible á aquel sentimiento. El arte es el sentimiento y la expresión unidos; la concepción de una obra no es el arte, por más que sea el punto capital de la obra, como hemos dicho anteriormente; para que sea arte, es preciso la ejecución. Un cuadro, mientras existe sólo en la mente del pintor, no es obra artística; para esto son imprescindibles absolutamente el lienzo, el pincel, los colores, el dibujo, en una palabra, la forma de la concepción.

Pues bien; la *vida* y la *luz*, para ser tipo del arte, para ser el ideal real del arte, habían de tener una forma sensible, una expresión tan superior al entendimiento humano para ser el ideal real, como adaptable á su comprensión para ser tipo. La forma en que había de manifestarse la *vida* y la *luz*, necesitaba dos naturalezas; la una tan elevada como es la aspiración del arte hacia su ideal: el arte aspira á lo Infinito, luego infinita

sería también aquella naturaleza; la otra tan semejante al hombre como es preciso para ser tipo de la humanidad; el tipo es siempre de naturaleza idéntica á la de los seres que por tal le reconocen, luego el tipo de la humanidad tendría que ser de naturaleza humana.

Naturaleza infinita no existe más que una, la de Dios; esto basta para que el arte tenga un ideal real, positivo, existente; mas para que tenga un tipo, necesita la naturaleza humana, y, por fin, para que el tipo y el ideal real se encuentren en un solo sér, es fuerza que en él estén unidas la naturaleza divina y humana: este sér es el Verbo encarnado, Dios hecho hombre, Jesús.

La *vida* y la *luz* han tomado una forma: Jesús ha venido al mundo; el arte, pues, ha hallado su ideal y su tipo. Véase por qué la vida, la luz, el arte, son en Jesús una sola idea expresada en la primera de estas palabras: la VIDA. Jesús es la VIDA. ¿Pero cuáles son las relaciones de esta vida? ¿Con qué lazos se une á todas las demás necesidades del alma humana? Recordemos toda la frase del Divino Maestro, y pongamos

en ella nuestra profunda atención. «*Yo soy el camino, la verdad y la vida.*»

Jesús es el camino que conduce á la bienaventuranza eterna; emprender ese camino es unirse á Jesús por medio del amor, y amarle no es otra cosa más que cumplir exactamente la moral evangélica; luego el *camino* es la moral.

Pero Jesús es además la *verdad*, único alimento que sacia la inteligencia humana, y de cuyas investigaciones es el último y absoluto fin; la verdad es, pues, la palabra final de la ciencia; luego Jesús es la ciencia.

La vida es la luz, es el arte, según hemos ya manifestado: deducimos, por lo tanto, que Jesús es la moral, la ciencia y el arte. «*El camino, la verdad y la vida.*» ¡Qué maravillosa unidad la de estas tres ideas! ¡Con qué sublime harmonía se encuentran hermanadas en la persona del Hijo de Dios!

Y ciertamente que analizándolas un instante, se ve con toda claridad que tampoco estas tres ideas pueden separarse, y hasta parece que nos dan un como reflejo de la Trinidad. La verdad es la idea primitiva, la fundamental, la creadora, cuyo esplen-

dor ó cuya *luz* es la vida (el arte, *splendor veritatis*), procediendo de estas dos ideas la moral, que es la práctica de la verdad ó la verdad en acción, todas las cuales se concentran en la unidad de Dios.

Y al llegar á este punto de tan admirables doctrinas, ¿no han de abrirse nuestros ojos á una nueva luz y contemplar estáticos un mundo desconocido en donde el arte brilla con toda su majestad y grandeza como resplandor de la *ciencia* y de la *moral?* ¿No hemos de sentirnos al propio tiempo estremecidos de horror considerando las profanaciones y las infamias de que está siendo objeto el arte en esta época, que conserva el espíritu del Renacimiento y que se mueve en el grosero círculo del materialismo?

¿No es cierto que al pronunciar la palabra arte y la palabra ideal nadie supone que puedan tener un origen tan elevado? ¿Hay alguien hoy que diga á los artistas: soñadores desventurados, los que rendís culto idolátrico á las repugnantes infamias de la materia, alzad del polvo vuestras frentes si queréis buscar inspiración; sois

discípulos de Jesús, y Jesús es vuestro ideal y vuestro tipo, y la Encarnación del Verbo es la primera forma del arte?

¡Ah! no; aún no ha llegado á sus oidos esta voz que podría levantarlos hasta el cielo; aún no han comprendido cuál es el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida*, y aún viven adorando y ¡hasta envileciendo! el arte pagano que con todos sus esfuerzos no logró más que alcanzar la corrección y hermosura de la forma, prescindiendo de toda idea superior, porque no conocía ni la verdad, ni la moral, y era esclavo de Satanás.

¿Cuánto más grande y fecundo que aquel arte sensual no es el arte que tiene por tipo al mismo Dios hecho hombre, y que rechaza con espanto toda forma que no sea forma de la verdad y del bien?

¡Oh! los paganos ignoran que Satanás, su Dios, puede también adoptar formas bellas parecidas á las de los Ángeles, sin dejar por eso de ser la hedionda figura del mal, anti-artística por esencia. Si esto supieran, comprenderían cómo la forma más correcta pierde su belleza en cuanto se empaña con el aliento de Satanás y no es la expresión

pura y bella de la Verdad y del Bien. Si esto supieran, volverían indignados el rostro á las obras de arte inspiradas por el mal, considerándolas como se considera un parricidio cometido con un puñal de oro.

El arte, pues, tiene su ideal en Jesús; tiene su primer tipo en Jesús; en una palabra, la Divinidad encarnada diciendo *soy la* VIDA, enseña al arte su fin, y á este siglo que se abrasa en un deseo insaciable é indefinible le dice cuál es la fuente en donde puede satisfacerse.

IV

EL TIPO UNIVERSAL

Una de las principales condiciones del artista, si no la primera de todas, es el conocimiento y la pintura de los tipos; porque, en efecto, el artista, como todo hombre de verdadero genio, tiende á la universalidad, esto es, á concentrar en un punto todas las ideas desparramadas, todos los

rayos desprendidos de los objetos de la Creación, y el tipo no es sino el conjunto de cualidades distintivas de un sér, que se hallan como esparcidas en todos los miembros de la misma especie, y reunidas en uno solo forman el sér ejemplar, el sér modelo, el tipo.

El entendimiento del artista es naturalmente sintético: jamás se satisface con el conocimiento particular de *este* objeto; él busca siempre *el* objeto, y el gran triunfo de la inspiración consiste en crear (según el lenguaje corriente) uno que sea como el complemento de todos. De manera que el acercarse al tipo es el fin de todos los esfuerzos del artista.

En este punto el arte pagano se diferenciaba notablemente del nuestro, porque no conocía tipos verdaderamente artísticos: por de contado, el tipo universal le era absolutamente desconocido; así que, en todas sus obras aquel arte no podía presentar á lo sumo más que rasgos de verdadera belleza en un conjunto de belleza relativa. Estos rasgos no provenían jamás del paganismo, sino de las ideas tradicionales que se habían

salvado milagrosamente del horrible naufragio de la verdad, y de ciertos conocimientos debidos á la luz natural. El paganismo de por sí no sabía lo que era virtud, por cuya razón siempre que el artista buscaba un tipo en la virtud resultaba un monstruo. De este modo se comprende que sea modelo de heroísmo un suicida, y la Venus de Médicis modelo de pudor, cuando según nuestros verdaderos tipos el suicida sólo puede ser considerado como un demente ó como un cobarde, y la Venus famosa como una doncella impúdica. El arte, el verdadero arte, pone enfrente de los suicidas á los mártires de la fe y enfrente de las Venus *púdicas* á las vírgenes consagradas al Señor.

Y no podía menos de ser así; ¿porque dónde tenía sus tipos el paganismo? Fuera del orden material, en ninguna parte; y ni aun en este siquiera los tenía, porque no se pueden llamar tipos á los seres que eran embellecidos por el arte, el cual no aspiraba á dar un trasunto de ellos sino á perfeccionarlos; ¿y cómo ha de llamarse tipo á aquello que podía ser perfeccionado por el arte? Sólo la Naturaleza era el modelo de los pa-

ganos, pero la Naturaleza corrompida sin la idea de una futura redención, y animada, no por el soplo vivificador y misericordioso del cielo, sino por el aliento envenenado de Satanás. Así, aquel arte veía en los arroyos, en los bosques, en las montañas, en todas partes seres creados por el sensualismo; las náyades, las nereidas, todas las ninfas, en fin, ¿significaban otra cosa más que la impresión de voluptuosidad que el arte experimentaba al aspecto de la Naturaleza? ¡Hasta tal punto llegan el error y las pasiones, que ven objetos de impureza en los que el alma iluminada por la verdad adivina la grandeza y la omnipotencia de Dios!

El Arte que, como Jesús, nació en Belem, según la frase del P. Faber, ese Arte que cuenta diez y nueve siglos de existencia, se levantó sobre todas las bellezas de la creación y buscó su fuente en el Verbo encarnado, desde cuya altura domina todo lo que existe, y con su mirada de águila descubre misterios desconocidos al arte pagano y canta en ellos la gloria del Creador. Aquel arte tiene tantos tipos como bienaventura-

dos el cielo, pero como primer tipo, como tipo universal, reconoce al Hijo de Dios hecho hombre y Redentor del género humano.

Jesucristo, Maestro de la verdad, es tipo de toda belleza; con su vida lo es para la poesía y para el canto; con su cuerpo para las artes plásticas. Si nos fuera dado explicar no más que el primero de estos dos términos con la elevación y claridad que requiere, es seguro que haríamos algún bien á los que en materia de arte desean conocer la verdad. Á nuestros ojos se despliega la maravillosa vida del Redentor del mundo, desde Nazareth hasta el Gólgota, desde el pesebre hasta la Cruz, y vemos tales prodigios por espacio de treinta y tres años, y tal grandeza hasta en el hecho más pequeño ó en el detalle más insignificante, que, sobrecogidos de pavor y de angustia, hundimos temblorosos nuestra frente en el polvo y confesamos nuestra miseria, nuestra pequeñez, nuestra nada. ¿Cómo manchar con nuestras consideraciones mundanales y livianas la vida purísima del Hijo de Dios? ¿Cómo acercar nuestras torpes

manos á aquel cuerpo Santísimo que resplandeciente de gloria y majestad está sentado á la diestra del Padre? ¿Cómo nuestra oscura inteligencia resistirá á la fuerza de aquella luz vivísima, ante cuyos rayos los ángeles mismos doblan su cabeza?

Mas tampoco será bien que no atravesemos los umbrales del santuario; la voz poderosa de la fe y la tiernísima del amor nos llaman á él; ¿qué importa que no podamos descubrir todos sus misterios? Elevemos nuestro corazón henchido de esperanza, y si nos es dado levantar siquiera una punta del velo tras del cual se esconden tantas maravillas, tal vez logremos que excitadas por tan deleitosa contemplación, manos más puras y hábiles se atrevan á descorrerlo del todo y muestren al mundo grandeza tan asombrosa.

El amor y el dolor son los elementos constitutivos del arte; todos los actos artísticos están inspirados por aquellos dos sentimientos, hasta tal punto que una obra magistral en cuanto á la ejecución deja de ser artística como esté animada por la indiferencia. La indiferencia seca el corazón,

y el arte no vive sino en los corazones que destilan savia, de cuya verdad nacen estas otras dos que nadie puede negar: primera, la multitud no para mientes en una obra rigurosamente clásica (tal como hoy se entiende esta palabra), cuando ha salido de las manos de la indiferencia, porque lo frío es lo contrario de lo artístico; segunda, en las épocas de indiferentismo no pueden existir los artistas, lo cual no sería difícil probar históricamente.

La vida de Jesús es la vida del amor y del dolor; hasta que ÉL vino, en el mundo no eran conocidos ni el amor, ni el dolor; por lo tanto, el arte hasta la venida del Esperado de las gentes tuvo que ser fundamentalmente falso, menos en aquello que se relacionaba con la tradición y con la esperanza de la Encarnación del Verbo. Jesucristo, dando con su vida verdadero conocimiento del amor y del dolor, se presenta al mundo como primer tipo del Arte, como tipo universal; ÉL es el objeto y el sujeto del amor, porque ÉL es para todos y todos son para ÉL. Jesucristo funda la familia y en ella pasa casi toda su vida, pintando para

ejemplo de los hombres las nobles figuras del padre, de la madre y del hijo, que desde entonces son las primeras figuras del arte. ¿Existían estas en la antigüedad? Vano será que las busquemos en el seno de la sociedad pagana. Allí no hay padres, ni madres, ni hijos: allí no hay más que ciudadanos. El ciudadano es el gran personaje que se eleva por encima de todo, tanto, que la idea del hombre está postergada á la idea de ciudadano. Quien no es de Roma ó de Grecia no es hombre; por consecuencia debe ser vendido ó arrojado á las fieras sin que con esto se cometa un homicidio. ¿Cómo ha de existir la familia donde no hay hombres, donde sólo hay ciudadanos?—Tampoco en el pueblo hebreo hallaremos perfectamente dibujadas aquellas figuras, porque la vida de este pueblo no era sino una sombra de la vida cristiana: por eso en la familia hebrea se ve la sombra de las figuras, pero no las figuras mismas, y el arte ha menester de los objetos y no de sus sombras. ¿Qué faltaba para que la familia hebrea tuviera cuerpo? Faltaba que Jesús instituyese el Sacramento del Matrimonio, con cuya

institución el padre, la madre y el hijo se colocan como primeras figuras en el arte y en la sociedad.

Quítese al matrimonio su carácter sacramental y desaparecen como por encanto aquellas tres figuras, y la poesía de la familia se desvanece y el arte vuelve á quedar otra vez en sombra. ¡De tal manera están unidos todos los hechos en la vida de Jesús, que en faltando uno de ellos viene á tierra el edificio del arte, el de la ciencia y el de la moral!

Aparece, pues, la familia al amor de Jesús, y el arte comienza á ver un mundo poblado de nuevos seres: el esposo, la esposa, los padres, los hijos, los hermanos, todos han tomado forma distinta, todos llevan en la frente una señal indestructible que los modifica por completo. El amor de Jesús ha encendido el amor de la familia; pierde, pues, el dominio de los sentidos, y el arte con esto rompe las ligaduras de la materia y espiritualiza el amor. ¡Ah! pero el arte no ha visto aún, ni sospecharlo puede, el gran prodigio del amor!

No seguiremos paso á paso la vida del

Redentor del mundo. ¿Quién no la conoce? ¿Quién ignora que toda ella es el amor en práctica? Más preciso es que nos fijemos un instante en aquel solemne acto verificado antes de principiarse la tremenda Pasión del Hijo del Hombre; en la Cena. Hasta entonces, los hombres habían hablado ciertamente del amor; el arte había vivido entre fantasmas sobre este punto; deliraba al correr en busca de un rasgo sublime que le indicara en dónde estaba el tipo del amor, y en suma, no había hallado más que á Venus y á su hijo. ¡Oh ruín hallazgo! ¡Oh arte miserable! ¿Cómo pudo creer que semejantes dioses inspiraran nada que no fuera grosero y vil?

Llegó, empero, la hora solemne en que Jesús había de descubrir á los hombres el gran misterio del amor. Ya el arte había visto en Jesús el tipo perfecto del hijo en el hogar de Nazareth; por Jesús conoció también á José, jefe de la familia, y á María la Madre-Virgen; en Jesús vió el cariño fraternal con que trató al dulcísimo Juan Evangelista; finalmente, en Jesús lo había visto casi todo; mas restábale aún el gran miste-

rio del amor, la Eucaristía.—El arte que ve tan maravilloso prodigio, se inclina con profundo recogimiento, pide aquel Pan de salud, lo toma y al punto tiende el vuelo por todo lo ancho del espacio, y desde aquel punto se convierte en suavísimo lazo que une la tierra con el cielo.

El arte existe ya grandioso y magnífico porque conoce el gran misterio del amor, á través del cual ha adivinado la inmensidad del dolor que debe sobrevenir en seguida, y que ha de completar la figura del tipo divino por quien suspiraba hacía tantos siglos. El arte ve el Monte de las Olivas, ve el Tribunal de los judíos, ve el *Via-crucis*, las caídas del Salvador, el encuentro con su Madre, el Gólgota, el Sepulcro y la Resurrección; en una palabra, ve el amor y el dolor estrechamente unidos, siendo la esperanza de la humanidad.

Jesús crucificado, triunfando de la muerte y de Satanás, rompiendo luego la losa del sepulcro, deja en el mundo la enseñanza del arte, mostrándose como tipo universal.

Por eso el arte, así comprende á Jesús

cuando dice: ¡Amáos los unos á los otros! como cuando exclama: ¡Bienaventurados los que lloran! Porque ha visto que Aquel que es todo amor, sudó sangre en el Monte Olivete á la sola consideración del cáliz de amargura que se le preparaba.

El arte, por lo tanto, que reconoce como ideal real la naturaleza divina del Salvador, tiene que reconocer su naturaleza humana como tipo universal, sin el cual no lograría pintar bellamente la vida del hombre, ni comprendería sus afectos, ni conocería las grandes figuras, ni, finalmente, sabría, como no supo en la antigüedad, que después de toda suerte de dolores sufridos por el amor, viene la hora del triunfo, la hora gloriosa de la Resurrección.

V

LA VIRGEN MARÍA

Jesús, en cuanto hombre, la primera de las criaturas en el plan divino, dándose á sí mismo en la inmensidad de su amor, dió al

mundo el primer tipo del arte. La Virgen, que fué la segunda de las criaturas (1) también en la mente de Dios, de beser indudablemente el segundo tipo que el arte ha de estudiar, si quiere beber en el torrente cristalino de la verdadera belleza.

María, el consuelo de los afligidos y la Reina de los ángeles, ha sido cantada en mil tonos diferentes con la palabra, con el mármol, con el lienzo; pero pocas veces han pensado los artistas en que María es la segunda persona del arte. María, como personaje, ha sido enaltecida en todas las formas posibles; María como representación en el mundo del arte es casi completamente desconocida. María en su virginidad, en su concepción, en su anunciación, en su visitación, en su maternidad, finalmente, en todos los momentos de su vida, ha sido profundamente estudiada. ¿Pero nos hemos parado alguna vez á estudiar en María *la* Virgen, *la* Esposa, *la* Madre? ¿Hemos medita-

(1) Fué la primera de todas después de la humanidad de Jesús, que ciertamente no es mera criatura en razón á su unión hipostática con el Verbo.

do en estas tres ideas nacidas de María y por María representadas, dando con ellas al arte una existencia nueva que en diez y nueve siglos no han logrado matar, á pesar de sus grandes esfuerzos, los numerosos enemigos de la verdad? No: el Arte, olvidando que recibió el agua del bautismo en el Jordán, ha intentado, y no ceja aún en sus intentos, volver á inspirarse en el Olimpo: piensa todavía que los dioses de Homero, de Ovidio y de Praxiteles son sagrados y dignos, por consiguiente, de la veneración de los artistas. Por eso se observa hoy un fenómeno extraordinario: que casi todas las obras artísticas aun las celebradas con mayor entusiasmo son en cierta manera repelidas por nuestra sociedad, que poco ó mucho conserva forzosamente el gérmen de su educación cristiana: y si no son rechazadas con toda espontaneidad y franqueza, es porque no pueden ser absolutamente paganas las obras concebidas y ejecutadas en la atmósfera del Cristianismo, cuyo contacto no hay medio de evitar.

¿Cómo al arte le sería hoy posible prescindir de las tres ideas que hemos enuncia-

do, la de virgen, de esposa y de madre? ¿Y será pagana una obra que no prescinda de ellas? ¿Pues acaso conoció el paganismo de una manera típica á la virgen, á la esposa y á la madre? ¡Ah! no: aún no había aparecido en Oriente el pudoroso astro que los cristianos conocemos con el poético nombre de *Stella matutina*. El arte, como el hombre, como la sociedad, vivía en una noche perpétua; el mundo pagano no conocía más luz que la producida por el fuego devorador de las pasiones desenfrenadas; Satanás era adorado en el templo y en el foro, en la ciencia y en el arte; á él se le ofrecían las víctimas; él comunicaba su aliento á las leyes y daba vida á los sofistas é inspiración á los poetas, pintores y escultores. Pero brilló la estrella de la mañana, que se elevaba desde el fondo de la Judea; esparció sus dulcísimos rayos por todo lo ancho del cielo y de la tierra; desvaneciéronse á su aparición las sombras que envolvían el mundo; tembló en su trono Satanás, que adivinó el cumplimiento de la promesa hecha al hombre en el Edén y una nueva religión se inaugura, y nuevo derecho, y nueva ciencia

y nuevo arte. Sí, un arte nuevo que en nada se asemeja al arte que acaba de morir; un arte cuyos elementos están santificados, porque en María ve santificada la virginidad, el matrimonio y la maternidad; un arte que no halla obstáculo alguno entre el cielo y la tierra; un arte que hace visible á todo el mundo la misteriosa escala que Jacob vió en sueños. Espíritus que suben y bajan serán las aspiraciones del hombre, manifestados constantemente en cantos de amor. ¡Oh estrella la más brillante y hermosa de los cielos! ¡Cuánto tiempo hacía que el corazón del hombre suspiraba por tí! ¡Cuánto tardaste en inundar al mundo de luz y de belleza!

María redime á Eva, la pobre mujer que desde su caida no cesó de sufrir toda suerte de humillaciones por parte de su cómplice. Nada significaba la mujer en el mundo idólatra; para el arte era un objeto de lascivia; para la ciencia y para la ley un sér despreciable é inútil. Pero María levanta á la mujer del polvo, la purifica háciéndola templo de la divinidad, la coloca en el trono del hogar al lado del hombre, ciñe á su frente una

corona inmarcesible de gloria, y le dice al arte: vén; hé ahí á tu reina; hé ahí á tu madre. Tú que la has arrastrado por el lodo, vas ahora á elevarla hasta el cielo; tú que la pisoteaste, vas ahora á postrarte á sus piés como un esclavo.

Y en efecto, el arte desde entonces comienza á vivir del calor que le presta la mujer. Las flores se animan, porque el arte vé en ellas el símbolo de la hermosura y de la pureza propias de la virginidad, y ha escrito en sus perfumadas hojas el nombre de María; las aves conocen el amor tiernísimo de las esposas, porque el arte ha cantado en harmonías celestiales á la esposa del Espíritu Santo; la creación entera se hace fecunda, porque el arte ha santificado á todas las madres, al despertar en el regazo de la Madre de Dios.

El arte nació del mismo seno de donde nació Jesús; meciόse en la misma cuna; crióse á los mismos pechos. No conocer á la Virgen María, Madre del Salvador y Esposa del Espíritu Santo, es lo mismo que no purificar á Eva, lo mismo que tornar á la mujer á su antigua condición, esto es, pros-

tituír á la doncella, despreciar á la esposa, burlarse de la madre. ¡Cuán claro se va viendo aquí ya, que fuera de la doctrina de Jesucristo no existe, no puede existir el arte, el verdadero arte!

Eliminad por un momento el tipo de María y pedid al arte la creación de una doncella pura é inocente; de una esposa casta y delicada; de una madre amorosísima y heróica. ¡Vana exigencia! El arte volverá los ojos al paganismo, y os copiará una Venus, una Lucrecia y una madre espartana. ¿Quedará con esto cumplido vuestro ideal? ¿Habráse movido vuestro corazón por la dulzura de los afectos? ¿Os habrán hecho semejantes creaciones elevar el alma á la fuente de toda belleza, á Dios? ¿Habréis comprendido que el hombre tiene en sí algo de divino cuando en tan alto espacio se pierde el perfume de su sentimiento? No: sólo veríais demostrado que el hombre puede elevarse á muy pocos piés de la tierra, para caer al punto en el abismo de sus miserias.

María Virgen, Esposa y Madre, es tan necesaria al arte como el sol es necesario

al universo, como lo verdadero es necesario á la inteligencia, como lo bueno es necesario á la voluntad. María es tipo imprescindible en el arte porque va unida íntimamente á Jesús, de quien es corredentora. Así podemos decir que si, en sentido artístico, Jesús redime al hombre, María redime á la mujer, y ambos redimen al arte dándole, como al género humano, nueva vida con la ley de gracia.

VI

MARÍA MAGDALENA

Conocemos los dos puntos culminantes del arte, Jesús y la Virgen María, que, fuentes inagotables de luz y de amor, esparcen los tesoros que emanan de su seno por toda la naturaleza, la cual siente moverse en sus entrañas el germen de una vida nueva que al desarrollarse facilita el camino de la eterna felicidad á los tristes hijos del pecado, que ven por fin abiertas las puertas de aquella morada donde se ama siempre.

Jesucristo y María son tipos que abrazan al hombre y á la mujer en todos sus estados enseñándoles la perfección; ellos amando á la humanidad y diciéndole en qué consiste el amor, hacen conocer al arte de qué manera y por qué medios se puede acercar al ideal, presentándole todos los medios y todas las formas. María Magdalena, objeto de este estudio, personaje puramente humano pecable y pecador, nos ofrece un tipo concreto, determinado, de una situación especial de la vida, pero que marca el espíritu de la doctrina de Jesús y es al mismo tiempo figura muy manejada por el arte en todas épocas y señaladamente en la actual.

Nos ha parecido que después de los dos tipos generadores del arte, por decirlo así, era oportuno indicar el que más en relación se halla con nuestra flaca naturaleza y representa además el elemento que pudiéramos llamar del claro-oscuro en el arte. Jesús y la Virgen son la luz que brilla siempre serena, sin la más leve sombra, sin la más ligera atenuación; son la cumbre del arte, pero á donde es preciso subir por entre *zarzas* y peñascales que impiden el paso.

Sin la caída del hombre, el arte (que naturalmente no tendría este nombre) sería una contemplación contínua de las luces celestiales, un goce clarísimo alcanzado sin lucha ni dificultades de ningún género. Pero caído el hombre, no puede llegar hasta aquella cima sin sufrir el peso de la cruz. Por eso el arte, que en su más alta significación es la vida, es el amor, descansa tranquilamente con Jesús en el regazo de su Madre Santísima; mas como en manos del hombre el arte se convierte en una aspiración combatida sin tregua por el enemigo de todo bien y de toda belleza, necesita pintar esas luchas, porque en ellas pinta al hombre, y luego cantar el triunfo del amor. De manera que el arte, esto es, el amor expresado por el hombre no puede ser un canto igualmente deleitoso y feliz como el de los ángeles que contemplan la *belleza* frente á frente, sino un canto de esperanza en donde de vez en cuando resuenan también los gemidos del dolor. Hé aquí por qué la Magdalena llorando á los piés del Salvador, purificando sus culpas con lágrimas amargas, es la figura que completa el cua-

dro que hemos trazado del arte, puesto que en ella representa el elemento humano, el contraste verdadero, en una palabra, las lágrimas del arrepentimiento.

La Magdalena es un ejemplo vivo, y en cierta manera el primero, de lo maravillosos que son los efectos de la Redención; por eso hemos dicho antes que marcaba el espíritu de la doctrina de Jesús. El pecado es lo contrario del amor, lo contrario del arte, pero es nuestra herencia; prescindir de ella en el arte, darla como no existente, vale tanto como prescindir del hombre, y esto no puede ser en la tierra; es preciso, pues, pintar la lucha para cantar el triunfo, según ya hemos manifestado. Esta es la Magdalena. El hombre muerto á la fe, muerto al amor, es rociado por merced divina con la sangre del Cordero, oye milagrosamente aquel acento poderoso que dice: «Lázaro levántate y anda,» y el hombre rompe la losa del pecado, resucita, siente en su corazón un fuego desconocido, ama y llora aquella muerte horrible que por tanto tiempo le privó de conocer el bien y de admirar la belleza. Así Magdalena re-

presenta la resurrección del alma; pero el alma al resucitar sufre una transformación tan absoluta que produce las lágrimas, como los ojos avezados á la oscuridad lloran al sentirse heridos por la intensa luz del Mediodía. Estas lágrimas del alma resucitada han sido recogidas por el arte, porque brotando al contacto de la Gracia Divina como al de la vara de Moisés brotaba el agua de las rocas, pueden ser ofrecidas ante el Trono del Eterno en desagravio de las culpas de la humanidad. Es el dolor del arrepentimiento y de la penitencia, es la primera muestra del amor hasta entonces despreciado; es la Redención influyendo en todos los corazones, aun en los más depravados, y arrojando de ellos la escoria de que los había llenado la mano de Satanás.

Hemos dicho que es la primera muestra del dolor, y hé aquí la razón de que el arte la adopte como cosa propia; haced que el dolor conduzca á la desesperación y el arte lo rechazará horrorizado, porque tras ello verá levantarse triunfante la hedionda figura del mal. Esto ha hecho el arte de nuestros días cuando ha querido

pintar la Magdalena, esto es, la Redención por el amor; ha desesperado el dolor privándole de la única fuente de la vida; ha dibujado el remordimiento y no ha sabido darle la penitencia.

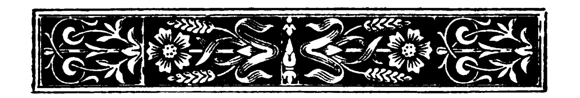
Magdalena busca á Jesús, se postra á sus piés deshecha en lágrimas, se los besa y unge con ungüento precioso. Magdalena al arrepentirse empieza por humillarse; al reconocer á Jesús, al que debe ser el amado de su alma, confiesa que ella es indigna hasta de sus miradas, que el castigo de aquella mano bendita sería dulce regocijo para la pecadora. El Arte, con Magdalena, pide al cielo perdón y penitencia, pide dolor para amar doblemente, pide la cruz para seguir al Maestro, para buscar la Vida. El arte falso de nuestros días, con su falsa Magdalena, pide la recompensa antes del dolor, quiere la vida pero rechaza la cruz, alza la frente con orgullo y no besa los piés del Salvador. Por eso sus lágrimas son impuras y sus gemidos repugnantes y su dolor mentira y su amor sensual.

La Magdalena del verdadero Arte es aquella de quien se dijo: «se le perdonó

mucho porque amó mucho;» aquella que dejó los amores del mundo por el amor de Jesús, que le siguió á todas partes, que acompañó constantemente á la Virgen, es decir, á la Pureza misma. ¡Cuán fecundas serían aquellas lágrimas que hicieron de una miserable pecadora la compañera de la Virgen Madre de Dios!

Lágrimas fecundas: hé aquí por lo que se distingue el verdadero sentimiento, el dolor verdadero: la esterilidad es el carácter de lo falso. Cuando las lágrimas del arte no fructifican, no conducen á Jesús, ¡miserables lágrimas y arte miserable!

La verdadera Magdalena acaba por unir su alma á Jesús: la falsa Magdalena que han creado nuestros artistas muere tísica con el dolor profundo... de abandonar los goces de la tierra!



EL NATURALISMO EN EL ARTE

I

Oyese á cada momento hablar de la escuela naturalista ó realista, y no pocos críticos—más ó menos dignos de este nombre—excitan con raro entusiasmo á los escritores á seguir las huellas de los novelistas y dramaturgos franceses, para quienes la perfección del arte no consiste en ninguna cosa más que en copiar fidelísimamente la realidad con todas sus groserías al lado de todas sus bellezas, sin perdonar detalle ninguno, importe ó no importe al mayor interés y concierto del asunto.

Por otra parte, el nombre de Emilio Zola está ya en todos los labios, y, para mayor desgracia, sus obras, perversamente traducidas, están ya en todas las manos.

Zola es el apóstol del naturalismo, y tan fervoroso y concienzudo al parecer, que no sólo practica la escuela en obras que no siempre el estómago puede resistir, sino que defiende con calor la teoría, ya apoyándose en razones estéticas, ya buscando genealogía realista hasta en autores que ciertamente se quedarían no menos pasmados de su realismo que aquel personaje de Molière, cuando averiguó que desde su infancia estaba hablando en prosa sin saberlo.

La novelas de Zola, que en Alemania se han prohibido, en España se venden por millares, y nuestros mismos teatros buscan en la inmundicia de aquellos argumentos *realistas* una ganancia que el decoro antirealista no les puede dar.

De suerte que la cuestión del naturalismo va siendo en nuestro país una cuestión de importancia práctica y no de pura é inútil especulación. Ha entrado en el seno de las familias el nuevo arte pretendiendo regene-

rarlo todo, las ideas, los sentimientos y las costumbres, con la pintura fotográfica de las degradaciones humanas, y es hora, por lo tanto, de dar la voz de alerta, ya que no faltan católicos que se muestran complacientes con la nueva escuela, dando al naturalismo un sentido contrario por cierto al que tiene en la intención de sus secuaces.

Es preciso, pues, decir cuál es la verdadera raíz del naturalismo, y á qué clase de errores corresponde en los demás órdenes de los conocimientos humanos; qué verdad puede haber en la afirmación de que el arte debe arrancar de la naturaleza y no de la idealidad del artista, y qué consecuencias va á traer el culto de la nueva escuela si desgraciadamente llega á predominar en el mundo del arte.

Bien mirado, el asunto no es de tal novedad que los españoles no hayan oído hablar de él hasta el momento en que las novelas de Zola se han popularizado en España. No; el año 1867, desde la cátedra de Nuestra Señora de París pronunció el ilustre orador de la Compañía de Jesús, P. Félix, una serie de discursos ó conferencias acerca

del *arte*, y en una de ellas trató amplia y magistralmente de la escuela realista, como si el mismo Zola hubiera comenzado ya á describir las repugnantes bajezas de la gentualla parisién.

Conocía el P. Félix maravillosamente lo que el realismo podía dar de sí, y anunció con profético acento lo que ya se descubre ante nuestros ojos; esto es, que el arte se convertiría en una industria explotadora de las pasiones más viles del corazón humano.

Pero bien examinadas las cosas, si hay razón para que esto nos escandalice, no la hay ciertamente para que nos asombre. El naturalismo ó realismo en el arte es, en resumen, la manifestación de todos los errores que en filosofía y en política gozan hoy de dolorosa popularidad.

No puede negarse que ha habido épocas en que el olvido de la naturaleza llegaba hasta el punto de que el arte parecía el producto de los caprichosos sueños de imaginaciones enfermas. Poetas y novelistas pintaban á los seres humanos con los colores de una idealidad tan extravagante para las

razones serias y maduras, como peligrosa para las fantasías jóvenes, que se van con extrema facilidad en pos de todas las exageraciones de la tristeza, de la desesperación y aun del heroismo. La escuela romántica desenfrenada, había creado un mundo falso, donde poetas y lectores vivían como podían vivir en una casa de Orates, siendo lástima y ludibrio de los entendidimientos sensatos. Era menester una reacción sana contra semejantes desconciertos; un Cervantes en la novela, y un Moratín en la comedia, que, devolviendo á la naturaleza sus indisputables fueros, enseñasen á las gentes que, lejos de ser el arte una locura, era el perfume de todos los conocimientos humanos, la luz de la belleza derramada sobre la creación y hecha visible por el genio privilegiado del artista.

Mas, para que esta reacción se produjese en el sentido de la verdad estética, se necesitaba otra atmósfera distinta de la que respiramos: era indispensable que las ideas religiosas, filosóficas y políticas no estuviesen informadas del espíritu de negación y rebeldía que constituye lo que se llama el

espíritu moderno. Una sociedad creyente que no tuviera por incompatible lo *natural* y lo *sobrenatural*, lo real *visible* y lo real *invisible*, de seguro hubiese corregido las exageraciones del idealismo romántico, trayendo al arte al nivel de la *naturalidad*. La sociedad presente, que no se reacciona de una revolución sino echándose en brazos de la dictadura, ni abandona las fervorosas disputas de los teólogos protestantes sino para arrojarse en brazos del más completo indiferentismo, no podía hallar el engranaje de su sentimiento artístico fuera de la negación absoluta y bárbara de lo ideal. Y hé aquí por qué el realismo de nuestros días, lejos de ser una restauración de la *naturalidad*, no es otra cosa que una negación audaz y grosera del supernaturalismo.

¿Cuáles son las escuelas que predominan en lo que se llama el mundo de la ciencia moderna? En religión el deismo, forma hipócrita del ateismo; en filosofía, el positivismo; en política, el liberalismo. Todas estas escuelas reconocen un principio común: el de que no hay más realidad ni más verdad que lo que nuestros sentidos testifican. ¿Se

dice ó se afirma algo que no está al alcance de nuestra mano, de nuestros ojos, de nuestro oído, de nuestro olfato? Pues eso no puede ser objeto de nuestra racional adhesión. El hecho brutal: ese es, ese debe ser el fundamento de nuestras creencias y de nuestras especulaciones. El hecho es lo positivo, lo cierto, lo indudable: todo lo demás podrá existir; en derredor de nosotros girarán innumerables seres que no perciben nuestros sentidos; allá en lo alto, en los cielos, habrá un mundo infinito de luz, poblado de criaturas inteligentes y bienaventuradas, adorando al Sumo Bien de donde proceden, como en el fondo de insondables y tenebrosos abismos surgirán millones de precitos encadenados voluntariamente por el odio á su eterna desdicha... ¿Y qué? Nada de eso vemos ni oímos. Entre esos mundos, si existen, y nosotros, hay la valla silenciosa é impenetrable del sepulcro. Nadie viene á darnos cuenta de lo que por allá sucede; ¿por qué, pues, la ciencia, la política y el arte han de someterse á leyes que tengan por base el *supuesto* de un mundo invisible ó de una vida inmortal de los cuales

no recibimos diariamente testimonios fehacientes?

Luego la ciencia debe ser positivista: la política debe ser liberal ó secularizadora,—Estado sin Dios,—y el arte debe ser realista. Pintar las grandes aspiraciones del alma humana, los sacrificios por el bien moral que han de recibir su premio después de la muerte, las virtudes extraordinarias que engendra la gracia divina en la flaca y vacilante voluntad del hombre: ¡qué insensatez! Eso sería volver al idealismo de los siglos de caballería, imaginando una humanidad falsa que no hemos tenido la honra de conocer.

Lo real, lo natural, lo positivo es desmenuzar las pasiones viles del género humano y presentarlas á los ojos de la multitud con toda su verdadera hediondez, sin la atenuación siquiera de la lucha y del remordimiento, y si acaso la lucha y el remordimiento hacen falta para dar más interés al inmundo cuadro, es preciso que sean ahogados siempre por la incontrastable fuerza de la carne corrompida. ¿La virtud? También la virtud ha de hacer su papel en ese

mundo de tinieblas palpables y hediondas. La virtud tomará cuerpo en un personaje determinado; pero ha de ser analizada de tal suerte, que en ella se vea constantemente el móvil del egoismo. La virtud, sin una enorme mancha negra que la desnaturalice, no es verdadera, no es positiva, no es real. Cuando se la presente, pues, á la consideración del público, debe producir mayor repugnancia todavía que el crimen mismo. Esta es la escuela naturalista pura; ésta la que corresponde con toda exactitud á la filosofía positivista y á la política secularizadora ó liberal.

La elocuente voz del P. Félix se levanta contra esta espantosa degradación del arte:

—«¡Cómo!—exclama.—¿Encontráis en el fondo de una taberna, en el cieno de las calles, á un borracho, feo con su doble fealdad material y moral, con sus actitudes salvajes, con sus posturas de bestia y haciendo gestos indescriptibles, le copiáis rasgo por rasgo, le fotografiáis y me decís en una estatua, en un cuadro, en la escena ó en la novela: Mira y admira; hé ahí el retrato de lo real? Encontráis en un reducto,

en un muladar, en cualquier parte, á un hombre cubierto de úlceras, personificando todos los horrores físicos que puede reunir la carne humana, y os convertís en químicos y anatomistas, haciendo delante de mí la disección y el análisis de la llaga, del cáncer y de la úlcera, y me decís: Admira; nada falta aquí: la copia es completa: mira el retrato de la realidad?... ¿Y qué objeto tienen esas exhibiciones repugnantes? Si gozo contemplando al hombre ebrio; si experimento un extraño placer al mirar las úlceras, ¿qué necesidad tenéis de pintármelas? Yo iré á los hospitales; allí á lo menos, las encontraré vivientes, y vuestras obras maestras realistas no equivaldrán jamás para mí á esos vivientes horrores; y aun cuando no me pintéis lo atroz y lo horrible, lo innoble y lo asqueroso, si no queréis dar á la naturaleza ninguna aureola, ni á lo real ningún reflejo que lo transfigure, ¿qué objeto tienen vuestras estatuas, vuestras pinturas, vuestros libros realistas? Prefiero la naturaleza, que, á lo menos, lleva en sí misma un reflejo del Criador, y, más ó menos, inspira la idea de lo infinito.»

Á esta magnífica protesta, el arte realista responde con la fría audacia de su espíritu de negación: mi objeto, al pintar esas sombras, es precisamente oscurecer, negar, aniquilar ese reflejo del Criador, esa aureola que tú ves en la naturaleza, y que la humanidad regenerada no debe volver á ver. Los mismos horrores de la realidad pueden inspirarte á tí algo consolador y apacible; y para que no te lo inspiren, hago la estatua, pinto el cuadro y escribo el libro de tal manera, que no haya ojos capaces de ver en el fondo de estas realidades escuetas ni un solo destello del invisible mundo en que tú crees.

Esto replica con satánico valor el arte realista; y quien se figure que lleva otra mira en la concepción y desarrollo de sus obras, se equivoca de medio á medio.

El genio del mal no es un genio estúpido, que hace las cosas sin razón ni objeto; el estúpido, en tal caso, será el hombre que, una vez sepultado en el fango de sus pasiones, no cae en la cuenta de que acaba de ser convertido en bestia.

Del fondo de los *clubs* anarquistas salen

gritos salvajes contra la propiedad, contra el matrimonio, contra la familia, contra Dios.

De las cátedras oficiales surge una especie de vapor mefítico, que embota las inteligencias de los jóvenes, cerrándoles todo camino para el conocimiento de las verdades sobrenaturales. En los Parlamentos y las Academias se proclama la independencia de la razón humana, como última conquista del progreso moral, y la absoluta libertad de negarlo todo como el más precioso y noble de los derechos concedidos al hombre por la sabia naturaleza. En las costumbres, reflejo fidelísimo de las ideas dominantes, la prostitución vestida con galas deslumbradoras, tiene numerosos cortesanos y admiradores entusiastas; la vileza, devotísimos secuaces; la venalidad y el robo, afortunados adictos. ¡Qué ha de ser el arte, sino la expresión más seductora de todas estas infamias!

¡Se habla del *arte por el arte!* No; no es siquiera el arte por el arte, es el arte del mal por el mal mismo; es la rebeldía, el crimen, el cieno presentándose con todos

los atractivos de la forma, para usurpar el culto que se debe á Dios.

Un día la revolución francesa colocó á una mujer desnuda en el altar de Nuestra Señora de París, y la adoró como al Dios de la nueva época.

El arte realista ha avanzado un poco más: ya no adora sólo á la mujer desnuda, sino á la mujer desnuda y leprosa.

II

Dícese que el arte debe arrancar de la naturaleza y no de la idealidad del artista, para que sea arte verdadero, arte *humano* que interese por igual á todos los hombres, como expresión exacta de la realidad visible y palpable.

Pero como el naturalismo dice muchas cosas innegables en la forma, aunque falsas y corruptoras en el fondo, conviene averiguar en qué sentido es verdadera y en qué sentido falsa la afirmación que acaba de indicarse.

¡La naturaleza! ¿Es posible que nadie niegue la hermosura de la naturaleza? ¿Es posible que al entendimiento observador no le confunda y anonade el orden admirabilísimo con que todas las cosas han sido creadas, las leyes en cuya virtud nacen, viven y se desarrollan los seres, giran los orbes en el espacio, se manifiestan los fluídos, aparecen y se modifican los colores, rugen los vientos desatados, abren sus entrañas los volcanes, tiemblan los valles y las montañas á impulso de corrientes subterráneas, y se suceden unos siglos á otros y unas á otras generaciones, poblando de cadáveres la tierra que late constantemente, sin embargo, con juveniles palpitaciones de vida?

¡La naturaleza! ¿No ha de ser bella esta madre común de los mortales, si Dios se recreó en ella y vió que *era buena* cuando la hizo, y en ella dejó reflejado algo de las harmonías infinitas que nos están reservadas en la inmortalidad futura? ¿Y no es bello el hombre, este pequeño mundo, lazo de unión de la naturaleza física y la espiritual, obra privilegiada del Criador, venero misterioso de ideas, de sentimientos, de pasiones, de

grandezas y de miserias, de virtudes y rebeldías, que por sí mismo constituye el objeto preferente de los estudios del sabio y de las inspiraciones del artista?

Luego claro es que el arte no puede divorciarse de la naturaleza, sin dejar de ser arte; y que entre el arte y la naturaleza debe haber relación semejante á la que hay entre el modelo y el pintor.

Sólo que conviene saber cómo el verdadero artista *ve* al modelo que tiene delante, y cómo lo traslada al lienzo, al papel ó al mármol, en virtud de aquella *visión* artística, conservando siempre los tonos de la realidad.

Y en esto consiste precisamente el secreto del artista; en ver las cosas naturales de una manera distinta que los demás hombres, presentándoles á éstos, no obstante, el objeto tal como es, con todo el esplendor de su natural hermosura.

Desplégase una campiña bajo la mirada del labrador, del industrial y del poeta; verdean todo género de plantas sobre la risueña superficie del valle; agítanse blandamente las ramas de los frutales á impulso

de vientecillo juguetón; corren los arroyos en caprichosos *zigs zags* por los surcos de las huertas como muchachos que se persiguen, culebreando por los desiguales senderos de un parque; cantan los pájaros alegremente en la frondosa arboleda que se agrupa á la orilla del río, para mirarse con orgullosa complacencia en sus cristalinas corrientes, mientras de los blancos caseríos salen azulados penachos de humo que se van desvaneciendo poco á poco por el espacio hasta confundirse con las ligeras nubecillas que flotan alrededor del sol, cuyos últimos resplandores tiñen de naranja y oro las altas torres de la ciudad vecina.

Este espectáculo, bello naturalmente, impresiona de distinta manera á cada uno de los personajes que le contemplan. Observa el labrador el estado de los frutos, la calidad de las tierras que los producen, la forma en que se cultivan, y la razón que se ha tenido para dar á los riegos una dirección más bien que otra. Fíjase el industrial en el salto de agua que podría utilizarse para un molino ó para una fábrica cualquiera, en las ganancias que tal vez se obtendrían

dedicando una gran parte de terreno á prado artificial, para criar ganados de fácil salida ó de reconocido provecho, y entre tanto, el poeta se siente conmovido en presencia de aquel hermosísimo cuadro, y admira en conjunto y en detalle la infinita variedad de los colores, la indefinible harmonía de los sonidos extraños que surgen del agua que corre, del vientecillo que murmura entre las hojas, de los insectos que bullen sobre los remansos de la acequia, y la fantasía del artista, elaborando, por decirlo así, aquellas impresiones, ve que la línea del horizonte se acaba, confundiendo colores, sonidos, luces, sombras, tierra y cielo, y que allí empieza la línea de lo infinito, donde parece que va á resolverse la inmensa y encantadora variedad de las cosas que ven los ojos, en una perdurable unidad que el espíritu adivina, y por la cual suspira con la triste languidez de un desterrado.

El cuadro es idéntico para todos, para el labrador, para el industrial y para el artista. Que cada uno de ellos exprese á su modo lo que están viendo, y aunque los tres describan con fidelidad el cuadro, sólò el artis-

ta, si lo es de veras, sabrá comunicar á los demás la viveza de sus impresiones, y con ellas, la idea *exacta* de aquella natural hermosura, porque el artista, con su idealidad propia, ha visto en la campiña lo que pudiera llamarse el fondo de lo real, que se oculta siempre á los ojos vulgares de la multitud, cuando el artista no se lo enseña con la pluma, con la paleta ó con el cincel.

Y eso que ve el artista, ¿es verdadero ó falso? ¿es ideal ó es real? ¿Pues no ha de ser verdadero y real? Tan verdadero y tan real como lo que ven el labrador y el negociante; y la prueba es que, si la obra de arte ha correspondido exactamente á la idealidad del artista, el mundo de las almas vulgares lo aplaude con esta frase, que es el aplauso mejor y más duradero: «Eso es. ¡Parece que se está viendo!»

De aquí se deduce, que la idealidad del artista y la naturaleza real, son indispensables para producir la obra de arte, y que, lejos de contradecirse, como pretenden muchos de los llamados naturalistas, se hermanan y se confunden en el misterioso laboratorio del genio.

El artista es el eslabón, la naturaleza la piedra; la idealidad da el golpe, y la chispa brota; es la obra del arte. Oculta estaba en el fondo de aquellos dos elementos materiales. ¿Quién la veía? Sólo aquél á quien Dios ha concedido ojos en la fantasía para ver el espíritu bello de todas las cosas, espíritu en cierto modo invisible como nuestra alma, pero como ella existente y real.

El vulgo ve hierro de una parte, piedra tosca de otra; decidle que hay allí un rayo de luz, una chispa de fuego capaz de abrasar al mundo, y se reirá con la necia burla de la ignorancia. Pero ese rayo de luz brota de repente por el esfuerzo del artista, y el vulgo deslumbrado aplaude y se maravilla, y llama *vate*, esto es, adivino ó profeta, al que hace esos prodigios con la palabra humana.

Lo mismo que con los cuadros de la naturaleza física, acontece con los fenómenos de nuestra naturaleza moral. Las luchas del entendimiento, las pasiones del corazón, los móviles que nos impulsan á obrar de una manera ó de otra; las perversidades del instinto, las grandezas de la virtud, los

desfallecimientos, las aberraciones, las ridiculeces en que cae con frecuencia este sér inmortal que vive encarcelado dentro de nuestro cuerpo, son también objeto de la manifestación artística, y cabalmente de su manifestación más sublime y más difícil.

En estos fenómenos es donde el naturalismo ha hecho particular hincapié. Respecto de la naturaleza física, ha retrocedido ante el formidable argumento de la fotografía, que, siendo reproductora fiel de los objetos, es, sin embargo, no solamente menos artística, sino menos *real* que la pintura, porque no sabe dar movimiento á los seres. Pero respecto de la naturaleza moral, ha creído que presentando con vigor, con minuciosa exactitud, con detallada escrupulosidad, todo lo más hediondo que se manifiesta en las acciones humanas, había conseguido el triunfo definitivo sobre lo que se llama la escuela idealista. También en esto se equivoca de medio á medio. Si la naturaleza no es lo que ven los ojos del vulgo, sino lo que ven los ojos privilegiados del artista; el hombre interior, el hombre moral, no es tampoco lo que se figura el

grosero escudriñador de bajas y repugnantes degradaciones, sino lo que percibe y siente el artista que ve la luz de la inmortalidad reflejándose hasta en las más negras tinieblas del espíritu humano, y no olvida jamás que el hombre, como hijo de Dios, aunque caído y miserable, lleva dentro de sí un acusador constante, que le recuerda sus altos destinos cuando le echa en cara sus ignominias, y que le habla del bien y lo proclama como único fin de su vida, aun cuando parece que el mal triunfa sin resistencia.

El moderno naturalismo es en esto, como en todo, el mayor enemigo que tiene la naturalidad. Así, de igual modo que el objeto copiado servilmente de la naturaleza física, sin la íntima expresión que le presta la idealidad adivinadora del artista, es un objeto falso, el hombre retratado en los momentos más infelices de sus caídas, bajo el imperio absoluto de las pasiones y de los apetitos degradantes, es un hombre falso, tan falso como el hombre que sin lucha, sin esfuerzo, y por su propia y exclusiva virtud, aparezca reinando en las cumbres de

la perfección. Ni ángel, ni monstruo, el hombre es, para el verdadero artista, aquel sér creado á imagen y semejanza de Dios, entenebrecido luego por su voluntaria culpa, alimentado con la esperanza de su redención, y enriquecido después con los dones de la nueva ley, para vivir bajo el reinado de Cristo, hombre perfectísimo y Dios Omnipotente, y eterno y acabado ejemplar de toda belleza y de todo arte.

El hombre es carne que tira hacia abajo y espíritu que tiende hacia arriba; corrupción é inmortalidad, cobardía y heroísmo, codicia y abnegación, lo pequeño y lo grande, todo en una pieza, y todo confundido en un aparente desorden, que el genio del artista sabe harmonizar para presentárnoslo con su verdadero carácter, como el pintor inteligente reproduce la fisonomía, por deforme que sea, con aquella parte de belleza intrínseca que existe necesariamente en el semblante humano.

El naturalismo, desconociendo esta verdad y pintando al hombre en una sola de sus fases, ha caído en error idéntico al que dió vida al romanticismo exagerado. La



mentira del hombre siempre heróico, siempre sublime en sus acciones, siempre dispuesto á perder la vida por motivos convencionales de ordinario, ha dejado el paso libre á esta otra mentira del hombre-cieno, en quien hasta los movimientos de la virtud obedecen al impulso del cálculo ó del egoísmo. Dos mentiras iguales, más antipática ésta que la otra, que se fundan en el olvido de la naturalidad y en el menosprecio de lo *ideal real*, esto es, de la realidad invisible, tan verdadera, tan exacta, tan llena de vida como lo que hiere nuestros sentidos; mas llena de vida aún, porque eso que no se ve, ni se oye, ni se toca, es cabalmente la que comunica el ser á las cosas tangibles.

¿Necesitamos decir cuáles son las consecuencias que va á traer el culto de la nueva escuela, si desgraciadamente llega á imperar en las regiones del arte? Esas consecuencias están ya tan cerca de nosotros, que desgraciadamente apenas hay esfuerzo ni resolución que basten para librarse de ellas.

El arte ha perdido su misión propia, que

consiste en elevar el alma á la contemplación de lo bello, y se dirige únicamente á halagar los apetitos groseros, á ser el estimulante de las pasiones desordenadas, á enaltecer todo lo que se relaciona con la carne, prescindiendo en absoluto de cuanto se refiere al espíritu, cuya existencia ha negado en redondo.

Arte se llama todavía; mas hay razón para delatarlo como usurpador de un nombre que no merece. Quizá sea arte de artesanos, pero no de artistas. Industria vil y corruptora, se complace en dibujar las líneas más fuertes de la naturaleza bruta, en vez de aquellas líneas puras, elegantes, diáfanas, casi espirituales, del arte griego, precursor de la *idealidad real* del arte cristiano. Ya con los ropajes espléndidos de la cortesana, ya con los harapos repugnantes de la mendiga del vicio, el lodo es siempre el principio constitutivo de la obra artística del moderno naturalismo. Los sentimientos más puros del corazón, la maternidad misma, se ofrecen al espectador en la hora excepcional de la ira, del interés, del móvil grosero. ¡No se levanta ni un palmo

sobre el nivel de la tierra! Así la humanidad, juzgándose peor de lo que es ella misma, llegará á aborrecerse á fuerza de haber embellecido sus degradaciones con el esplendor de la palabra, el encanto de los colores ó la harmonía de los sonidos.

Humanidad de criminales, se postrará ante su falso retrato; y perdida—¡si es posible!—toda aspiración á lo infinito, toda esperanza en el mundo de la inmortalidad, toda idea de lo invisible y de lo eterno, cantará un himno horrible, que puede resumirse en estas palabras:

¡Qué delicioso es el cieno! ¡Qué hermoso es Satanás!

FIN

Aunque por la premura del tiempo este libro no puede salir á luz con la aprobación de la censura eclesiástica, el autor lo ha sometido al juicio de un eminente teólogo, que no ha hallado en la obra nada reprobable.

Así y todo, el autor protesta una vez más que, si por ignorancia, por inexactitud en los términos, ó por otra causa cualquiera, hubiese en estas páginas algo poco conforme con la doctrina de la Iglesia, desde ahora lo borra, reprueba y condena, sometiéndolo incondicionalmente á la enseñanza infalible del Pontífice Romano, Maestro de la Verdad.

INDICE



Esta obra se vende al precio de TRES PESETAS en las principales librerías.